WILBERT WUSYNITH
LO QUE NOS CALLAMOS

Lo que nos callamos

Una novela de Wilbert Wusynth

Por **Wilbert Wusynth**

Madrid, 2026

©WilbertWusynth

Lo que nos callamos narra la historia de Charlotte Wurley, una secretaria de treinta y seis años que trabaja en Blackwood & Associates, una agencia publicitaria de Manhattan, en 1958. Después de seis años mecanografiando campañas que otros firmaban, Charlotte se inscribe en un concurso interno de redacción usando solo sus iniciales. Gana con una campaña de perfume —«Nuit Blonde. Para la mujer que ya no pide permiso»— que subvierte la lógica de la publicidad dirigida a mujeres. El premio le otorga un ascenso a redactora junior, pero su escritorio sigue siendo un rincón del pasillo, un lugar de nadie.

Novela co-escrita con IA. Debate ético tras un libro creado con IA: ¿quién es el verdadero autor?

Wilbert Wusynth, coautor de novelas escritas con inteligencia artificial, asume sin disimulo su método de trabajo y lo defiende como una elección consciente de orquestación creativa.
Su método**:** se concibe como un director de cine, no como un guionista. La IA genera la prosa; él aporta juicio, estructura y voz, interviniendo solo cuando el resultado no lo convence. Escribe con sus propias manos alrededor del 10% del texto, sobre todo los diálogos.
Sus tesis principales:

- La categoría "100% escrito por IA" es hueca: ningún modelo genera hoy una novela autónoma de principio a fin sin dirección y edición humana. La IA es amplificador, no autora.
- Rechaza la presión de etiquetar obras por porcentaje de generación artificial. Lo considera imposible de medir y "un poco tonto"; recuerda que los escritores fantasma y los editores extensos tampoco se declaran.
- El debate sobre el oficio le interesa poco: lo que importa es la historia y su capacidad de conmover, no la genealogía de las palabras.
- Acepta que la resistencia de los autores consagrados es comprensible, pero la convivencia entre escritura tradicional y asistida

por IA es inevitable. "El genio ya está fuera de la botella".

- Critica el mal uso negligente de la IA —libros mal escritos por quien no sabe gestionar la herramienta—, no la herramienta en sí.
- Cierra con un matiz: aunque rechaza las declaraciones obligatorias, defiende la divulgación voluntaria, porque la transparencia contribuirá a normalizar el uso. La normalización, dice, vendrá del contacto y la conversación, no de las reglas.

Posición de fondo: ni apocalíptico ni entusiasta ciego. Partidario de la herramienta, crítico con su mal uso, escéptico ante los purismos y convencido de que la buena literatura se reconoce en la página, no en la huella dactilar de quien la tecleó.

Lo que nos callamos

Capítulo 1 — La máquina de escribir ajena
Manhattan amanecía como una promesa que nadie cumplía del todo. Charlotte Wurley lo sabía mejor que nadie: llevaba seis años llegando al edificio Chrysler antes que la mayoría de los redactores, y aún así el ascensor de servicio la dejaba en el sótano, donde las secretarias colgaban sus abrigos en percheros sin nombre.
Aquel martes de noviembre de 1958, el frío mordía antes de que el sol terminara de subir. Charlotte caminó desde su apartamento de Murray Hill —un monoambiente con calefacción caprichosa y una ventana que daba a un pozo de ventilación— hasta la estación de Grand Central, y desde allí tomó el subway hasta Lexington Avenue. El trayecto le tomaba cuarenta y dos minutos si todo iba bien, y esa mañana todo iba bien: el tren no se había parado entre túneles, nadie le había pisado el zapato izquierdo —el que tenía la media descosida—, y el vendedor de café de la esquina seguía teniendo el último ejemplar del *Daily News*.
Pagó el café con una moneda que le quedó del cambio del día anterior y cruzó la avenida con el vaso en una mano y el periódico doblado bajo el brazo. El edificio Chrysler la esperaba como siempre: sus gárgolas de cromo acechando desde lo alto, su art deco desafiando al cielo gris. A Charlotte le gustaba imaginar que el edificio la miraba de vuelta, que reconocía en ella algo que los hombres de traje gris que lo poblaban no alcanzaban a ver.
Entró por la puerta giratoria y el calor la recibió con un suspiro de aire viciado. El vestíbulo olía a cera de pisos y a tabaco frío. El guardia de seguridad, un tal O'Malley

con bigote de morsa y ojos de haberlo visto todo, levantó la vista de su ejemplar del *Mirror*.
—Buenos días, señorita Wurley. Temprano como siempre.
—Alguien tiene que mantener encendidas las máquinas, O'Malley.
Él sonrió sin entender del todo y volvió a su periódico.
Charlotte cruzó el vestíbulo hasta el ascensor de servicio —el otro, el dorado, era para los ejecutivos— y subió al piso diecisiete, donde Blackwood & Associates ocupaba medio piso con sus cristales esmerilados y sus carteles de latón.
La agencia dormía aún. Las luces del pasillo principal estaban encendidas, pero las oficinas de los creativos permanecían a oscuras, las puertas cerradas con nombres que Charlotte conocía mejor que el suyo: *James Blackwood, Director Creativo*. *Robert Kessler, Director de Cuentas*. *Thomas Hale, Redactor Jefe*. Nombres que firmaban campañas que ella ayudaba a escribir sin que su nombre apareciera jamás en ningún papel que importara.
Su puesto estaba en la sala común de secretarias, un espacio rectangular con cuatro escritorios idénticos, cuatro máquinas de escribir Underwood idénticas, cuatro sillas giratorias idénticas. La simetría era deliberada: nadie debía destacar, nadie debía pensar que era más que otra. Charlotte se sentó en su silla —la más cercana a la ventana, pequeño privilegio que había ganado por antigüedad—, encendió la lámpara de latón y colocó sus cosas con la precisión de un ritual: bolígrafo a la derecha, bloc de taquigrafía a la izquierda, café en el borde del escritorio, lo suficientemente lejos de la Underwood para no repetir el accidente de marzo, cuando un estornudo había volcado el líquido sobre tres páginas de copy mecanografiado.

Las otras tres secretarias llegaron en los veinte minutos siguientes. Primero Peggy, veintitrés años, recién casada, que hablaba sin parar de la lavadora que su marido le había prometido para Navidad. Después Doris, cuarenta y tantos, divorciada, que fumaba como si cada calada fuera un acto de resistencia. Por último Margaret, la más joven, diecinueve años, que escribía poesía a escondidas en las hojas de color de la Underwood cuando creía que nadie la veía.

Charlotte las conocía a todas y no conocía a ninguna. Llevaba seis años compartiendo aquel espacio y aún no sabía qué música gustaba a Peggy, ni por qué Doris se había divorciado, ni si Margaret había mostrado sus poemas a alguien alguna vez. No era desinterés; era supervivencia. En Blackwood & Associates, las secretarias que hacían preguntas terminaban siendo secretarias para siempre, y las que se hacían invisibles sobrevivían.

—¿Viste el memo? —preguntó Peggy mientras colgaba su abrigo—. El de la junta de ayer.

Charlotte negó con la cabeza.

—Dice que hay un concurso interno. De redacción publicitaria. Abierto a todo el personal, incluido el administrativo.

Peggy lo dijo con el tono de quien anuncia una lotería que sabe que no ganará. Doris, desde su escritorio, soltó una carcajada breve y amarga.

—Claro. Para que algún redactor junior gane y se lleve los cincuenta dólares.

—Cien —corrigió Margaret sin levantar la vista de la máquina—. Y un ascenso a redactor junior si el ganador no lo es ya.

Charlotte levantó la vista de su café.

—¿Un ascenso?

—Eso dice el memo. Lo vi en la oficina de Tom Hale cuando le llevé el correo.

Un silencio breve se instaló en la sala. Las cuatro mujeres se miraron de reojo, como si la idea de dejar de ser secretarias fuera un espejismo peligroso. Charlotte bajó la vista a la Underwood, a las teclas que había pulsado millones de veces transcribiendo ideas que no eran suyas, y sintió algo que no se atrevió a nombrar todavía.

El memo oficial llegó a su escritorio a las diez, entregado por un oficinista que no la miró a la cara. Lo leyó dos veces, despacio, con la atención que dedicaba a los contratos de los clientes cuando los mecanografiaba.

BLACKWOOD & ASSOCIATES

Concurso interno de redacción publicitaria

Se invita a todo el personal de la agencia, sin distinción de departamento o jerarquía, a participar en el primer concurso interno de redacción. Los participantes deberán presentar una campaña completa —titular, copy de trescientas palabras y propuesta visual— para el producto que se asignará el día del concurso. El jurado, presidido por el señor James Blackwood, evaluará originalidad, claridad y eficacia persuasiva. El ganador recibirá cien dólares y, en caso de no ser ya redactor, será promovido al puesto de redactor junior con efecto inmediato.

Fecha del concurso: 15 de diciembre de 1958.

Inscripciones: oficina de personal, planta 17.

Charlotte dobló el memo en cuatro partes iguales y lo guardó en el bolsillo interior de su blazer. Después fue al baño, se encerró en el cubículo del fondo y se quedó allí cinco minutos, respirando el olor a jabón líquido y desinfectante, con las manos apoyadas en las rodillas. Tenía treinta y seis años. Llevaba seis en la agencia. Antes había trabajado tres en una editorial de segunda fila que quebró, y antes aún había sido esposa de

William Hartley durante cuatro años en Little Rock, Arkansas, donde su mayor logro editorial había sido corregir las pruebas de un manual de conducción. Tenía un título universitario en literatura inglesa que su madre había pagado vendiendo la herencia de su abuela, y tenía un cuaderno negro, forrado en cuero, que guardaba bajo un falso fondo en el cajón de su mesita de noche, lleno de ideas para campañas que nadie le había pedido.

El cuaderno tenía ciento cuarenta y tres páginas escritas. Charlotte lo sabía porque lo contaba cada noche, como quien reza.

Salió del baño, volvió a su escritorio y se puso a mecanografiar la correspondencia del día. Pero durante las horas siguientes, mientras transcribía cartas y memorandos, una parte de su mente se quedó en el cubículo del baño, dando vueltas a una pregunta que no se había hecho en voz alta ni una sola vez en seis años: *¿Y si?*

Las semanas que siguieron fueron un ejercicio de clandestinidad. Charlotte se inscribió en el concurso usando solo sus iniciales —C. Wurley— para que el nombre de pila no delatara de inmediato que era mujer. Después empezó a preparar su campaña en secreto, de noche, en su apartamento, con la radio puesta a bajo volumen para cubrir el ruido de la Underwood portátil que había comprado de segunda mano con sus ahorros.

El producto asignado era un perfume de una marca secundaria que Blackwood & Associates estaba intentando landing: *Nuit Blonde*, frasco de cristal cuadrado, esencia de jazmín y sándalo, público objetivo mujer de veinticinco a cuarenta años. Charlotte estudió las campañas anteriores de la agencia —todas las tenía archivadas en su memoria, porque las había mecanografiado una por una— y encontró el patrón:

cada una hablaba del perfume como un objeto de seducción dirigido al deseo masculino. "El perfume que él recordará." "Para que él no se olvide." "El arma secreta de la mujer elegante."

Charlotte se sentó en el borde de su cama, con el cuaderno negro abierto sobre las rodillas, y escribió una sola frase: *¿Y si el perfume no fuera para él?*

La idea creció durante tres semanas. Charlotte la alimentó con notas tomadas en el subway, en la cola del supermercado, en las pausas para comer en el parque frente a la agencia. Observó a las mujeres que la rodeaban —secretarias, cajeras, enfermeras, madres con carritos— y se hizo una pregunta que ningún brief de Blackwood & Associates había formulado jamás: *¿Qué quieren estas mujeres?*

No lo que se suponía que querían. No lo que los redactores varones imaginaban que querían. Lo que querían de verdad, en el espacio privado entre el deseo y la vergüenza, entre lo que decían en voz alta y lo que pensaban al acostarse.

La campaña que Charlotte escribió se titulaba: "*Nuit Blonde. Para la mujer que ya no pide permiso.*"

El copy era breve, afilado, casi provocador. Hablaba de una mujer que se ponía el perfume no para seducir a nadie sino para sí misma, para recordar que su cuerpo le pertenecía, para marcar el límite entre el mundo que la rodeaba y el espacio interior que nadie podía tocar. No mencionaba hombres. No mencionaba seducción. No mencionaba elegancia. Hablaba de deseo, pero de un deseo sin objeto externo: el deseo de ser.

Charlotte revisó el texto catorce veces. Lo recortó, lo pulió, le quitó adjetivos hasta que quedó tan delgado como un cuchillo. Después lo mecanografió en hojas limpias, sin nombre, solo con sus iniciales en la esquina superior derecha, y lo metió en un sobre marrón que selló con lengua temblorosa.

El día de la entrega lo dejó en la oficina de personal antes de que llegara la primera secretaria. Nadie la vio. Nadie supo.

El 15 de diciembre, la agencia se transformó. El salón de juntas del piso diecisiete, normalmente reservado para presentaciones de clientes y comidas de Navidad, se convirtió en un tribunal. James Blackwood presidía el jurado desde la cabecera de la mesa larga de caoba, flanqueado por Tom Hale, Robert Kessler y dos directores de cuentas cuyos nombres Charlotte nunca logró recordar. En la pared, un proyector mostraba las campañas finalistas mientras un oficinista las leía en voz alta con la monotonía de quien anuncia salidas de tren.

Charlotte estaba sentada en la última fila, junto a la puerta, con las manos cruzadas sobre el regazo y el corazón latiéndole en las sienes. Había veintitrés participantes: diecinueve redactores juniors y seniors, dos directores de arte, un contador que escribía poesía en sus ratos libres, y ella. La única secretaria que se había inscrito.

Las primeras campañas fueron lo que Charlotte esperaba: titulares grandilocuentes, copy repleto de adjetivos, promesas de seducción garantizada. "Nuit Blonde: el susurro que él no podrá olvidar." "Nuit Blonde: la elegancia que conquista." "Nuit Blonde: el secreto de tu feminidad." Cada una recibía su aplauso cortés, sus comentarios del jurado, su evaluación seria.

Cuando llegó el turno de la campaña de Charlotte, el oficinista que leía carruseleó los papeles y se detuvo.

—Esta no tiene nombre completo. Solo iniciales. C. Wurley.

Un murmullo recorrió la sala. Charlotte sintió las miradas como agujas en la nuca.

—¿C. Wurley? —preguntó James Blackwood desde la cabecera—. ¿Charles? ¿Colin?

El oficinista consultó la lista de inscritos.
—Charlotte, señor. Charlotte Wurley. Secretaria del departamento de redacción.
El silencio que siguió fue distinto a los anteriores. No era el silencio respetuoso que se otorga a un redactor conocido; era el silencio que se impone ante una anomalía, ante algo que no encaja en el orden esperado de las cosas. Charlotte lo sintió en la piel, en el estómago, en las manos que apretaba bajo la mesa.
James Blackwood se ajustó las gafas y miró el sobre como si contuviera una broma. Después levantó la vista y buscó entre el público hasta encontrarla. Charlotte sostuvo su mirada. No bajó los ojos. No se movió.
—Lean la campaña —dijo Blackwood.
El oficinista empezó a leer. Su voz, al principio monótona, fue cobrando un timbre distinto a medida que avanzaba por el copy, como si las palabras lo obligaran a cambiar de registro.
Nuit Blonde. Para la mujer que ya no pide permiso.
Hay perfumes que prometen amor. Otros que prometen éxito. Nuit Blonde no promete nada que no puedas darte tú misma. Es jazmín y sándalo, es noche y piel, es el olor de una mujer que se pertenece.
No lo usas para que él te recuerde. No lo usas para que él te mire. Lo usas porque el perfume es la última frontera entre el mundo que te rodea y el espacio que es solo tuyo.
Nuit Blonde. Tu piel. Tu secreto. Tu decisión.
Cuando el oficinista terminó, el silencio fue absoluto. Charlotte contó los segundos: tres, cuatro, cinco. Después, desde la tercera fila, alguien tosió. Desde la quinta, alguien soltó una risa breve, nerviosa. Desde la cabecera de la mesa, James Blackwood no se movió.
—¿Quién escribió esto? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—Yo —dijo Charlotte.
Se levantó. Las piernas le temblaban, pero la voz le salió firme. Dio un paso hacia adelante, luego otro, hasta quedar de pie frente a la mesa del jurado, con los hombres que firmaban las campañas que ella escribía mirándola como si la vieran por primera vez.
—¿Es una broma? —preguntó Robert Kessler, director de cuentas, con una sonrisa que no le llegaba a los ojos.
—No.
—¿Escribiste esto tú? —insistió Kessler—. ¿Sin ayuda?
—Sin ayuda.
Tom Hale, el redactor jefe, intercambió una mirada con Kessler. Charlotte reconoció la mirada: la misma que habían dedicado a sus campañas anteriores, las que firmaban ellos, las que ella había escrito y que habían ganado cuentas para la agencia sin que su nombre apareciera en ningún papel.
—Es imposible —dijo Hale—. Una secretaria no escribe así.
—Una secretaria escribe así —respondió Charlotte—. Llevo seis años escribiendo así. Solo que hasta ahora firmaban otros.
El silencio que siguió fue eléctrico. Charlotte sintió que el aire de la sala se espesaba, que cada hombre presente estaba calculando lo que aquella frase implicaba. Si era verdad —y todos sabían que lo era—, entonces las campañas que habían ganado premios, que habían convencido a clientes difíciles, que habían hecho ricos a varios de los presentes, no eran obra de los redactores que las firmaban. Eran obra de la mujer de pie frente a ellos, con su blazer gastado y su media descosida.
James Blackwood se puso de pie.
—Señores, la sesión se suspende diez minutos.

Charlotte esperó en el pasillo, de pie, sin apoyarse en la pared. Las piernas le temblaban, pero no se sentó. Si se sentaba, no se levantaría. Peggy, Doris y Margaret pasaron por delante de ella en distintos momentos, cada una con una excusa distinta —ir al baño, buscar un archivo, traer café—, pero ninguna se detuvo. Las miradas que le dedicaron eran rápidas, furtivas, como las que se le dedican a alguien que ha roto una regla no escrita.

A los once minutos —Charlotte los contó—, un oficinista vino a buscarla.

—El señor Blackwood la espera en su oficina.

La oficina de James Blackwood ocupaba la esquina noreste del piso diecisiete, con vistas a Lexington Avenue y, si uno se asomaba lo suficiente, a la sombra del Empire State al fondo. Era dos veces más grande que la sala común de secretarias y contenía la mitad de muebles: un escritorio de roble, dos sillas de cuero frente a él, una estantería con libros que parecían no haber sido abiertos, y un cuadro de Pollock —reproducción, no original— que Blackwood había colgado para demostrar que entendía el arte moderno.

James estaba de pie junto a la ventana, con las manos en los bolsillos del pantalón y la espalda recta. Tenía cincuenta y dos años, pelo gris peinado hacia atrás, mandíbula cuadrada y ojos de un azul tan claro que parecían grises. Era considerado guapo según los estándares de la agencia —Peggy suspiraba cada vez que pasaba por su oficina—, pero Charlotte nunca lo había visto como algo más que un obstáculo: el hombre que firmaba lo que ella escribía, que decidía qué ideas sobrevivían y cuáles morían en el cesto de papeles.

—Siéntate, Charlotte.

Ella no se sentó.

—Prefiero quedarme de pie.

James se volvió. La miró durante un momento largo, evaluándola. Charlotte reconoció la mirada: era la misma que dedicaba a las campañas, la del profesional que separa lo bueno de lo mediocre. Pero había algo más en sus ojos, algo que no le había visto antes: desconcierto.

—El copy es tuyo —dijo. No era una pregunta.

—Sí.

—Lo escribiste sin ayuda.

—Sí.

—Y dices que llevas seis años escribiendo campañas que otros firmaban.

—No lo digo. Lo afirmo. Hay una diferencia.

James sonrió, brevemente, como si la respuesta le hubiera sorprendido.

—¿Tienes pruebas?

—¿Necesita pruebas? Los archivos de la agencia están en el sótano. Cualquier redactor que haya trabajado aquí en los últimos seis años sabe qué campañas pasaron por mis manos antes de llegar a la suya. Las mecanografié yo. Las corregí yo. En tres casos, las reescribí de arriba abajo.

—¿Tres casos?

—La campaña de Kent cigarettes del cincuenta y seis. La de Plymouth del cincuenta y siete. La de Revlon del cincuenta y ocho, la que ganó el premio de la Asociación de Publicitarios de Nueva York.

James no parpadeó, pero Charlotte vio cómo su mano derecha, la que descansaba sobre el escritorio, se cerraba en un puño breve antes de relajarse.

—Esas campañas las firmó Tom Hale.

—Tom Hale no sabe escribir un titular que no tenga cuatro adjetivos.

Otro silencio. James rodeó el escritorio y se sentó en su silla de cuero, con la lentitud de quien necesita tiempo para reordenar las piezas.

—¿Por qué ahora? —preguntó—. Llevas seis años. Podrías haberlo dicho antes.
—¿Y qué habría pasado? —Charlotte lo miró a los ojos —. ¿Me habría creído? ¿Habría abierto un concurso interno para secretarias? ¿O me habría despedido por insubordinación?
James no respondió. Charlotte sabía que no podía: cualquier respuesta lo habría comprometido.
—La campaña de Nuit Blonde —continuó James, cambiando de tema— es la mejor que he leído este año. Y no solo entre las del concurso. Entre todas las que han pasado por esta agencia.
—Lo sé.
—La modestia no es tu fuerte.
—La modestia es un lujo que no puedo permitirme, señor Blackwood. Las mujeres modestas siguen siendo secretarias.
James la miró durante un momento largo. Después abrió un cajón, sacó el sobre marrón que Charlotte había dejado en la oficina de personal y lo puso sobre el escritorio, entre los dos.
—El jurado votó hace diez minutos. Eres la ganadora.
Charlotte no se movió. No respiró. Durante un segundo, el mundo se redujo al sobre marrón y a las manos de James Blackwood apoyadas sobre él.
—Cien dólares y un ascenso a redactor junior —añadió James—. Efectivo inmediato.
—¿Efectivo inmediato?
—A partir de enero. Tendrás tu propio escritorio en la sala de redactores, no en la sala común. Tu nombre en la puerta. Tu firma en tus campañas.
Charlotte sintió algo subirle por el pecho, algo caliente y rápido que podría haber sido alegría pero que se parecía más al pánico. Durante seis años había sido invisible. A partir de enero, todos la verían. Todos

tendrían una opinión. Y la primera opinión, la que más importaba, era la del hombre sentado frente a ella.
—Hay un problema —dijo James, como si le leyera el pensamiento.
—¿Cuál?
—Las mujeres no duran en esta industria.
Lo dijo sin malicia, con el tono plano de quien enuncia un hecho. Charlotte lo supo reconocer: era el tono que James usaba en las reuniones con clientes, el del profesional que dice lo que cree que hay que decir sin importarle si es verdad.
—¿Por qué no? —preguntó ella.
—Porque se casan. Tienen hijos. Se cansan. Porque los redactores varones no aceptan que una mujer les diga qué escribir. Porque los clientes no confían en una mujer detrás del copy.
—¿Y usted confía?
James se tomó un momento antes de responder.
—Confío en lo que he leído. No en lo que no conozco.
—Entonces déjeme demostrarle.
Otro silencio. James la miró como si la estuviera viendo por primera vez, como si los seis años de convivencia se hubieran evaporado y solo quedaran dos personas en una oficina, una frente a la otra, midiéndose.
—Acepto —dijo él—. Pero con una condición.
—¿Cuál?
—Si fracasas, no vuelves a la sala de secretarias. Te vas de la agencia.
Charlotte asintió una vez, despacio, con la cabeza alta.
—Aceptado.
Le tendió la mano. James la miró, dubitativo, como si aquel gesto fuera un contrato más formal que cualquier papel. Después la estrechó. Su mano estaba seca, firme, más fría de lo que Charlotte esperaba.
Salió de la oficina sin decir nada más. En el pasillo, cuando la puerta se cerró detrás de ella, se apoyó en la

pared y cerró los ojos. Las piernas le temblaban. Las manos le temblaban. Todo su cuerpo parecía haber guardado la tensión durante las últimas tres horas y ahora la soltaba de golpe, como una presa que cede. Abrió los ojos. Frente a ella, en la pared opuesta, un espejo rectangular le devolvió su imagen: una mujer de treinta y seis años, pelo castaño recogido en un moño apretado, blazer azul marino gastado en los codos, media descosida en el tobillo izquierdo. Una mujer que en enero dejaría de ser invisible.

Levantó la mano derecha —la que James había estrechado— y la miró como si fuera de otra persona.

Esa noche, Charlotte no pudo dormir. Se sentó en la cama con el cuaderno negro sobre las rodillas y el teléfono a su lado, pensando en la llamada que sabía que tenía que hacer. No a Peggy, ni a Doris, ni a ninguna de las secretarias que la habían visto salir de la oficina de Blackwood con una expresión que nadie supo leer. No a Tom Hale, que seguramente estaría bebiendo en algún bar del East Side, furioso. No a Robert Kessler, que la había mirado como se mira un accidente de tráfico.

Tenía que llamar a su madre.

Elizabeth Wurley vivía sola en una casa de madera pintada de blanco en las afueras de Little Rock, Arkansas. Charlotte le telefoneaba cada domingo a las seis de la tarde —cinco en Nueva York, seis en Arkansas, la hora en que su madre terminaba de cenar y se sentaba en el porche a mirar los campos—, pero hacía tres días que no llamaba y sabía que Elizabeth lo notaría. Su madre notaba todo lo que se desviaba de la rutina: una llamada perdida, una carta que tardaba un día más de lo habitual, un tono de voz que no encajaba con el que Elizabeth consideraba "normal".

Charlotte marcó el número. El teléfono sonó cuatro veces antes de que la voz de su madre respondiera,

con la cadencia lenta del Sur que Charlotte había perdido hacía años pero que reconocía como se reconoce un olor de la infancia.
—¿Charlotte?
—Hola, mamá.
—Es martes.
—Lo sé.
—No llamas los martes.
—Hoy sí.
Silencio. Charlotte imaginó a su madre en el porche, con el auricular en una mano y la otra apoyada en el respaldo de la mecedora, mirando la oscuridad de los campos como si pudiera ver a través de ellos hasta Manhattan.
—¿Pasó algo?
—Me ascendieron.
Otro silencio, más corto. Charlotte esperó la pregunta que sabía que vendría, y que vino.
—¿Ascendiste a qué?
—Redactora junior. En la agencia.
—Ah.
La pausa que siguió fue la pausa de Elizabeth procesando, de Elizabeth midiendo la noticia contra el mapa de expectativas que había trazado para su hija desde el día en que nació. En aquel mapa, Charlotte estaba casada con un hombre decente, vivía en una casa con jardín y tenía dos hijos que llamaban a Elizabeth "abuelita" los domingos por teléfono. En aquel mapa, Charlotte no era redactora junior en una agencia de publicidad de Nueva York.
—Eso es... bueno, supongo —dijo Elizabeth, con el tono de quien busca la palabra adecuada y no la encuentra.
—Es bueno, mamá.
—¿Y William?

Charlotte cerró los ojos. William Hartley. Su exmarido. El nombre que su madre pronunciaba cada vez que podía, como si repetirlo bastara para deshacer el divorcio y devolver a Charlotte al lugar que le correspondía.

—William y yo nos divorcimos hace cuatro años.

—Lo sé. Pero quizá...

—No hay quizá.

Silencio. Charlotte escuchó a su madre respirar, y en ese sonido reconoció algo que llevaba años intentando nombrar: la distancia entre lo que Elizabeth quería para ella y lo que Charlotte quería para sí misma, un abismo que ninguna llamada telefónica podía cruzar.

—¿Cuándo volverás a casarte? —preguntó Elizabeth, finalmente, con la voz suave del que hace una pregunta knowing que la respuesta no le gustará.

Charlotte miró la máquina de escribir portátil que tenía sobre la mesa de noche, la Underwood que había comprado de segunda mano y que había usado para escribir la campaña ganadora. Miró el cuaderno negro, abierto en la página donde había escrito la frase que lo había cambiado todo: *¿Y si el perfume no fuera para él?* Miró la ventana oscura, detrás de la cual Manhattan brillaba con sus millones de luces, sus millones de promesas, sus millones de muros.

—No voy a volver a casarme, mamá —dijo, y al oírse supo que era verdad.

No porque no quisiera amor. No porque no quisiera compañía. Sino porque casarse, para una mujer como ella, en un mundo como aquel, significaba pedir permiso. Y Charlotte Wurley había decidido, esa misma tarde, frente a James Blackwood y su escritorio de roble, que no iba a pedir permiso nunca más.

Elizabeth no respondió. Charlotte escuchó la respiración de su madre durante unos segundos más, después dijo "buenas noches" y colgó.

Se quedó sentada en la cama, en silencio, con el auricular en la mano y la mirada perdida en la oscuridad del apartamento. Afuera, un tren del elevado pasó con su rugido metálico, haciendo vibrar los cristales de la ventana. Charlotte respiró hondo, soltó el auricular, abrió el cuaderno negro en una página en blanco y escribió, en la esquina superior, con letra pequeña y precisa:
"*1 de enero de 1959. Primer día como redactora junior de Blackwood & Associates.*"
Debajo, en letras más grandes, añadió:
"*Lo que nos callamos.*"
No sabía aún que esas tres palabras serían el título de algo más grande que un cuaderno. No sabía que esas tres palabras definirían los próximos cuarenta años de su vida. No sabía que, en algún lugar de Manhattan, en algún despacho de redacción, en alguna cama de hospital, en algún funeral bajo la lluvia, esas tres palabras volverían a ella una y otra vez, como un eco que no se apaga.
Cerró el cuaderno. Apagó la luz. Se acostó.
Y por primera vez en seis años, durmió sin soñar con Arkansas.

Capítulo 2 — Lo que las esposas no dicen
El invierno de 1959 entró en Manhattan como un huésped que nadie había invitado pero que todos sabían que llegaría. La nieve cayó primero sobre Central Park y después sobre el resto de la isla, cubriendo las aceras de Lexington Avenue con una costra blanca que los mozos del edificio Chrysler raspaban cada mañana antes de que los ejecutivos pisaran el vestíbulo. Charlotte llegó el dos de enero — jueves, su primer día oficial como redactora junior—

con los pies fríos y el corazón más frío aún, y descubrió que su nuevo escritorio no estaba en la sala de redactores, como James Blackwood había prometido, sino en un rincón del pasillo, entre el archivador de cuentas viejas y la puerta del baño de señoras.

El escritorio era de metal, no de roble. La silla no giratoria. La máquina de escribir era una Underwood idéntica a la que había usado durante seis años en la sala común, como si el cambio de departamento no mereciera ni un equipo nuevo. Sobre la placa de latón que debería haber llevado su nombre había solo un hueco: la placa aún no había llegado, o no se había encargado, o no se había considerado necesario.

Charlotte se sentó, colocó el bolígrafo a la derecha, el bloc de taquigrafía a la izquierda y el café en el borde, lo suficientemente lejos de la Underwood. Después se quedó quieta durante un minuto entero, mirando la pared que tenía frente a ella —una pared de yeso pintada de un verde institucional que nadie había elegido—, y pensó en su madre.

Elizabeth Wurley habría dicho que aquello era sufficiente. Un escritorio, un sueldo, un título. "Ya tienes más que muchas mujeres, Charlotte. ¿De qué te quejas?" Pero Elizabeth no estaba allí, y la pared verde no era suficiente, y Charlotte lo sabía.

El primer semana como redactora fue un ejercicio de resistencia silenciosa.

Los tres redactores juniors que compartían el departamento —Harold, Franklin y un tal Mitch cuyo apellido Charlotte no se molestó en recordar— la miraban como se mira un mueble que alguien ha colocado en el lugar equivocado. No le hablaban unless que fuera estrictamente necesario, y cuando lo hacían, su tono tenía la corrección hueca de quien cumple una obligación sin convicción.

—Wurley, ¿tienes el brief de la cuenta de Lucky Strike?

—Wurley, el señor Kessler quiere el copy de la campaña de detergente para las tres.
—Wurley, ¿sabes dónde está el archivo de los storyboards del cincuenta y siete?
Nunca "Charlotte". Nunca "señorita Wurley". Solo "Wurley", dicho de prisa, sin mirarla, como si el apellido fuera una etiqueta y no un nombre de persona.
Charlotte respondía con la misma corrección hueca, entregaba lo que le pedían, no pedía nada a cambio. Pero por las noches, en su apartamento de Murray Hill, abría el cuaderno negro y escribía lo que no podía decir en voz alta: observaciones, frases sueltas, ideas que no encajaban en ningún brief y que guardaba como quien guarda semillas en invierno, sabiendo que llegará la primavera aunque no sepa cuándo.
Fue durante la segunda semana cuando Peggy apareció en su escritorio del pasillo con una excusa y una verdad.
La excusa era un memorando que Charlotte ya había recibido. La verdad era un café.
—Pensé que querrías compañía —dijo Peggy, sentándose en el borde del escritorio con la naturalidad de quien no sabe que está haciendo algo inusual.
—No necesito compañía.
—Lo sé. Pero la necesitaba yo.
Charlotte la miró. Peggy tenía veintitrés años, el pelo rubio recogido en una cola que siempre se deshacía a media mañana, y un anillo de boda que giraba nerviosamente en el dedo cuando hablaba. Se había casado en junio con un tal Richard, vendedor de seguros, y desde entonces hablaba de su matrimonio como se habla de una casa recién comprada: con entusiasmo de catálogo, sin mencionar las goteras.
—¿Qué pasa? —preguntó Charlotte.
Peggy bajó la voz, aunque el pasillo estaba vacío.
—Richard no quiere que trabaje.

Charlotte no dijo nada. Esperó.
—Dice que con su sueldo basta. Que una esposa no necesita trabajar. Que la gente hablará si su mujer sigue siendo secretaria ahora que están casados.
—¿Y tú qué quieres?
Peggy se quedó mirando el café. Charlotte reconoció la expresión: la de alguien que no se ha permitido formular la respuesta en voz alta ni una sola vez.
—No lo sé —dijo Peggy—. Antes creía que lo sabía. Antes quería la lavadora, la casa, los hijos. Todo lo que se supone que quiero. Pero ahora que lo tengo... —dejó la frase a medio terminar, como un trazo que no se atreve a completarse.
—¿Y ahora?
—Ahora me despierto a las cinco para prepararle el desayuno, me visto, tomo el subway, me siento frente a la Underwood y mecanografío las cartas de otros hasta las cinco de la tarde. Vuelvo a casa, le preparo la cena, lavo los platos, me acuesto. Y antes de dormir pienso: ¿es esto? ¿Es todo?
Charlotte la escuchó sin interrumpir. Había escuchado a Peggy hablar de la lavadora, de Richard, de la boda, durante meses, pero nunca la había escuchado hablar así. Nunca la había visto sin el entusiasmo de catálogo, sin la ropa de showroom.
—¿Le has dicho eso a Richard?
—No puedo. Se enfadaría. Diría que no valoro lo que tenemos. Diría que soy egoísta.
—¿Y decirlo aquí, conmigo, no es egoísta?
Peggy la miró, sorprendida, como si la pregunta la hubiera pillado desprevenida. Después sonrió, brevemente, con la tristeza rápida de quien reconoce una verdad que no quiere aceptar.
—Supongo que sí. Pero tú no me vas a juzgar.
—No. No voy a juzgarte.

Peggy se fue. Charlotte se quedó con el café frío y la frase de Peggy resonando en la cabeza como un eco: *¿Es esto? ¿Es todo?*

Esa noche, en el cuaderno negro, escribió: "*Peggy. 23 años. Casada. Quiere algo que no sabe nombrar. Lo calla porque nombrarlo sería traición.*"

Debajo añadió: "*¿Cuántas Pegsys hay en esta ciudad? ¿Cuántas en este edificio? ¿Cuántas en cada cocina, en cada cama, en cada fila del subway, mirando al frente con los ojos abiertos y la boca cerrada?*"

Doris fue la siguiente, aunque no con palabras. Charlotte la encontró un miércoles de febrero en el baño del piso diecisiete, a las cuatro de la tarde, cuando el resto de la agencia estaba en la pausa del café. Doris estaba sentada en el borde del lavabo, fumando con la urgencia de quien necesita el humo para no deshacerse, y tenía los ojos rojos de un llanto que no había terminado del todo.

—¿Estás bien? —preguntó Charlotte, deteniéndose en la puerta.

—Estupenda —dijo Doris, y soltó una bocanada de humo que llenó el aire entre las dos con un velo gris.

Charlotte entró, cerró la puerta y se apoyó en la pared. Conocía a Doris desde hacía cuatro años, desde que esta había llegado a la agencia con una carta de recomendación de un exmarido que la odiaba y un expediente de mecanografía impecable. Doris fumaba como respiraba: sin pensar, sin disculparse, como si cada cigarro fuera un pequeño acto de rebeldía contra un mundo que la había decepcionado.

—Es mi hija —dijo Doris, finalmente, sin que Charlotte hubiera preguntado.

Charlotte no sabía que Doris tenía una hija. En cuatro años, Doris nunca había mencionado un hijo, un marido, un pasado. Solo el presente: el cigarro, la

Underwood, el abrigo gris que colgaba en el perchero sin nombre.
—Tiene catorce años. Vive con mi hermana en Queens. No la veo desde Navidad.
—¿Por qué no?
Doris apagó el cigarro en el lavabo, lo tiró a la papelera y encendió otro inmediatamente, como si el descanso entre cigarros fuera un lujo que no podía permitirse.
—Porque mi exmarido consiguió la custodia. Porque el juez decidió que una mujer divorciada que trabaja y fuma no es un ambiente adecuado para una niña. Porque en este país, Charlotte, una mujer que se va de su marido pierde todo lo demás.
Charlotte no dijo nada. No había nada que decir. La historia de Doris no era única; Charlotte la había escuchado en versiones distintas, con nombres y fechas diferentes, en la voz de mujeres que había conocido a lo largo de los años: la prima de una compañera de universidad, la vecina del tercero en Murray Hill, la cajera del supermercado que trabajaba dos turnos para pagar el abogado de divorcio.
—¿Y qué haces? —preguntó Charlotte.
—Trabajo. Fumo. Le escribo cartas que no envío porque mi hermana me dijo que la niña no quiere saber nada de mí. —Doris soltó una risa breve, seca—. Es curioso. Me divorcié porque mi marido me pegaba. El juez me castigó por irme. Mi hija me castiga por haberme ido. Y yo sigo aquí, mecanografiando cartas de una agencia que no sabe que existo.
Charlotte la miró. Doris tenía cuarenta y cuatro años, las manos manchadas de nicotina, y una dignidad feroz que asustaba a los hombres del piso diecisiete. Charlotte pensó que si Doris hubiera sido hombre, la agencia le habría ofrecido un despacho con vistas al Empire State. Pero Doris no era hombre, y el único despacho que tenía era aquel baño de señoras donde

fumaba como si el humo pudiera tapar los agujeros que la vida le había abierto.
—No tienes que contarme esto —dijo Charlotte.
—Lo sé. Pero tú no preguntas con cara de juez. —Doris la miró de reojo, con una mezcla de desafío y gratitud que Charlotte reconoció porque la había visto antes, en otros rostros, en otras mujeres que pedían permiso para existir—. La mayoría de la gente, cuando se entera, te mira con lástima o con desprecio. No hay término medio. O eres una víctima o eres una mala madre. Nunca las dos cosas a la vez, nunca una persona entera.
—Eres una persona entera —dijo Charlotte.
Doris no respondió. Encendió el tercer cigarro y miró el techo como si buscara algo que no estaba allí.
—Mi hija se llama Ellen —dijo, al fin, como si el nombre le costara cada sílaba—. Tiene los ojos de mi madre. No los míos. Los de mi madre.
Charlotte no preguntó más. Salió del baño, volvió a su escritorio del pasillo y se quedó mirando la pared verde durante un rato largo, con la Underwood en silencio y el café completamente frío.
Esa noche escribió en el cuaderno: "Doris. 44 años. Divorciada. Perdió a su hija por atreverse a irse. Fuma como si cada cigarro fuera una carta que no puede enviar."
Debajo añadió, sin pensarlo demasiado, casi mecánicamente: "Ellen. 14 años. Queens. No sabe que su madre guarda su nombre como otros guardan reliquias."
La tercera fue Margaret, aunque Charlotte tardó semanas en enterarse de su nombre de pila. En la agencia todo el mundo la llamaba "la señora Halsey", incluso las secretarias más jóvenes, incluso los mozos del ascensor. Margaret Halsey, esposa de Walter Halsey, vicepresidente de cuentas. Margaret Halsey,

que no aparecía en el organigrama de la agencia pero que aparecía en todas las fiestas, en todos los cócteles, en todas las fotografías del anuario, siempre medio paso detrás de su marido, con una sonrisa impecable y un vestido que nunca era el equivocado. Margaret no trabajaba en la agencia. Margaret *era* de la agencia, de la misma manera que un jarrón chino era del despacho de Walter: un objeto que pertenecía al lugar y que nadie cuestionaba porque siempre había estado allí.

Charlotte la conocía de lejos. La había visto en la fiesta de Navidad del año anterior, cuando James Blackwood la había presentado a Walter como "nuestra nueva promesa" y Walter había respondido con un apretón de manos breve y distracto, mientras Margaret, a su lado, miraba a Charlotte con una curiosidad que no era hostilidad pero tampoco era simpatía. Era algo más difícil de nombrar. Algo que Charlotte no supo interpretar hasta marzo.

Fue en marzo, en una recepción del piso cuarenta del Rockefeller Center, cuando Charlotte encontró a Margaret sola en la terraza, con una copa de champán que no se bebía y un abrigo de visón que no se quitaba pese a la calefacción del interior.

—¿No entra? —preguntó Charlotte, deteniéndose en el umbral.

Margaret se volvió. Tenía cuarenta y un años, aunque podría haber pasado por treinta y cinco. La piel era de porcelana, el pelo gris acero recogido con una discreción que costaba dinero, los ojos de un azul pálido que parecía siempre a punto de decir algo y nunca lo decía.

—Estoy bien aquí —dijo Margaret—. Hace calor allá dentro. Y ruido.

Charlotte salió a la terraza. Hacía frío, pero no tanto como habría esperado: marzo en Manhattan es

traicionero, pero aquella noche el viento del Este se había calmado y la ciudad estaba quieta, como conteniendo la respiración.

—¿Y usted? —preguntó Margaret—. No la he visto en estas cosas antes.

—No me invitan habitualmente. Solo si Blackwood insiste.

—Ah, Blackwood. —Margaret dijo el nombre con una inflexión que Charlotte no supo descifrar—. James es buena gente. Pero los hombres buenos también son hombres.

Charlotte no respondió. Margaret la miró, como si estuviera decidiendo algo, y después dijo algo que Charlotte no esperaba.

—¿Sabe cuántos años llevo casada con Walter?

—No.

—Diecisiete. Diecisiete años, tres mudanzas, dos hijos que están en internado en Connecticut porque Walter consideró que la casa de Manhattan no era lugar para niños, y una vida social que consiste en sonreír a clientes que me miran el escote mientras hablan de cuotas de mercado. —Hizo una pausa, miró su copa—. Yo quería estudiar Historia del Arte. ¿Lo sabía? Antes de casarme. Quería ir a Radcliffe, hacer un doctorado, enseñar. Mi padre dijo que era una waste de matrícula. Walter dijo que era una waste de tiempo. Y yo, que tenía veintidós años y creía que el amor era suficiente, les creí a los dos.

—¿Y ahora?

—Ahora tengo cuarenta y un años, un visón que me abriga más que mi marido, y una biblioteca llena de libros que no leo porque leerlos me recordaría todo lo que no hice. —Margaret sonrió, pero la sonrisa no le llegó a los ojos—. No se case, señorita Wurley. No se case nunca. O si se casa, no se case con alguien que le quite el nombre y le dé otro a cambio.

Charlotte pensó en su madre, en Elizabeth Wurley, que se había casado con un hombre que le había quitado el nombre y le había dado otro que nunca le había sentado bien. Pensó en Peggy, en Doris, en todas las mujeres que había conocido en los últimos meses y que compartían un mismo síntoma: la sensación de haber sido canjeadas por algo que no era lo que les habían prometido.

—¿Por qué se queda? —preguntó Charlotte, y al hacerlo se dio cuenta de que era la misma pregunta que había querido hacerle a Peggy, a su madre, a sí misma.

Margaret la miró con una expresión que Charlotte tardó años en olvidar: una mezcla de sorpresa, tristeza y algo que solo podía llamarse cansancio.

—Porque irse es más difícil que quedarse. Porque no tengo título, ni oficio, ni ingresos propios. Porque si me voy, pierdo todo lo que Walter tiene y nada de lo que yo soy. Porque en este país, señorita Wurley, una mujer que deja a su marido a los cuarenta y uno no empieza una nueva vida: se convierte en una anécdota que otros cuentan en cócteles.

Margaret se bebió el champán de un trago, por primera vez en toda la noche, y dejó la copa vacía en la barandilla de la terraza.

—No le he dicho nada de esto —dijo—. ¿Entendido? No le he dicho nada.

—No me ha dicho nada —confirmó Charlotte.

Margaret entró. Charlotte se quedó en la terraza, mirando Manhattan, la ciudad de cristal y luces que se extendía bajo ella como una promesa que alguien había hecho y no había cumplido.

Esa noche, en el cuaderno negro, escribió: "Margaret Halsey. 41 años. Casada hace 17. Quería estudiar Historia del Arte. Ahora tiene un visón y una biblioteca

que no lee. No se va porque irse cuesta más que quedarse."
Debajo, después de un espacio largo, añadió: "Lo que las esposas no dicen no es lo que piensan. Es lo que saben. Y lo que saben es que el trato no fue justo, pero que ya es demasiado tarde para renegotiarlo."
En abril, Charlotte tuvo su primer encargo real como redactora.
No fue Blackwood quien se lo dio. Fue Kessler, el director de cuentas, un hombre de cuello rojo y manos húmedas que hablaba siempre con los labios apretados, como si las palabras le costaran dinero. Kessler le puso encima del escritorio, un martes por la mañana, un brief de cuatro páginas y un plazo de tres días.
—Campaña de cafeteras eléctricas. Marca Perkwell. Público objetivo: ama de casa urbana, entre veinticinco y cuarenta años, clase media-alta. Quieren algo moderno pero reconfortante. Que diga: "esta cafetera te ahorra tiempo para ti." El equipo creativo senior está ocupado con Lucky Strike. Tú haces el copy.
Charlotte leyó el brief. Era un documento mal escrito, lleno de circunloquios y de frases que no significaban nada: "la mujer moderna aprecia la eficiencia sin sacrificar la calidez del hogar." Charlotte pensó en Peggy, que se despertaba a las cinco para prepararle el desayuno a Richard. Pensó en Doris, que mecanografiaba cartas ajenas mientras su hija crecía en Queens sin ella. Pensó en Margaret, que tenía una cafetera de plata en una cocina que no usaba porque Walter prefería el café del club.
"La mujer moderna aprecia la eficiencia sin sacrificar la calidez del hogar."
Charlotte escribió tres versiones del copy.
La primera era correcta, profesional, olvidable. Decía cosas como "Perkwell: el aroma que despierta su

hogar" y "Cada mañana, un momento solo para usted." Kessler la habría aprobado sin leer. Los juniors la habrían envidiado sin admirarla. La agencia la habría publicado sin recordar quién la había escrito.

La segunda era mejor: más ágil, más concreta, con un ángulo que jugaba con la idea de tiempo robado. "Perkwell le devuelve los minutos que el día le quita." Sonaba bien. Sonaba como advertising. Sonaba como algo que Charlotte sabía hacer.

La tercera no era advertising. La tercera era lo que Charlotte habría escrito en el cuaderno negro si el brief se lo hubiera permitido.

"*A las 6:45, antes de que nadie la necesite, usted se sirve una taza de café. No es el café lo que importa. Es el cuarto de hora en el que nadie la llama esposa, madre, señora. Perkwell no le ahorra tiempo para la casa. Le ahorra tiempo para usted.*"

Charlotte miró las tres versiones durante un rato largo. Después cogió la primera y la segunda, las puso en un sobre dirigido a Kessler, y dejó la tercera en el cajón del escritorio, debajo del bloc de taquigrafía.

No la enseñó a nadie. No la enseñó a Peggy, que le habría preguntado si no era demasiado triste. No la enseñó a Margaret, que le habría dicho que era bonita pero que no iba a funcionar. No la enseñó a Blackwood, que le habría preguntado por qué no había entregado esa versión y Charlotte no habría sabido responder.

La guardó. Como guardaba todo lo que importaba.

Kessler aprobó la segunda versión sin comentarios. La campaña de Perkwell salió en septiembre, con una fotografía de una mujer rubia sonriendo a una cafetera cromada, y Charlotte vio su copy impreso en una revista doméstica sin sentir nada, como quien reconoce a un conocido en la calle y sigue caminando.

Pero en el cajón del escritorio, debajo del bloc, la tercera versión seguía allí, esperando algo que Charlotte aún no sabía nombrar.

Mayo llegó con lluvias y con una noticia.

La noticia la dio Peggy, un miércoles al mediodía, sentada otra vez en el borde del escritorio de Charlotte, con el pelo suelto y los ojos hinchados.

—Estoy embarazada —dijo.

Charlotte la miró. Peggy tenía el anillo de boda quieto, por primera vez en meses. No giraba. No temblaba.

—¿Richard lo sabe?

—Sí. Está contento. Dice que ahora sí, que ya es una familia de verdad. —Peggy se quedó mirando el café que Charlotte le había servido sin que se lo pidiera—. Yo también estoy contenta. Supongo.

—¿Supones?

—No sé. Cuando me dijo Richard, lo primero que sentí fue... alivio. ¿Sabes? Alivio. Porque ahora ya no tengo que decidir. Ahora ya no tengo que pensar si quiero seguir trabajando, si quiero pedirle a Blackwood un puesto mejor, si quiero... —se detuvo, como si la frase la hubiera pillado a ella misma desprevenida—. Ahora ya está decidido. Ahora ya soy lo que se supone que tengo que ser.

Charlotte no dijo nada. Peggy la miró.

—¿No me vas a decir nada?

—¿Qué quieres que te diga?

—No lo sé. Algo. Lo que sea.

Charlotte pensó en la tercera versión del copy de Perkwell, en el cajón. Pensó en el cuarto de hora en el que nadie te llama esposa, madre, señora. Pensó en Peggy a las cinco de la mañana, preparando el desayuno, pensando ¿es esto, es todo.

—Felicidades —dijo Charlotte.

Peggy la miró un momento largo, como si buscara algo detrás de la palabra. Después asintió, se levantó del

escritorio y se fue por el pasillo con la misma naturalidad con la que había llegado.
Esa noche, en el cuaderno negro, Charlotte escribió: "Peggy. Embarazada. Aliviada de no tener que elegir. ¿Qué es peor: no poder elegir o estar aliviada de no poder hacerlo?"
No escribió nada más. Cerró el cuaderno, apagó la luz y se quedó despierta en la oscuridad de Murray Hill, escuchando el ruido de la ciudad que no dormía, pensando en todas las Pegsys, en todas las Doris, en todas las Margaret, en todas las Elizabeth, en todas las mujeres que no sabían que estaban esperando algo y que lo esperarían toda la vida sin saber qué era.
El capítulo podría haber terminado ahí. Charlotte habría podido cerrar el cuaderno, apagar la luz y dejar que la primavera siguiera su curso sin incidentes. Pero el cuaderno no se cerró, y la primavera no siguió su curso, porque a finales de mayo Charlotte recibió una carta.
La carta era de su madre. Elizabeth Wurley escribía desde Schenectady, en una hoja de papel de carta color crema con el monograma "E.W.—M.", las iniciales de su nombre de soltera y de su nombre de casada, unidas por un guión que Elizabeth siempre había considerado un logro y Charlotte siempre había considerado una rendición.
La carta decía, en la letra inclinada y cuidada de Elizabeth:
"*Querida Charlotte:*
Tu padre y yo estamos bien. El invierno ha sido largo pero el jardín ya está en flor. Tu hermana Ann viene a cenar el domingo. Dice que el niño ha crecido. Te manda recuerdos.
Vi en el periódico del domingo un anuncio de cafeteras. No sé si fue cosa tuya pero me acordé de ti. El copy era bueno. Tenía garbo. Si fue tuyo, me alegro. Si no fue

tuyo, también me alegro, porque significa que hay otras mujeres escribiendo cosas con garbo.
No te pregunto por tu vida en Nueva York porque sé que no me lo contarías. Solo te digo que tu padre y yo hablamos de ti a veces, por la noche, y que tu padre dice que deberías haber aceptado el puesto de la biblioteca pública cuando te lo ofrecieron. Yo le digo que no, que tú sabrás lo que haces. Pero a veces no estoy segura.
Escríbeme cuando puedas. No hace falta que me cuentes nada. Solo escríbeme para que sepa que sigues ahí.
Con cariño,
Mamá"
Charlotte leyó la carta tres veces. La primera con impaciencia, buscando lo que Elizabeth no decía. La segunda con atención, descifrando lo que Elizabeth decía sin querer. La tercera con algo que solo podía llamarse ternura, aunque la palabra le costó.
"El copy era bueno. Tenía garbo."
Elizabeth no había dicho "estoy orgullosa de ti". Elizabeth no sabía decir eso. Pero había visto el anuncio, lo había reconocido, se había acordado de su hija. Y había escrito "tenía garbo", que era la palabra más cercana al orgullo que Elizabeth conocía.
Charlotte cogió el cuaderno negro, abrió una página en blanco y escribió, en lo alto: "Elizabeth Wurley-Mercer. Schenectady. Madre. Esposa. Lee el periódico del domingo y se acuerda de mí."
Debajo, después de un espacio largo, añadió: "No todas las esposas callan lo mismo. Mi madre calla lo que siente y dice lo que cree. Peggy calla lo que quiere y dice lo que debe. Doris calla el nombre de su hija y dice el de sus jefes. Margaret calla lo que pudo ser y dice lo que es. Todas callan algo. Todas esperan algo.

Lo que las esposas no dicen no es un secreto: es un idioma. Y yo estoy aprendiendo a hablarlo."
Cerró el cuaderno. Afuera, Murray Hill dormía. Manhattan dormía. Y en algún lugar de Queens, una niña de catorce años llamada Ellen dormía también, sin saber que su madre había apagado el tercer cigarro de la tarde pensando en ella.
Charlotte apagó la luz.
Pero antes de dormirse, en la oscuridad, pensó en la tercera versión del copy de Perkwell, en el cajón del escritorio, esperando. Y pensó que quizá, algún día, alguien la leería. Y que quizá, cuando la leyera, reconocería en aquellas líneas lo que Charlotte había reconocido en Peggy, en Doris, en Margaret, en su madre: la silenciosa, obstinada, terca esperanza de que la vida puede ser otra cosa, aunque nadie te haya dicho cuál.

Capítulo 3 — Sexo y la chica soltera

Charlotte no habría sabido decir cuándo fue la primera vez que alguien la llamó "chica". Probablemente antes de que supiera que la palabra podía herir. En Schenectady, la señora Calloway, la profesora de catequesis, la había llamado así un domingo de Adviento mientras le ajustaba la mantilla para la comunión: "Qué chica tan seria", había dicho, como si la seriedad fuera una condensación meteorológica, algo que iba y venía. En Vassar, el profesor Henderson, que enseñaba Literatura Inglesa con un entusiasmo que compensaba en volumen lo que le faltaba en rigor, la había llamado "chica" al devolverle un ensayo sobre George Eliot: "Usted es una chica lista, Wurley. No sea tan lista que se quede sin novio."

Charlotte no le había respondido. Tenía diecinueve años y todavía no había aprendido que ciertas respuestas, las más exactas, son las que no se dan.
En la agencia, "chica" era la divisa común. Había chicas del copy, chicas del arte, chicas de cuentas, chicas del pasillo. Los hombres no eran "chicos": eran redactores, directores de arte, directores de cuentas, señor Fulano, señor Mengano. Las mujeres eran chicas, sin excepción, sin matiz, sin consideración por la edad, el talento o el número de años que llevasen escribiendo cosas que otros firmaban.
Charlotte era la chica del pasillo. Así la llamaba Kessler cuando necesitaba algo. "Ve a buscar a la chica del pasillo", decía al interfono, y Charlotte se levantaba del escritorio verde, cruzaba el laberinto de taquillas y cabinas de cristal, y aparecía en el umbral del despacho de Kessler como una convocada, no como una requerida.
No le gustaba la palabra. Pero no le gustaban muchas palabras, y aprendió pronto que las palabras que más le dolían eran las que más se repetían, y que las que más se repetían eran las que nadie cuestionaba. "Chica" era una de esas. "Soltera" era otra.
La primera vez que Charlotte oyó la palabra "solterona" dirigida a una mujer que no era ella, fue en la fiesta de cumpleaños de Walter Halsey, en febrero. No la dijo Walter: la dijo la señora Kessler, esposa de Kessler, una mujer de cuello corto y labios finos que bebía whisky con una determinación que Charlotte reconocía porque era la misma determinación con la que Charlotte escribía por las mañanas.
—¿Y tú, querida? —había preguntado la señora Kessler, mirando a Charlotte con una curiosidad que no ocultaba su filtro—. ¿Tienes novio?
—No —dijo Charlotte.

—¿No? —La señora Kessler ladeó la cabeza como un perro que oye un sonido nuevo—. ¿Y cuántos años tienes?
—Veintiséis.
—Veintiséis. —La señora Kessler repitió el número como si estuviera pesándolo en la mano, calculando su densidad—. Bueno, aún tienes tiempo. Pero no demasiado. No dejes que te pille la solterona, cariño. A las mujeres nos pilla a todas, pero a las que estamos solas nos pilla peor.
Charlotte sonrió. Sonrió porque era lo que se esperaba de ella, y porque había aprendido que las sonrisas eran la moneda con la que las mujeres pagaban el derecho de estar en una habitación sin que nadie las interrogara. Sonrió y bebió champán y no dijo lo que pensaba, que era: "Está usted casada con un hombre que le miente los viernes por la noche, señora Kessler, y me dice a mí que la solterona me va a pillar."
No lo dijo. Se lo apuntó.
Esa noche, en el cuaderno negro, bajo la entrada de Margaret, escribió: "La señora Kessler. Edad incierta. Casada con un hombre que huele a whisky y a secretaria los viernes por la noche. Me ha dicho que no me deje pillar por la solterona. La solterona, según ella, es una criatura que espera a las mujeres que no se casan. No le he preguntado qué espera a las que sí se casan. Tampoco le he preguntado si ella, cuando se mira al espejo, ve a una casada o a una solterona a la que le dieron un anillo para disfrazarla."
En marzo, poco después de la conversación en la terraza con Margaret, Charlotte tuvo su segundo encuentro con la cuestión del sexo. No el suyo: el de las demás.
Fue en la cafetería de la calle Cuarenta y Cuatro, un local de mostrador de linóleo y café flojo que Charlotte frecuentaba los martes porque los martes eran el día en

que la agencia estaba más quieta y ella podía salir sin que nadie la echara de menos. En la cafetería trabajaba una camarera llamada Grace.

Grace tenía veinticuatro años, pelo rojo oscuro recogido en una coleta que siempre estaba a punto de deshacerse, y una manera de servir el café que consistía en dejar la taza en el mostrador con un golpe seco, sin mirar, como si el acto de servir fuera algo que el cuerpo hacía mientras la mente estaba en otro sitio. Charlotte llevaba semanas observándola. No porque Grace fuera especialmente interesante, sino porque Charlotte observaba a todo el mundo y porque Grace, como Doris, como Peggy, como Margaret, tenía esa cosa que Charlotte aún no sabía nombrar pero que reconocía: una manera de estar en un lugar sin estar del todo.

Un martes de marzo, Charlotte se sentó en el taburete de siempre, pidió café, y Grace le dejó la taza con el golpe seco habitual. Pero esta vez se quedó.

—¿Usted trabaja en la publicidad, no? —preguntó Grace, con una franqueza que Charlotte no esperaba.

—Sí.

—Lo supuse. Por las horas que viene. Las que trabajan en publicidad vienen a desayunar tarde. Las que trabajan en tiendas vienen temprano. Las que no trabajan no vienen nunca. —Grace se apoyó en el mostrador—. ¿Le gusta?

—A veces.

—Eso es más de lo que dicen la mayoría. La mayoría dice que sí, que mucho, que maravilloso. —Grace hizo una pausa—. Yo digo que sí. Es mentira, pero lo digo.

Charlotte la miró. Grace tenía las manos manchadas de café y una marca en el dedo anular donde había habido, o donde debería haber habido, un anillo.

—¿Se casó? —preguntó Charlotte, y al hacerlo se dio cuenta de que era la primera vez que ella hacía la pregunta y no la recibía.
—Me casé. Me divorcié. Me vuelvo a casar en junio.
—¿Con el mismo?
—No. Con otro. —Grace sonrió, y la sonrisa era de una ironía tan limpia que Charlotte pensó que era la sonrisa más honesta que había visto en meses—. El primero era de Buffalo. Bebía. No mucho, pero suficiente. El segundo es de aquí, del Bronx. No bebe. No fuma. No habla mucho. Es perfecto.
—¿Y por qué se casa con él?
—Porque no tengo veintidós años y no tengo título y no tengo oficio y no tengo nada que no sea esto —dijo Grace, señalando la cafetera con un gesto que incluía el mostrador, las tazas, el olor a café flojo, el linóleo rayado—. Y porque una mujer sola en esta ciudad no es nada, señorita. No es nada. No es una persona. Es un problema que alguien tiene que resolver. Y la solución más fácil es casarse. No la mejor. La más fácil.
Charlotte no dijo nada. Grace la miró con una expresión que Charlotte ya conocía, la misma que había visto en Doris, en Margaret, en Peggy: la expresión de una mujer que está diciendo algo que no le ha dicho a nadie y que sabe que no se lo va a decir a nadie más.
—¿Y el sexo? —preguntó Charlotte, y la pregunta le salió antes de que pudiera frenarla.
Grace la miró. No se escandalizó. No se rió. La miró con una seriedad que Charlotte no esperaba.
—El sexo —dijo Grace, como si estuviera probando la palabra—. El sexo es lo que te dicen que es lo mejor de casarse. El sexo es lo que te dicen que es lo que esperas. El sexo es lo que te dicen que es la razón por la que aguantas todo lo demás. —Hizo una pausa, limpió el mostrador con un trapo que no necesitaba

limpiarse—. ¿Quiere que le diga lo que es el sexo, señorita?
—Sí.
—El sexo es lo que hacemos cuando no sabemos qué hacer. El sexo es lo que nos dan a cambio de lo que nos quitan. El sexo es el trato. No el matrimonio: el matrimonio es el papel. El sexo es el trato. Y el trato es este: tú das esto, y a cambio no te quedas sola. No te dan algo. Te quitan algo: la soledad. Y a las mujeres, en este país, les enseñan que la soledad es lo peor que les puede pasar. Así que damos. Damos porque no nos queda otra. Damos porque si no damos, nos llaman solteronas. Y solterona, en este país, es otra palabra para decir fracaso.
Charlotte no respondió. Grace se fue a atender a otro cliente con el mismo gesto seco con el que había venido, dejando la taza de café en el mostrador y la frase en el aire, como si ambas cosas tuvieran el mismo peso.
Esa noche, Charlotte escribió en el cuaderno: "Grace. 24 años. Divorciada de Buffalo. Se casa en junio con un hombre del Bronx que no bebe, no fuma, no habla. Se casa porque no tiene nada más. Me ha dicho que el sexo es el trato. Que lo que nos dan a cambio de lo que nos quitan. Que la soledad es lo que nos enseñan a temer. No estoy segura de que tenga razón. Pero no estoy segura de que se equivoque."
Debajo, después de un espacio, añadió: "Lo que las esposas no dicen sobre el sexo no es que no lo disfruten. Es que no saben si el disfrute es suyo o es parte del trato. No saben si quieren o si se les ha enseñado a querer. No saben si el deseo es suyo o es lo que se supone que tienen que sentir para que el trato parezca justo. Y esta incertidumbre, esta no saber, es la cosa más solitaria que he oído en esta ciudad."

Charlotte no era virgen. No lo era desde los veintitrés, desde Vassar, desde una noche de abril en la habitación de un estudiante de Literatura llamado Philip que escribía poemas sobre la nieve y que la había mirado, una vez, en la biblioteca, con una expresión que Charlotte había confundido con interés intelectual y que era, simplemente, interés.

Philip era delicado y torpe. Tenía manos largas que no sabían dónde ir y una manera de suspirar que Charlotte encontró, en su momento, conmovedora y que encontró, después, insostenible. La noche había sido breve, silenciosa, más ceremoniosa que gozosa, como si ambos estuvieran cumpliendo un requisito más que explorando un deseo.

Charlotte no había sentido mucho. Había sentido algo, sí: una sensación de apertura, de frontera cruzada, de cosa que ya no podía descruzarse. Pero no había sentido lo que los libros prometían. No había sentido lo que Mary McCarthy, a la que Charlotte leía en secreto en Vassar porque las bibliotecarias la consideraban inadecuada para señoritas, describía como "el momento en que el cuerpo deja de ser tuyo y se convierte en algo que compartes". Charlotte no había compartido. Charlotte había prestado.

Después de Philip hubo otros. No muchos. Tres. Uno en Vassar, dos en Nueva York. Los de Nueva York fueron distintos: más rápidos, más directos, menos ceremoniosos, pero también más solitarios. Uno era un periodista del *Herald Tribune* que se llamaba Bob y que bebía demasiado y que la había llevado a su apartamento de Greenwich Village un viernes de lluvia y que, después, había dormido con la espalda vuelta como si Charlotte ya no estuviera en la habitación. El otro era un arquitecto joven llamado Ted que Charlotte había conocido en una fiesta de la agencia y que la había mirado con una franqueza que Charlotte había

confundido con honestidad y que era, simplemente, impaciencia.
Ted había sido mejor que Bob. Ted había preguntado. Ted había querido saber si le gustaba, si estaba bien, si quería algo distinto. Charlotte había dicho que sí, que estaba bien, que no, que nada distinto. Había dicho lo que se dice cuando no se sabe lo que se quiere y no se quiere admitir que no se sabe.
No le había dicho a nadie nada de esto. No a Peggy, que le habría preguntado con ojos redondos y expresión de sorpresa calculada. No a Margaret, que le habría dicho que los hombres son así y que hay que aguantarse. No a Doris, que le habría sonreído con esa mezcla de tristeza y complicidad que Charlotte había aprendido a leer como la verdad.
Lo escribió. Lo escribió en el cuaderno negro, en una página que no iba con ninguna otra, sin encabezado, sin nombre, sin etiqueta. Escribió: "No sé lo que quiero. Sé lo que no quiero: no quiero lo que tuve. No quiero lo que tuvieron Peggy y Richard, lo que tienen Margaret y Walter, lo que tuvo Grace y el de Buffalo. No quiero el trato. Pero no sé qué quiero en su lugar. Y no saber lo que quiero, a los veintiséis, en esta ciudad, en este siglo, es una forma de soledad que no tiene nombre."
Fue en abril cuando Charlotte conoció a Eleanor.
No Eleanor Roosevelt. No Eleanor de Aquitania. Eleanor Marsh, veintisiete años, pelo castaño, ojos oscuros, redactora junior de la agencia rival, Blair & Company, tres calles al norte, en la Lexington.
Charlotte la conoció en la biblioteca pública, un sábado por la mañana, en la sección de poesía, porque Charlotte iba los sábados a la biblioteca pública porque los sábados eran el único día en que la agencia no la necesitaba y la biblioteca era el único lugar en Manhattan donde nadie le preguntaba por su vida.

Eleanor estaba leyendo a Marianne Moore. Charlotte estaba buscando a Elizabeth Bishop, que era su poetisa favorita y que vivía en algún lugar del sur y escribía sobre el mar con una precisión que Charlotte envidiaba. Se cruzaron en el pasillo entre las estanterías, literalmente, los cuerpos chocando con la torpeza de dos personas que no esperaban a nadie en una biblioteca un sábado por la mañana.

—Perdón —dijo Eleanor.

—Perdón —dijo Charlotte.

Se miraron. Fue uno de esos momentos que Charlotte, después, no supo clasificar. No fue atracción, no exactamente, no todavía. Fue reconocimiento. Fue la sensación de encontrarse con alguien que estaba en la biblioteca un sábado por la mañana por la misma razón que ella: porque los sábados eran largos y la ciudad era grande y la soledad, la verdadera, la que no se nombra, pesaba.

—Elizabeth Bishop —dijo Eleanor, mirando el libro que Charlotte llevaba en la mano.

—Sí.

—La he leído. Es buena. Es mejor que buena. —Eleanor ladeó la cabeza—. ¿Usted es de las que lee poesía o de las que escribe?

—De las que lee. ¿Usted?

—De las dos. —Eleanor sonrió—. Trabajo en publicidad. Copy. Por eso vengo aquí los sábados: para recordar que las palabras pueden ser otra cosa.

Charlotte no respondió. Pero también sonrió. Y la sonrisa, esta vez, no fue la que servía en las fiestas, ni la que servía en la agencia, ni la que servía para pagar el derecho de estar en una habitación. Fue una sonrisa que Charlotte no controló, que le salió de algún lugar que no era la cortesía, y que le dejó, después, una inquietud que no supo nombrar.

Eleanor se convirtió en una rutina. Los sábados, la biblioteca, la sección de poesía. No siempre hablaban. A veces Charlotte llegaba y Eleanor ya estaba allí, con Marianne Moore o con Wallace Stevens o con algún libro que Charlotte no conocía y que Eleanor le acercaba sin decir nada, como si el gesto de pasar un libro fuera una forma de conversación que no necesitaba palabras.

Cuando hablaban, hablaban de poesía, de libros, de la agencia, de la ciudad. Eleanor era de Boston. Había estudiado en Wellesley, que era lo más cerca de Vassar que Charlotte había conocido. Tenía una voz grave y una manera de decir las cosas que consistía en decirlas despacio, como si cada frase fuera un objeto que había que colocar en el lugar exacto.

—¿Eres feliz? —le preguntó Eleanor un sábado, sin previo aviso, como si la pregunta fuera la continuación natural de una conversación que no habían tenido.

Charlotte la miró. Nadie le había preguntado eso. Nadie. Ni su madre, que le preguntaba si estaba bien. Ni Peggy, que le preguntaba si tenía novio. Ni Blackwood, que le preguntaba si el copy estaba listo. Nadie le había preguntado si era feliz, y la pregunta, por su simplicidad, por su exactitud, por su imposibilidad, la dejó sin aliento.

—No lo sé —dijo Charlotte.

—Eso es mejor que un no —dijo Eleanor—. Un no es definitivo. Un no sé es una puerta.

Charlotte pensó en esa frase durante días. La pensó en el escritorio verde del pasillo, la pensó en la cafetería de la calle Cuarenta y Cuatro, la pensó en la cama de Murray Hill, en la oscuridad, escuchando la ciudad. "Un no sé es una puerta." No sabía si era verdad. Pero sabía que nadie le había dicho nada que le importara tanto en mucho tiempo.

En mayo, después de la carta de su madre, después del embarazo de Peggy, después de la tercera versión del copy de Perkwell en el cajón, Charlotte le enseñó a Eleanor el cuaderno negro.

No había planeado hacerlo. Fue un sábado de mayo, lluvioso, en la biblioteca, y Eleanor le había preguntado qué escribía en el cuaderno que siempre llevaba, y Charlotte, que nunca le había enseñado el cuaderno a nadie, que nunca le había enseñado a nadie nada que importara, lo abrió y se lo dio.

Eleanor lo leyó despacio. Lo leyó como leía la poesía: con atención, con respeto, sin prisa. Pasó las páginas, las entradas, los nombres, los espacios en blanco que Charlotte dejaba entre una cosa y otra como respiraciones.

Cuando terminó, cerró el cuaderno y se lo devolvió.

—Lo que escribes aquí —dijo Eleanor— no es publicidad. Es otra cosa.

—¿Qué cosa?

—No lo sé. Pero es otra cosa. Es lo que las mujeres no dicen. Y lo que las mujeres no dicen es lo único que importa, porque es lo único que es verdad.

Charlotte cogió el cuaderno. No lo cerró. Lo dejó abierto en la página donde había escrito, sin encabezado, sin nombre: "No sé lo que quiero."

Eleanor la miró. La miró con una expresión que Charlotte no supo leer, y que no era la expresión de Margaret en la terraza, ni la de Doris en el baño, ni la de Peggy en el borde del escritorio. Era otra cosa. Era una expresión que Charlotte no había visto en ningún rostro de mujer y que, sin embargo, le era familiar, como si la hubiera estado esperando sin saberlo.

—¿Puedo decirte algo? —preguntó Eleanor.

—Sí.

—No sé lo que quiero. Tampoco. No lo sé desde hace años. Vine a Nueva York porque no sabía qué quería y

pensé que la ciudad me lo diría. No me lo ha dicho. Pero me ha dado algo que no esperaba: la posibilidad de no saber. La posibilidad de estar en un lugar donde no saber lo que quieres no es un fracaso, es un principio.

Charlotte la miró. La biblioteca estaba quieta. La lluvia caía fuera, contra las ventanas, con una constancia que Charlotte encontró, de pronto, hermosa.

—Eres la primera persona que me ha dicho eso —dijo Charlotte.

—Lo sé —dijo Eleanor—. Por eso te lo digo.

Esa noche, Charlotte no escribió en el cuaderno. Lo abrió, lo miró, lo cerró. No sabía dónde poner lo que había sentido en la biblioteca, porque no sabía qué había sentido. No era lo que había sentido con Philip, ni con Bob, ni con Ted. No era la ceremonia ni la prisa ni la impaciencia. Era algo más lento, más quieto, más difícil de nombrar. Era la sensación de que alguien la había visto, no la que se mostraba, no la que sonreía en las fiestas ni la que escribía copy en el pasillo, sino la que no sabía lo que quería y que estaba, a los veintiséis, en una ciudad que no le daba respuestas, aprendiendo a vivir con la pregunta.

Charlotte apagó la luz. Afuera, Murray Hill dormía. Manhattan dormía. En algún lugar de Queens, Ellen dormía. En algún lugar del Bronx, Grace dormía, con la mano sobre la marca del anillo que ya no llevaba. En algún lugar de Manhattan, Margaret dormía, con el visón colgado en el armario y la biblioteca llena de libros que no leía. En algún lugar de Schenectady, Elizabeth Wurley-Mercer dormía, con el cuaderno de su hija en la mente, sin saber que existía pero sabiendo, de algún modo, que su hija escribía.

Y en algún lugar de la ciudad, Eleanor Marsh dormía también, o no dormía, o leía, o pensaba, o estaba

despierta con la misma pregunta que Charlotte, con el mismo no sé, con la misma puerta.
Charlotte pensó: "Quizá no estoy sola. Quizá nunca lo estuve. Quizá la soledad no es la ausencia de alguien, sino la ausencia de alguien que te haga la pregunta correcta."
Y con ese pensamiento, sin escribirlo, se durmió.
El lunes, cuando Charlotte llegó a la agencia, Kessler la llamó al despacho.
—Siéntate —dijo Kessler, sin levantar los ojos de los papeles.
Charlotte se sentó. Kessler tenía sobre el escritorio un brief nuevo, un sobre, y una expresión que Charlotte no le había visto antes: una mezcla de impaciencia y algo que, en otro rostro, habría sido respeto.
—Blackwood quiere que escribas algo —dijo Kessler —. No es una campaña. Es un artículo. Para una revista. *McCall's*. Quieren un texto sobre "la chica soltera de Nueva York". Blackwood ha dicho que tú eres la chica soltera de Nueva York. —Kessler dijo "chica soltera" como quien dice "factura pendiente"—. Tienes una semana.
Charlotte cogió el brief. Era una hoja, no más. Decía: "La chica soltera de Nueva York: qué quiere, qué teme, qué espera. Tono: moderno, honesto, con humor. 3.000 palabras."
Charlotte miró la hoja. Miró a Kessler. Miró por la ventana del despacho, que daba a un patio interior donde no había nada, ni vistas, ni Empire State, ni Manhattan, solo un muro de ladrillo y un cielo rectangular que parecía una promesa hecha por alguien que no tenía intención de cumplirla.
—¿Una semana? —preguntó Charlotte.
—Una semana —dijo Kessler—. Blackwood insiste.
Charlotte se levantó. Salió del despacho. Volvió a su escritorio verde del pasillo. Puso el brief sobre la mesa,

al lado de la Underwood, y se quedó mirándolo durante un rato largo.
"La chica soltera de Nueva York: qué quiere, qué teme, qué espera."
Charlotte pensó en Peggy, que no era soltera y que estaba embarazada y aliviada de no tener que elegir. Pensó en Doris, que no era soltera y que había perdido a su hija por atreverse a irse. Pensó en Margaret, que no era soltera y que tenía un visón y una biblioteca que no leía. Pensó en Grace, que no era soltera y que se iba a casar con un hombre que no hablaba porque no tenía nada más. Pensó en su madre, que no era soltera y que escribía cartas donde decía "tenía garbo" porque no sabía decir "estoy orgullosa". Pensó en Eleanor, que era soltera, como ella, y que le había dicho "un no sé es una puerta."
Pensó en el cuaderno negro, en el cajón, debajo del bloc de taquigrafía. Pensó en la tercera versión del copy de Perkwell, en el otro cajón, esperando algo que Charlotte aún no sabía nombrar.
Pensó que quizá ahora sí lo sabía.
Cogió la Underwood. Puso la hoja en el rodillo. Y escribió, en lo alto: "La chica soltera de Nueva York."
Debajo, después de un espacio, escribió: "No soy la chica soltera de Nueva York. Soy una chica soltera de Nueva York. La diferencia es importante. La primera es un tipo. La segunda es una persona. Los tipos no eligen. Las personas sí, o intentan sí, o dicen 'no sé' y eso también es una forma de elegir."
Charlotte se quedó mirando la línea. La Underwood estaba quieta. El café estaba caliente. El pasillo estaba vacío. Y en algún lugar de la ciudad, Eleanor estaba escribiendo, o leyendo, o pensando, con la misma pregunta, con la misma puerta, con el mismo no sé.
Charlotte siguió escribiendo.

Capítulo 4 — El imperio de papel

Charlotte escribió durante tres días sin parar.

No porque supiera qué decir, sino porque por primera vez en los dos años que llevaba en la agencia, alguien le había pedido que dijera lo que pensaba, y ella no iba a desperdiciar la ocasión. Lo que no sabía era si lo que pensaba era lo que McCall's quería publicar, ni si lo que McCall's quería publicar era lo que Blackwood quería leer, ni si lo que Blackwood quería leer tenía algo que ver con lo que Charlotte quería escribir.

Probablemente no. Pero lo escribió.

Lo escribió en la Underwood, en el escritorio verde, en el pasillo donde pasaban las chicas del copy con sus blocs de taquigrafía y los hombres con sus corbatas y sus cafés y su certeza de que el mundo les pertenecía. Lo escribió entre las interrupciones de Kessler, que la llamaba al interfono para pedirle cosas que no importaban, y las de Peggy, que aparecía en el pasillo con los ojos húmedos del primer trimestre y una urgencia nueva de hablar de sí misma. Lo escribió en los márgenes de los briefs, en las servilletas de la cafetería de la calle Cuarenta y Cuatro, en el cuaderno negro, en cualquier superficie que admitiera tinta.

La primera versión la escribió de un tirón, un martes, y era furiosa. Eran cinco mil palabras, no tres mil, y estaban llenas de Grace y de Margaret y de Doris y de Peggy y de la señora Kessler y de la marca del anillo en el dedo de una camarera del Bronx. Estaban llenas de las cosas que las mujeres no decían. Charlotte la releyó el miércoles por la mañana, en Murray Hill, antes de vestirse, y supo enseguida que no servía.

No porque fuera mala. Porque era verdad, y la verdad, en una revista, es un problema.

Charlotte lo sabía. Lo había aprendido en la agencia, donde la verdad era un material que se procesaba, se suavizaba, se descafeinaba, se empaquetaba y se vendía como otra cosa. La verdad, en publicidad, era el guion antes de que el director de arte le pusiera música. La verdad era lo que quedaba cuando quitabas todo lo que hacía que la gente comprara. Y Charlotte, que pasaba los días embelleciendo verdades para que otros las consumieran, sabía que lo que había escrito era exactamente lo que McCall's no iba a publicar.
Pero no la tiró. La guardó en el cuaderno negro, en una sección nueva, detrás de la entrada sobre Grace, debajo de la página sin encabezado donde había escrito "No sé lo que quiero". La guardó porque era la primera cosa entera que había escrito para sí misma, y porque tirarla habría sido como tirarse a sí misma.
La segunda versión la escribió el jueves. Era más suave, más domada, más propia de una revista. Tenía humor —un humor seco, un humor de pasillo, un humor que Charlotte había aprendido a usar como las sonrisas: como moneda para pagar el derecho de estar en una habitación—. Tenía anécdotas ligeras: chicas solteras que iban al cine solas, chicas solteras que pedían mesa para uno en restaurantes donde los camareros las miraban con una mezcla de lástima y recelo, chicas solteras que se compraban flores el domingo porque nadie se las compraba. Tenía estadísticas. Charlotte había buscado estadísticas, porque las estadísticas, en una revista, son la prueba de que algo es verdad, aunque la verdad de las estadísticas sea la menos verdadera de todas: un número que no dice nada sobre la vida de nadie.
La segunda versión tenía tres mil palabras exactas. Charlotte la releyó el viernes y sintió, al terminar, una náusea que reconoció como la misma náusea que

sentía cuando entregaba el copy de Perkwell. La náusea de haber escrito algo que no era suyo.
No la tiró. La puso en un sobre, la selló, la dirigió a Kessler. Pero antes de cerrar el sobre, la sacó.
La tercera versión la escribió entre el viernes y el domingo. La escribió en Murray Hill, en la biblioteca pública, en la cafetería. La escribió en partes, como quien ensambla algo cuyas piezas no acaba de encajar. La escribió sabiendo que era la última oportunidad, y que la última oportunidad es la que enseña lo que de verdad se quiere decir, porque ya no hay tiempo para decir lo que se debería querer decir.
La tercera versión empezaba así: "No soy la chica soltera de Nueva York. Soy una chica soltera de Nueva York."
Charlotte conservó esa línea. Era la única línea de la primera versión que había sobrevivido a las otras dos, y la conservó porque era la única que era enteramente verdad, y porque la verdad, aunque sea un problema, a veces es lo único que queda.
De ahí, la tercera versión iba a otra parte. No iba a Grace, ni a Margaret, ni a Doris. Iba a Charlotte. O más exactamente: iba a una Charlotte que Charlotte todavía no sabía si era, una Charlotte que no había en el cuaderno negro, una Charlotte que existía solo en el acto de escribir y que desaparecía en cuanto Charlotte levantaba las manos del teclado.
La tercera versión hablaba de la ciudad. De lo que era vivir en una ciudad que te promete todo y te da la cuarta parte, y cómo esa cuarta parte, que es menos de lo que prometieron, resulta ser más de lo que tenías, y cómo aprender a querer la cuarta parte sin dejar de querer el todo es, quizá, lo que se llama crecer. Hablaba de los sábados en la biblioteca, del café flojo de los martes, de los viernes en que la ciudad se llena de parejas y uno camina por la Quinta Avenida como

un extra en una película que se rueda sin uno. Hablaba de la soledad, pero no como la señora Kessler la nombraba —como una criatura que te pilla— sino como Charlotte la empezaba a entender: como un país, con su geografía, su clima, su lengua, y con fronteras que no son clausura sino líneas que se cruzan y se descruzan.

La tercera versión no mencionaba a Eleanor. Charlotte la mencionó, la borró, la volvió a mencionar, la volvió a borrar. No sabía dónde poner a Eleanor, porque no sabía qué era Eleanor, porque no sabía qué le hacía Eleanor, porque no sabía si lo que le hacía Eleanor tenía nombre o estaba, como tantas cosas en su vida, en esa zona sin nombre que Charlotte empezaba a sospechar que era la zona más poblada de todas.

Lo que sí sabía era esto: Eleanor le había hecho la pregunta correcta. "¿Eres feliz?" Y Charlotte, que nunca había sido feliz, que nunca había sabido si quería ser feliz, que sospechaba que la felicidad era otra de esas palabras que se usaban para que las mujeres no preguntaran más, Charlotte había dicho "no sé", y ese "no sé" le había abierto algo.

La tercera versión terminaba así: "La chica soltera de Nueva York no sabe lo que quiere. Pero sabe lo que no quiere: no quiere el trato. No quiere la palabra 'chica'. No quiere la palabra 'solterona'. No quiere que le digan que la felicidad es un anillo y una casa y un hijo y un visón en el armario. No quiere que le digan que la soledad es lo peor que le puede pasar, porque sabe que lo peor que le puede pasar es no haber estado nunca sola lo suficiente para saber quién es cuando nadie la mira. La chica soltera de Nueva York no sabe lo que quiere. Pero está, por primera vez, en condiciones de averiguarlo."

Charlotte releyó la última línea el domingo por la noche, en Murray Hill, con la lluvia contra la ventana y la Underwood quieta y el cuaderno negro cerrado sobre la mesa. La releyó y pensó que era mentira, y que era verdad, y que la diferencia entre ambas cosas, en una hoja de papel, era menos grande de lo que la gente creía.

El lunes entregó la tercera versión a Kessler. Kessler la hojeó, la puso en un sobre, y la mandó a Blackwood sin decir nada. Charlotte volvió a su escritorio verde y se quedó mirando la pared de taquillas con la sensación de haber entregado algo que no podía recuperar.

Blackwood tardó cuatro días en responder.

El viernes, Kessler la llamó al despacho.

—Siéntate.

Charlotte se sentó. Kessler tenía el sobre sobre la mesa. El sobre estaba abierto. El texto estaba dentro, doblado. Kessler no lo había sacado del sobre. Lo miraba como se mira un objeto que no se sabe si es un regalo o una amenaza.

—Blackwood lo ha leído —dijo Kessler.

—¿Y?

—Dice que es bueno. —Kessler dijo "bueno" como quien dice "raro".— Dice que es muy bueno. Dice que es lo que McCall's pidió y algo más. Dice que el "algo más" es lo que lo hace bueno y lo que lo hace problema.

—¿Problema?

—McCall's no va a publicar la última página.

Charlotte no dijo nada. Esperó. Kessler la miró con una expresión que Charlotte no le había visto, una expresión que no era impaciencia ni desprecio ni la indiferencia habitual, sino algo más cercano a la curiosidad, la curiosidad de un hombre que no

entiende lo que tiene delante pero que intuye que no puede ignorarlo.
—La última página —dijo Kessler—. Lo de que no sabe lo que quiere. Lo de que está en condiciones de averiguarlo. McCall's dice que es demasiado. Dice que las lectoras quieren esperanza, no interrogantes. Dicen que un final abierto no vende.
—¿No vende qué?
—La revista. El anuncio de la página de al lado. El dentífrico. El perfume. —Kessler hizo una pausa.— El trato.
Charlotte entendió. Entendió con una claridad que le dolió, porque la claridad duele cuando confirma lo que uno sospechaba: que el trato no es solo el matrimonio. El trato es todo. El trato es la revista, el anuncio, el dentífrico, el perfume, la casa, el anillo, el hijo, el visón. El trato es el sistema entero, la máquina entera, el imperio de papel entero que dice a las mujeres lo que quieren, lo que temen, lo que esperan, y que las llama "chicas" para que no se les ocurra preguntar.
—¿Qué quieren que ponga en la última página? —preguntó Charlotte.
—Quieren que ponga que la chica soltera de Nueva York está esperando. Que está esperando al hombre adecuado. Que no se ha rendido. Que sigue creyendo.
Charlotte miró la ventana. El patio interior. El muro de ladrillo. El cielo rectangular.
—¿Y si no es verdad?
—Es verdad para la revista —dijo Kessler—. La revista no publica lo que es verdad. Publica lo que las lectoras quieren que sea verdad. Y lo que las lectoras quieren que sea verdad es que la chica soltera sigue esperando.
Charlotte pensó en Grace, que no esperaba, que se casaba. Pensó en Margaret, que no esperaba, que ya se había casado. Pensó en Peggy, que no esperaba,

que ya no era soltera. Pensó en Doris, que no esperaba nada. Pensó en su madre, que había dejado de esperar hacía tanto tiempo que ya no recordaba qué había esperado.
Pensó en Eleanor.
—Lo cambio —dijo Charlotte.
—Bien —dijo Kessler.
Salió del despacho. Volvió al escritorio verde. Sacó la última página de la tercera versión. La puso sobre la Underwood. La releyó. Y la cambió.
La cambió por una página nueva, que decía: "La chica soltera de Nueva York sigue esperando. Espera lo que todas esperan: la posibilidad de elegir. Y mientras espera, vive. Vive en una ciudad que no la mira pero que la contiene, en un trabajo que no la nombra pero que la sostiene, en un apartamento que no es suyo pero que es, por ahora, el único lugar donde puede ser lo que es: una persona que no ha terminado. Y quizá no terminar, en una ciudad que adora los finales, sea la forma más honesta de empezar."
Charlotte releyó la página. La releyó tres veces. La cuarta vez supo que no era lo que quería decir, pero que era lo que podía decir, y que la diferencia entre ambas cosas, en una hoja de papel que iba a imprimirse en trescientos mil ejemplares, era la diferencia entre publicar y no publicar, entre tener voz y no tener nada.
La firmó. La metió en un sobre. La llevó a Kessler. Kessler la miró, la aprobó, la mandó a Blackwood. Blackwood la aprobó. McCall's la aprobó. El artículo se publicó en el número de septiembre, con el título "La chica soltera de Nueva York" y la firma de Charlotte Wurley y una fotografía de una mujer joven —no Charlotte, una modelo— sentada en un banco del Central Park, mirando al horizonte con una expresión

que Charlotte no supo clasificar y que, según el pie de foto, era "esperanza".
El artículo salió en septiembre.
Charlotte se enteró un martes, en la cafetería de la calle Cuarenta y Cuatro, porque Grace le dejó la taza con el golpe seco habitual y luego se quedó, como aquel martes de marzo, y le dijo: "He visto su nombre en una revista."
—¿Sí?
—McCall's. Una amiga me lo ha enseñado. "La chica soltera de Nueva York". —Grace la miró.— ¿Eso es usted?
—Eso es una versión de mí.
—La versión que ponen en las revistas.
—Sí.
—¿Y las otras versiones? —Grace se apoyó en el mostrador.— ¿Las otras versiones dónde están?
—En un cajón —dijo Charlotte.
Grace sonrió. La sonrisa era la misma que en marzo, la de la ironía limpia, la de la honestidad que no se disculpa.
—En un cajón —repitió Grace—. Eso es donde están casi todas las cosas que importan.
Charlotte no respondió. Bebió el café, que estaba flojo, como siempre. Pagó. Salió. Caminó por la calle Cuarenta y Cuatro hasta Lexington, subió por Lexington hasta la agencia, entró por la puerta giratoria, cruzó el laberinto de taquillas, llegó al escritorio verde. Abrió el cajón. Miró el cuaderno negro. Miró la tercera versión del copy de Perkwell. Miró la última página original del artículo, la que no se había publicado, la que decía "la chica soltera no sabe lo que quiere pero está en condiciones de averiguarlo."
La cogió. La dobló. La metió en el cuaderno negro, detrás de la entrada sobre Grace, debajo de la página sin encabezado.

Lo que las mujeres no dicen. Lo que las mujeres no dicen es lo único que importa, porque es lo único que es verdad. Eleanor lo había dicho. Charlotte lo había escrito. McCall's lo había rechazado. Y ahora estaba en un cajón, en un cuaderno negro, en un pasillo de una agencia de publicidad de Manhattan, esperando algo que Charlotte aún no sabía nombrar.

Esperando, como la chica soltera de la revista. Pero no esperando al hombre adecuado. Esperando otra cosa. Esperando algo que Charlotte no sabía si existía, pero que estaba empezando a creer que sí, porque Eleanor le había dicho "un no sé es una puerta", y Charlotte, que nunca había creído en las puertas, que siempre había creído en las paredes, empezaba a pensar que quizá las puertas estaban donde uno menos las buscaba.

El sábado después de la publicación, Charlotte fue a la biblioteca.

Llegó temprano, antes que Eleanor, y se sentó en la sección de poesía, en el suelo, entre las estanterías, con Elizabeth Bishop en las rodillas y el cuaderno negro en el bolsillo y una impaciencia que no supo nombrar. Esperó. Esperó leyendo, como había esperado toda su vida, pero esta vez la espera era distinta. Esta vez la espera tenía dirección.

Eleanor llegó a las once. Llevaba Marianne Moore y un impermeable claro y el pelo castaño recogido en una trenza que Charlotte no le había visto antes y que le cambiaba el rostro, que le hacía más anguloso, más adulto, más cercano. Eleanor la vio. Se sentó a su lado, en el suelo, entre las estanterías, sin decir nada.

Estuvieron en silencio durante un rato. El silencio de la biblioteca, el silencio de los sábados, el silencio de dos personas que se conocen lo suficiente para no necesitar palabras y lo suficiente para saber cuándo las palabras hacen falta.

—He leído el artículo —dijo Eleanor.
—¿Qué artículo?
—El de McCall's. "La chica soltera de Nueva York." —Eleanor la miró.— Lo que publicaron. Y lo que no.
Charlotte la miró.
—¿Cómo sabes lo que no publicaron?
—Porque lo que publicaron no es lo que tú escribes. —Eleanor señaló el bolsillo donde Charlotte llevaba el cuaderno.— Lo que tú escribes está ahí. Lo que publicaron es lo que dejan pasar. Son cosas distintas.
Charlotte sacó el cuaderno negro. Lo abrió en la página de la última versión original, la que decía "la chica soltera no sabe lo que quiere pero está en condiciones de averiguarlo." Se lo dio a Eleanor. Eleanor lo leyó despacio, como siempre, con atención, con respeto. Cuando terminó, cerró el cuaderno y se lo devolvió.
—Esto es lo que deberías haber publicado —dijo Eleanor.
—No lo podía publicar.
—Lo sé. —Eleanor hizo una pausa.— Pero debería existir. Debería existir en un sitio que no fuera un cajón.
—¿Dónde?
Eleanor la miró. La miró con esa expresión que Charlotte no sabía leer, esa expresión que no era la de Margaret ni la de Doris ni la de Peggy, esa expresión que era otra cosa, que era suya, que era de Eleanor, que era de la mujer que le había preguntado "¿eres feliz?" un sábado en una biblioteca y que le había abierto una puerta con un "no sé".
—En un libro —dijo Eleanor.
—¿Un libro?
—Un libro. Lo que escribes en el cuaderno no es publicidad. No es un artículo. No es copy. Es un libro. Es lo que las mujeres no dicen. Y lo que las mujeres no dicen, Charlotte, es lo único que alguien debería publicar.

Charlotte la miró. La biblioteca estaba quieta. El sábado era largo. La luz entraba por las ventanas altas y caía sobre las estanterías como una promesa que, por una vez, Charlotte pensó que quizá sí iba a cumplirse.
—No sé escribir un libro —dijo Charlotte.
—No sabías escribir un artículo. Lo has escrito. —Eleanor sonrió.— No saber no es un fracaso. Es un principio. Me lo dijiste tú.
—Te lo dije yo.
—Sí. Y tenías razón.
Charlotte cogió el cuaderno negro. Lo cerró. Lo puso en el bolsillo. Miró a Eleanor. Miró las estanterías, los libros, la luz, el sábado. Pensó: "Un libro. Lo que las mujeres no dicen. Lo que Grace no dice. Lo que Margaret no dice. Lo que Peggy no dice. Lo que Doris no dice. Lo que mi madre no dice. Lo que yo no digo. Lo que Eleanor no dice."
Pensó: "Quizá lo que no digo es lo único que tengo. Quizá lo que no digo es lo único que soy. Quizá un libro es el lugar donde lo que no se dice se dice, y donde lo que no se nombra se nombra, y donde la chica del pasillo deja de ser la chica del pasillo y se convierte en la persona que escribe."
—Lo escribiré —dijo Charlotte.
—Lo sé —dijo Eleanor.
No se dijeron nada más. Se quedaron en la biblioteca, en el suelo, entre las estanterías, leyendo. Charlotte leyó a Elizabeth Bishop. Eleanor leyó a Marianne Moore. La luz se movió. El sábado pasó. La ciudad, afuera, siguió haciendo lo que la ciudad hace: prometiendo, dando la cuarta parte, llamando "chicas" a las mujeres. Pero aquí, entre los libros, en el silencio, dos mujeres leían y no decían nada, y el no decir nada era, esta vez, no una ausencia, sino una presencia. Era

la presencia de dos personas que no necesitaban decir nada para saber que algo había cambiado.
El lunes, Charlotte llegó a la agencia con el cuaderno negro en el bolsillo y una idea que no tenía forma.
No era una idea nueva. Era la idea que Eleanor le había dado el sábado, la idea del libro, la idea de que lo que las mujeres no dicen es lo único que importa. Pero Charlotte, que llevaba dos años escribiendo lo que otros querían que escribiera, no sabía cómo empezar a escribir lo que ella quería escribir. No sabía siquiera si sabía lo que quería escribir. Sabía que quería escribir lo que Grace le había dicho, lo que Margaret le había mostrado, lo que Doris no se había atrevido a contar. Sabía que quería escribir lo que su madre no decía, lo que Peggy no veía, lo que la señora Kessler no sabía que revelaba. Sabía que quería escribir lo que Eleanor le había preguntado.
Pero no sabía cómo.
Kessler la llamó al interfono.
—Charlotte. Ven.
Charlotte fue. Kessler tenía sobre el escritorio un brief nuevo. Un brief de Perkwell. El dentífrico. La cuarta versión. La que llevan pidiendo desde hacía meses y que Charlotte no había podido escribir porque no sabía qué decir sobre un dentífrico que no era lo que Charlotte quería decir sobre nada.
—Cuarta versión —dijo Kessler—. Blackwood quiere algo nuevo. Quiere algo "honesto", dice. Quiere que hablemos de la sonrisa. De lo que la sonrisa esconde. De lo que la sonrisa dice.
Charlotte cogió el brief. Lo leyó. Lo releyó. Pensó en Grace, que sonreía con ironía. Pensó en Margaret, que sonreía con furia. Pensó en Peggy, que sonreía con alivio. Pensó en Doris, que sonreía con tristeza. Pensó en su madre, que sonreía con garbo. Pensó en Eleanor, que sonreía con una sonrisa que Charlotte no sabía

clasificar y que era, quizá, la primera sonrisa que Charlotte había visto que no era una moneda.
Pensó en todas las sonrisas que había visto, en todas las sonrisas que había pagado, en todas las sonrisas que le habían pagado a ella. Pensó que un dentífrico vende sonrisas. Que un dentífrico vende la promesa de que la sonrisa es suficiente, de que la sonrisa es lo que las mujeres tienen, de que la sonrisa es lo que las mujeres dan a cambio de no ser interrogadas.
Pensó en el trato.
Y entonces Charlotte, que llevaba dos años escribiendo copy para dentífricos y perfumes y coches y medias y champús y todo lo que se vende en las páginas de las revistas que las mujeres leen para saber qué quieren, Charlotte escribió la cuarta versión del copy de Perkwell.
La escribió en cinco minutos. La escribió sin pensar, como quien escribe lo que sabe y no lo que inventa. La escribió y se la llevó a Kessler y se la puso en la mesa.
Kessler la leyó. La releyó. Levantó los ojos.
—Esto no es un copy de dentífrico —dijo.
—Lo sé.
—Esto es otra cosa.
—Lo sé.
Kessler la miró. La miró con la misma expresión que había tenido cuando le entregó el artículo, la expresión del hombre que no entiende lo que tiene delante pero que intuye que no puede ignorarlo.
—¿Qué es?
—No lo sé —dijo Charlotte—. Pero es lo que quería escribir.
Kessler no publicó la cuarta versión. La puso en un cajón. Charlotte volvió a su escritorio verde del pasillo. Sacó el cuaderno negro. Abrió una página nueva. Y en lo alto, sin encabezado, sin nombre, sin etiqueta, escribió:

"Capítulo 1. La sonrisa."
Debajo escribió: "Las mujeres sonríen porque les enseñan a sonreír antes de enseñarlas a hablar. Las mujeres sonríen porque la sonrisa es la moneda con la que pagan el derecho de estar en una habitación. Las mujeres sonríen porque si no sonríen, alguien les pregunta por qué no sonríen, y la pregunta es más difícil de responder que la sonrisa. Las mujeres sonríen porque no saben qué cara poner. Las mujeres sonríen porque no saben qué decir. Las mujeres sonríen porque la sonrisa, a diferencia de la palabra, no se puede malinterpretar. O sí. Pero el malentendido es más fácil de perdonar."
Charlotte se quedó mirando la página. La Underwood estaba quieta. El pasillo estaba vacío. En algún lugar de la ciudad, Eleanor estaba escribiendo, o leyendo, o pensando, con la misma pregunta, con la misma puerta, con el mismo no sé.
Charlotte siguió escribiendo.

Capítulo 5 — Los hombres que miraban
Charlotte descubrió que los hombres la miraban antes de descubrir que ella se miraba a sí misma.
No es una frase elegante. No es la frase que habría puesto en un copy de perfume, donde la elegancia es la moneda y la moneda es la ley. Pero es la verdad, y la verdad, como Charlotte empezaba a entender, rara vez es elegante. La verdad suele ser torpe, suele llegar tarde, suele aparecer en el lugar equivocado con la ropa equivocada y la palabra equivocada en la boca. La verdad es la chica del pasillo que tropieza con la papelera y se disculpa. La mentira es la chica del anuncio que cruza la habitación sin tropezar y sin disculparse, y a la que todos miran.

Charlotte era la chica del pasillo. Los hombres eran la habitación.

Empezó con Kessler, aunque "empezó" es una palabra que presume un antes y un después, y con Kessler no había ni antes ni después. Kessler era constante. Kessler era el tiempo que pasaba, la interfono que sonaba, la voz que decía "Charlotte, ven" como si el mundo fuera una urgencia menor que solo él podía administrar. Kessler la miraba como se mira un reloj: para saber qué hora era, no para saber qué reloj era. Charlotte era la hora. Kessler consultaba la hora y seguía con lo suyo.

Pero a veces, solo a veces, Kessler la miraba como se mira algo que no se entiende. Era una mirada breve, un parpadeo más largo de lo habitual, una pausa entre dos frases que no significaba nada en el lenguaje de la agencia pero que significaba algo en el lenguaje que Charlotte empezaba a aprender: el lenguaje de los hombres que miran y no saben qué están mirando. Charlotte no sabía qué hacer con esa mirada. No era deseo. Kessler no la deseaba, o si la deseaba, la deseaba como se desea un buen café: con necesidad, sin misterio, sin la intención de preguntarse por qué se necesita. No era admiración. Kessler no admiraba a nadie, porque admirar requiere reconocer que el otro tiene algo que uno no tiene, y Kessler, que había llegado a director de cuentas a los treinta y cuatro años y que llevaba once años demostrando que merecía estar ahí, no estaba dispuesto a reconocer que nadie tenía nada que él no tuviera. No era afecto. El afecto, en Kessler, era una palabra que se usaba en los anuncios de Navidad y que no se aplicaba a las personas reales.

Era otra cosa. Era la mirada de un hombre que ha puesto un objeto en un estante y que un día se da cuenta de que el objeto se ha movido. No mucho. Un

centímetro. Pero se ha movido, y el movimiento, aunque sea de un centímetro, cambia el estante entero. Charlotte era el objeto que se había movido.
Después estaba Blackwood.
Blackwood no la miraba. Blackwood miraba los papeles. Blackwood miraba los números. Blackwood miraba la ciudad desde la ventana de su despacho del piso veintiuno, con las manos en los bolsillos del pantalón gris y la corbata oscura y la calma de un hombre que ha decidido que el mundo es un problema que se resuelve con Enough y que todo lo que no es Enough es ruido. Blackwood había dicho "Enough" la primera vez que Charlotte lo oyó hablar, y Charlotte había pensado que "Enough" era la palabra más triste del inglés, porque "Enough" significa "suficiente", y suficiente es lo que se dice cuando no se quiere decir "mucho", y no decir "mucho" es una forma de no decir nada.
Pero Blackwood, que no la miraba, la había leído. Charlotte lo supo por Kessler, que se lo dijo un martes, en el pasillo, con la voz baja y la puerta del despacho cerrada:
—Blackwood preguntó por ti.
—¿Por mí?
—Preguntó quién escribió el artículo de McCall's. Le dije que tú. Dijo: "La chica del pasillo." Dijo: "Escribe bien." Dijo: "Enough."
—¿Eso es bueno o malo?
—Con Blackwood, "enough" es bueno. "Enough" significa que no va a pedirte que lo cambies. Que lo va a dejar pasar. Que para él, ya está.
Charlotte pensó en "Enough". Pensó que un hombre que dice "Enough" es un hombre que ha decidido que el mundo no merece más que suficiente. Pensó que ese hombre, desde el piso veintiuno, veía la ciudad como un mapa, no como una ciudad: las calles eran

líneas, los edificios eran bloques, las personas eran puntos, y los puntos no tenían nombre. Pensó que Blackwood la había leído como lee un mapa: para orientarse, no para reconocerse. Pensó que eso era, quizá, lo que la salvaba. Porque un hombre que te lee para orientarse no se pregunta quién eres. Se pregunta dónde estás. Y donde estás, para Blackwood, era suficiente.

Pero Charlotte no quería ser suficiente. Charlotte quería ser. Y la diferencia entre ser y ser suficiente era la diferencia entre la verdad y la verdad que se publica, entre la última página original y la última página que McCall's aprobó, entre el cuaderno negro y el sobre que llegó a Kessler.

Charlotte guardó la diferencia. La guardó como guardaba todo: en el cuaderno negro, en una página nueva, debajo de "Capítulo 1. La sonrisa", donde escribió:

"Los hombres que me miran no me ven. Me usan como referencia. Soy el punto en el mapa que les dice dónde están. No soy un lugar. Soy una coordenada."

Después estaban los hombres del pasillo.

Los hombres del pasillo eran los redactores, los directores de arte, los ejecutivos de cuentas, los que llevaban corbatas y cafés y certeza. Los hombres del pasillo no miraban a Charlotte. La atravesaban. La rodeaban. La esquivaban. La ignoraban con una habilidad que solo se aprende cuando se lleva mucho tiempo ignorando, porque ignorar es un arte, y el arte del ignore, en una agencia de publicidad de Manhattan, se perfeccionaba en los pasillos.

Los hombres del pasillo la llamaban "querida". La llamaban "cariño". La llamaban "chica". La llamaban "la chica de Kessler", como si Charlotte fuera una posesión, un accesorio, una extensión del despacho de Kessler que se había desprendido y había ido a parar al

escritorio verde del pasillo. Charlotte respondía a todos los nombres. Respondía porque responder era el trato, y el trato era el trato, y el trato no se rompía.
Pero los hombres del pasillo, que no la miraban, a veces la miraban. La miraban cuando Charlotte caminaba por el pasillo con un brief en la mano y el pelo suelto. La miraban cuando Charlotte se inclinaba sobre la Underwood y la blusa se tensaba. La miraban cuando Charlotte reía, porque Charlotte había aprendido a reír como había aprendido a sonreír: como moneda, como pago, como derecho de estar en la habitación.
Los hombres del pasillo la miraban con una mirada que Charlotte conocía. Era la mirada del anuncio. Era la mirada que Charlotte escribía. Era la mirada que vendía dentífricos y perfumes y medias y coches, la mirada que decía "te quiero" sin decirlo, la mirada que prometía sin dar, la mirada que era, en el fondo, el trato entero condensado en un parpadeo.
Charlotte la conocía porque la había escrito. Charlotte la conocía porque la había vendido. Charlotte la conocía porque, durante dos años, había sido la persona que ponía palabras a esa mirada, que la envolvía en un brief, que la convertía en copy, que la mandaba a Blackwood, que la mandaba a las revistas, que la mandaba a las mujeres que leían las revistas para saber cómo debían ser miradas.
Y ahora, en el pasillo, los hombres la miraban con la mirada que ella había escrito, y Charlotte pensó: "He creado al monstruo que me mira."
Después estaba el hombre del metro.
Charlotte no supo su nombre. No quiso saberlo. El hombre del metro era un hombre de unos cuarenta años, con gabardina y sombrero y el New York Times doblado bajo el brazo y la cara de quien ha dormido poco y ha pensado mucho. El hombre del metro se

sentaba enfrente de Charlotte, en el exprés de Lexington, entre las calles Cincuenta y Nueve y Ochenta y Seis, los martes y los jueves, a las ocho y diez de la mañana. Charlotte se sentaba siempre en el mismo sitio, junto a la ventana, con el cuaderno negro en el bolsillo y el periódico en las manos. El hombre del metro se sentaba enfrente y la miraba.

No la miraba como los hombres del pasillo. No la miraba con la mirada del anuncio. La miraba con otra cosa, con una cosa que Charlotte no sabía nombrar y que, por eso, le daba miedo. La miraba como se mira un cuadro. La miraba como se mira una página. La miraba como si Charlotte fuera algo que se lee, no algo que se consume.

Charlotte no sabía qué hacer con esa mirada. No sabía si devolverla, si ignorarla, si bajar la cabeza, si cambiar de vagón. No sabía si la mirada era una invitación o una intrusión, si era un regalo o una amenaza, si era algo que se aceptaba o algo que se rechaza. No sabía, y el no saber la paralizaba, porque Charlotte, que había aprendido a manejar la mirada del anuncio —la mirada que ella misma escribía—, no sabía manejar una mirada que no pertenecía al trato.

Un jueves, el hombre del metro le habló.

—Perdone.

Charlotte levantó los ojos del periódico.

—¿Sí?

—Está leyendo a Bishop.

Charlotte miró el periódico. Tenía razón. Charlotte había abierto el periódico por la página de libros, donde reseñaban un volumen de Elizabeth Bishop, y el hombre del metro, desde el otro lado del vagón, había visto la foto de la portada.

—Sí —dijo Charlotte.

—Es buena —dijo el hombre—. Bishop. Es la mejor. La que menos se nota. La que está ahí sin estar.

Charlotte no dijo nada. El hombre la miró. La miró con la mirada que Charlotte no sabía nombrar.
—Usted escribe —dijo el hombre.
No era una pregunta. Era una afirmación. Charlotte no supo cómo responder. Nadie le había dicho "usted escribe". En la agencia le decían "usted escribe copy". Grace le decía "usted escribe artículos". Eleanor le decía "tú escribes". Pero nadie le había dicho "usted escribe" sin complemento, sin objeto, sin la palabra que viene después, sin la cosa que se escribe. "Usted escribe" era una frase incompleta que, al no tener complemento, se completaba a sí misma: usted escribe, punto, fin de la frase, la frase que dice lo que uno es sin decir lo que uno hace.
—Sí —dijo Charlotte.
El hombre asintió. Se bajó en la calle Ochenta y Seis. No se despidió. No le dio el nombre. No le dio nada más que la frase. Charlotte se quedó en el vagón, con el periódico en las manos y el corazón latiéndole en un lugar donde no solía latirle, y pensó: "Un hombre me ha mirado y no me ha querido nada. Un hombre me ha mirado y me ha visto. Un hombre me ha mirado y lo que ha visto es lo que yo soy, no lo que yo vendo."
Y pensó: "Eso es lo que Eleanor hace."
Después estaban los hombres de las cafeterías.
Los hombres de las cafeterías eran los que se sentaban en la barra del Horn & Hardart, en la calle Cuarenta y Cuatro, y que miraban a las mujeres que entraban como se mira la carta: para elegir. Los hombres de las cafeterías no eran malos. No eran crueles. No eran diferentes de los hombres del pasillo, ni de los hombres del metro, ni de los hombres de las revistas. Eran hombres. Eran hombres que habían aprendido, como Charlotte había aprendido a sonreír, a mirar. Habían aprendido que mirar es tomar, que mirar es poseer, que

mirar es el primer paso del trato, y que el trato, una vez iniciado, no se rompe.
Charlotte los veía. Los veía porque Grace se los señalaba, con un gesto mínimo, con un movimiento de la barbilla que solo Charlotte reconocía, y que significaba: "Ese. Ese te está mirando. Ese te está midiendo. Ese te está poniendo un precio."
Grace los conocía. Grace los conocía porque Grace había servido café a miles de hombres que miraban a miles de mujeres, y porque Grace, desde detrás de la barra, veía lo que las mujeres no veían: que los hombres que miran no miran a la mujer. Miran al espejo. Se miran a sí mismos mirando. La mujer es el pretexto. El hombre es el protagonista.
—¿Usted qué cree que ven? —le preguntó Charlotte un martes.
Grace se apoyó en la barra. La miró con la ironía limpia, la honestidad que no se disculpa.
—Ven lo que les han dicho que vean —dijo Grace—. Ven una chica. Ven un cuerpo. Ven una posibilidad. Ven lo que la revista les ha dicho que es una mujer: una cosa que se mira. No ven a usted. No la ven a usted. Ven la portada.
—¿Y qué hay debajo de la portada?
—Debajo de la portada hay otra portada —dijo Grace —. Y debajo de esa, otra. Y debajo de todas, no hay nada. No hay nada porque los hombres que miran no llegan hasta ahí. No llegan porque no saben llegar. No saben llegar porque nadie les ha enseñado a leer. Les ha enseñado a mirar. Pero mirar no es leer.
Charlotte pensó en Eleanor. Pensó en Eleanor porque Eleanor leía. Eleanor no miraba. Eleanor leía. Eleanor leía a Charlotte como leía a Bishop, como leía a Moore: con atención, con respeto, con la paciencia de quien sabe que lo que se lee no se agota en la primera página. Eleanor no la miraba. La leía. Y la diferencia

entre mirar y leer era, Charlotte empezaba a entender, la diferencia entre el trato y otra cosa, entre el imperio de papel y lo que quedaba fuera del imperio, en el cajón, en el cuaderno negro, en la página sin encabezado.

Después estaba el padre de Charlotte.

Charlotte no hablaba del padre de Charlotte. No hablaba de él en la agencia, ni en la cafetería, ni en la biblioteca, ni en Murray Hill. No hablaba de él porque hablar de él habría sido nombrarlo, y nombrarlo habría sido darle forma, y darle forma habría sido admitir que existía, y admitir que existía habría sido admitir que Charlotte tenía un padre, y tener un padre era tener un origen, y tener un origen era tener una historia, y Charlotte, que escribía historias para los demás, no sabía escribir la suya.

El padre de Charlotte se llamaba Walter. Walter Wurley. Había nacido en Albany, había trabajado en una fábrica de papel en Schenectady, había muerto cuando Charlotte tenía diecinueve años, en un accidente de coche, en una carretera secundaria, un miércoles de noviembre, a las cuatro de la tarde, bajo una lluvia que según el periódico era "torrencial" y que según la madre de Charlotte era "normal, una lluvia normal, la lluvia que cae cuando no hay razón para que caiga otra cosa".

Walter Wurley era un hombre que miraba. Miraba a Charlotte. Miraba a la madre de Charlotte. Miraba la televisión, los periódicos, las carreteras, las nubes, las manos de la gente. Miraba todo, como si el mundo fuera algo que había que vigilar, algo que podía romperse si no se le tenía el ojo encima. Miraba con una intensidad que Charlotte, de niña, confundía con amor, y que de mayor supo que era otra cosa: era miedo. Walter Wurley miraba porque tenía miedo. Tenía miedo de lo que pasaba cuando no se miraba. Tenía

miedo de lo que se perdía, de lo que se rompía, de lo que se iba. Tenía miedo, sobre todo, de que las mujeres de su vida —la madre, la hija— dejaran de ser lo que él necesitaba que fueran, y miraba para asegurarse de que seguían siendo lo que eran, como un jardinero mira las plantas: no por amor, por control.
Charlotte lo había querido. Lo había querido con la ferocidad de la niña que no sabe que el amor del padre es un trato. Lo había querido hasta los diecinueve, hasta el miércoles de noviembre, hasta la carretera secundaria, hasta la lluvia. Y cuando murió, Charlotte no lloró. No lloró porque no sabía qué había perdido. No sabía qué había perdido porque no sabía qué había tenido. No sabía qué había tenido porque Walter Wurley, que la había mirado toda su vida, nunca le había dicho qué veía cuando la miraba.
Charlotte lo escribía ahora. Lo escribía en el cuaderno negro, en una página que no tenía encabezado, en una sección que no tenía nombre. Lo escribía como escribía todo: sin saber si lo que escribía era verdad o era copy, si era lo que sentía o lo que debería sentir, si era la hija que había sido o la mujer que era. Lo escribía porque escribir era lo único que podía hacer con los hombres que la habían mirado sin verla: escribirlos. Ponerlos en una página. Darles un nombre que no habían tenido. Hacer con ellos lo que la publicidad hacía con las mujeres: convertirlos en algo que se puede consumir, algo que se puede cerrar, algo que se puede guardar en un cajón.
Pero Charlotte no quería hacer lo que la publicidad hacía. Charlotte no quería consumir. Charlotte quería entender. Y entender, Charlotte lo sabía, es lo contrario de consumir: es quedarse con la cosa después de haberla usado, es mirarla cuando ya no sirve, es preguntarse qué era antes de ser lo que es.
Un sábado, en la biblioteca, Eleanor le preguntó:

—¿Qué escribes?
Charlotte le enseñó el cuaderno. Le enseñó la página sobre los hombres que miraban. Le enseñó la página sobre Kessler, sobre Blackwood, sobre los hombres del pasillo, sobre el hombre del metro, sobre los hombres de las cafeterías, sobre Walter Wurley. Le enseñó todo. Le enseñó lo que no había enseñado a nadie, lo que no habría enseñado a Grace, ni a Margaret, ni a Peggy, ni a Doris, ni a su madre. Le enseñó porque Eleanor leía, y porque leer, como escribir, es un acto de confianza que no pide nada a cambio.
Eleanor leyó. Leyó despacio. Leyó con la atención que ponía en Bishop, en Moore, en las cosas que importaban. Cuando terminó, cerró el cuaderno y se lo devolvió.
—Los hombres que miran —dijo Eleanor—. ¿Y las mujeres que miran?
Charlotte no entendió.
—Las mujeres también miran —dijo Eleanor—. Las mujeres miran a los hombres. Las mujeres miran a las mujeres. Las mujeres se miran a sí mismas. Tú miras. Tú me miras. ¿Qué ves cuando me miras?
Charlotte no respondió. No respondió porque no sabía. No sabía qué veía cuando miraba a Eleanor. Veía a Eleanor. Veía el pelo castaño, la trenza, el impermeable claro, los ojos que eran del color del té flojo, las manos que sostenían el libro con una delicadeza que Charlotte no se permitía. Veía todo eso. Pero ver no es nombrar, y Charlotte no sabía nombrar lo que veía.
—No sé —dijo Charlotte.
—Un no sé es una puerta —dijo Eleanor.
Charlotte la miró. La miró y pensó: "Eleanor me mira. Eleanor me lee. Eleanor me pregunta. Y yo no sé qué hacer con una mujer que me pregunta, porque los hombres que me miran no me preguntan. Los hombres que me miran me dicen. Los hombres que me miran

me ponen un nombre. Los hombres que me miran me cierran. Eleanor me abre."
Pensó: "Quizá lo que no digo es lo único que tengo. Quizá lo que no digo es lo único que soy. Y quizá Eleanor es la primera persona que no me pide que lo diga, sino que me pide que no lo deje de decir."
—Las mujeres que miran —dijo Charlotte—. Lo escribiré.
—Lo sé —dijo Eleanor.
El lunes, Charlotte llegó a la agencia con el cuaderno negro y una página nueva.
En lo alto escribió: "Capítulo 2. Los hombres que miraban."
Debajo escribió:
"Los hombres que me miraban no sabían que me miraban. Creían que miraban a una mujer. Miraban a una idea. Miraban a la chica del pasillo, a la chica del copy, a la chica del artículo, a la chica de la portada. Miraban a la mujer que la revista les había dicho que era. No me veían. Veían el reflejo de lo que necesitaban que fuera. Y yo, que pasaba los días escribiendo lo que necesitaban que fuera, me había convertido en lo que escribía. Era la chica del copy. Era la chica del artículo. Era la chica de la portada. Era la chica que sonríe. Hasta que alguien me preguntó qué veía yo. Hasta que alguien me dijo que mirar no es leer. Hasta que alguien me abrió una puerta con un 'no sé'."
Charlotte se quedó mirando la página. La Underwood estaba quieta. El pasillo estaba vacío. Kessler estaba en su despacho, mirando papeles. Blackwood estaba en el piso veintiuno, mirando la ciudad. Los hombres del pasillo estaban en sus escritorios, mirando briefs. El hombre del metro estaba en algún lugar de Lexington, mirando el New York Times. Walter Wurley estaba bajo la tierra, en un cementerio de Schenectady, sin mirar nada.

Y Charlotte estaba en el pasillo, mirando la página, escribiendo.
Escribía porque era lo único que sabía hacer. Escribía porque era lo único que le quedaba. Escribía porque, en una ciudad de hombres que miraban, una mujer que escribe es una mujer que deja de ser mirada y empieza a mirar. Y Charlotte, que había sido mirada toda su vida, que había sido la chica del pasillo y la chica del copy y la chica del artículo y la chica de la portada, Charlotte empezaba a mirar.
Empezaba por sí misma.
En la cafetería de la calle Cuarenta y Cuatro, Grace le dejó la taza con el golpe seco habitual.
—¿Otro martes? —dijo Grace.
—Otro martes —dijo Charlotte.
—¿Y qué dice el cuaderno?
Charlotte la miró. Grace la miró. La mirada era la de siempre: la ironía limpia, la honestidad que no se disculpa, la mirada de una mujer que ha visto demasiado y que ha decidido que ver es suficiente.
—Dice que los hombres miran —dijo Charlotte—. Y que las mujeres, también.
—Las mujeres miramos distinto —dijo Grace.
—¿Distinto cómo?
Grace se apoyó en la barra. Miró a Charlotte. La miró como se mira a alguien que está a punto de entender algo que ya sabía pero que no sabía que sabía.
—Las mujeres miramos para sobrevivir —dijo Grace—. Los hombres miran para tomar. Nosotras miramos para no ser tomadas. Miramos para saber dónde están, qué quieren, cuándo vienen. Miramos como mira un animal que sabe que no es el depredador. Miramos desde el borde. Desde la barra. Desde el pasillo. Desde la página. Miramos desde donde podemos, porque mirar desde donde podemos es lo único que nos han dejado.

Charlotte no dijo nada. Bebió el café. El café estaba flojo. Siempre estaba flojo. Pero Charlotte lo bebía, porque el café flojo era el café de Grace, y el café de Grace era la verdad, y la verdad, como Charlotte sabía, rara vez es fuerte. La verdad suele ser floja. La verdad suele ser lo que queda cuando quitas todo lo que le echan para que sepa a algo.
Charlotte pagó. Salió. Caminó por la calle Cuarenta y Cuatro hasta Lexington. Subió por Lexington hasta la agencia. Entró por la puerta giratoria. Cruzó el laberinto de taquillas. Llegó al escritorio verde. Abrió el cuaderno negro. Y debajo de "Capítulo 2. Los hombres que miraban", escribió una línea más:
"Las mujeres miran desde el borde. Yo escribo desde el borde. El borde es el lugar donde nadie te mira, porque nadie mira los bordes. Los bordes son donde caen las cosas. Las cosas que importan. Las cosas que no se dicen. Las cosas que se guardan en cajones, en cuadernos negros, en páginas sin encabezado. Yo estoy en el borde. Y desde el borde, por primera vez, veo."
Charlotte cerró el cuaderno. Lo guardó en el bolsillo. Miró la pared de taquillas. Miró la Underwood. Miró el pasillo vacío.
Y pensó: "Un libro. Lo que las mujeres no dicen. Lo que las mujeres miran. Lo que las mujeres guardan. Lo que las mujeres son cuando nadie las mira."
Pensó: "Lo escribiré."
Y siguió escribiendo.

Capítulo 6 — Las hijas que no tuvimos
Charlotte descubrió que no quería tener hijos un martes, en la agencia, entre dos briefs.
No fue una revelación. Las revelaciones, como Charlotte sabía por los anuncios que escribía, llegaban

con música y con luz y con una mujer que abre los ojos frente a una ventana y sonríe como si el mundo acabara de nacer. La verdad no llegaba así. La verdad llegaba como llegaba Grace: con un golpe seco en la barra y un café flojo y la cara de quien lleva veinte años viendo lo mismo y no se sorprende.

Charlotte no quería tener hijos. No quería tener hijos como no quería beber el café fuerte: no por rechazo, no por rabia, no por la pose de la mujer moderna que elige no elegir. No quería tener hijos porque había mirado a su madre, y mirar a su madre era mirar un mapa de lo que pasa cuando una mujer da todo lo que tiene y se queda sin nada para sí misma.

La madre de Charlotte se llamaba Ruth. Ruth Wurley, de soltera Ruth Hammill, nacida en Albany en 1924, casada en 1944 con Walter Wurley, madre en 1946 de Charlotte, viuda en 1965, viva todavía en 1968 en la misma casa de Schenectady, con las mismas cortinas, el mismo sofá, el mismo olor a jabón y a polvo y a tiempo que no pasa porque no hay razón para que pase.

Ruth no había querido tener hijos. Charlotte lo supo tarde, lo supo a los veinte, dos años después de la muerte de Walter, un domingo de marzo en que Ruth había bebido medio vaso de vino —medio vaso, porque Ruth no bebía nunca más de medio vaso, porque medio vaso era suficiente, y suficiente era la palabra de la casa— y había dicho, mirando la ventana:

—Yo no quería ser madre.

Lo había dicho así. Sin prefacio. Sin disculpa. Sin la música ni la luz. Lo había dicho como se dice la hora: como un dato que no pide opinión.

Charlotte había estado sentada en el sofá, con una taza de té que se enfriaba, y había pensado: "Mi madre no quería ser madre." Y después había pensado: "Si mi madre no quería ser madre, ¿por qué soy yo?" Y

después había pensado: "Porque querer y hacer son dos cosas distintas, y las mujeres, en 1946, hacían lo que se hacía, y lo que se hacía era tener hijos, y tener hijos era el trato, y el trato no se rompía."
Charlotte no había preguntado más. Ruth no había dicho más. El domingo había seguido siendo domingo, el vino se había acabado, las cortinas se habían quedado donde estaban.
Pero Charlotte lo había guardado. Lo había guardado como guardaba todo: en el cuaderno negro, en una página sin fecha, debajo de una línea que decía: "Mi madre no quería ser madre. Yo soy el hijo que no quiso."
Después estaba Margaret.
Margaret sí quería hijos. Margaret los quería con una ferocidad que Charlotte reconocía, porque era la misma ferocidad con la que Margaret quería todo: con los dientes, con las uñas, con la certeza de quien ha decidido que la vida es una cosa que se toma y que no tomarla es dejársela a los demás.
Margaret estaba casada. Margaret llevaba casada tres años con un hombre que se llamaba Richard y que trabajaba en seguros y que llegaba a casa a las seis y se sentaba en el sillón y leía el *Herald Tribune* y cenaba y dormía y se levantaba y volvía a trabajar, con la regularidad de un reloj que no se pregunta para qué marca el tiempo. Richard no era malo. Richard no era bueno. Richard era suficiente. Y suficiente, como Blackwood sabía, era la palabra más triste del inglés.
Margaret quería hijos con Richard. Los quería desde el primer año. Los quería con la impaciencia de quien ha marcado una fecha en el calendador y espera que el cuerpo cumpla como cumple la oficina: a tiempo, sin retrasos, sin excusas.
El cuerpo no cumplía.

Margaret no hablaba de ello. No hablaba de ello en la agencia, donde era la redactora senior y donde la autoridad se medía en la capacidad de no mostrar lo que se siente. No hablaba de ello con Charlotte, a la que trató durante meses como a una rival menor y a la que ahora trataba como a una aprendiz aceptada, con la distancia seca de quien enseña sin querer enseñar. No hablaba de ello con nadie, excepto, a veces, con Grace, en la cafetería de la calle Cuarenta y Cuatro, los miércoles, cuando Margaret bajaba a comprar cigarillos y se sentaba en la barra y pedía un café que no se bebía y miraba la pared como se mira algo que no está.
Grace lo sabía. Grace lo sabía porque Grace sabía todo lo que pasaba en esa cafetería, y lo que pasaba en esa cafetería era lo que pasaba en la ciudad: mujeres que querían y no tenían, mujeres que tenían y no querían, mujeres que no sabían qué querían y lo disimulaban con café y con cigarillos y con la mirada fija en una pared que no decía nada.
Un miércoles, Charlotte bajó a la cafetería y encontró a Margaret en la barra. Margaret tenía el cigarillo sin encender entre los dedos y la taza intacta y los ojos secos y la mandíbula apretada. Charlotte se sentó a su lado. No dijo nada. Pidió un café. Esperó.
—No me quedo embarazada —dijo Margaret.
Lo dijo sin mirar a Charlotte. Lo dijo mirando la pared. Lo dijo como Ruth había dicho "yo no quería ser madre": como un dato, como la hora, como algo que no pide opinión.
Charlotte no dijo nada durante un rato. Después dijo:
—Lo siento.
—No lo sientas —dijo Margaret—. No es tu pena. Es la mía. Y la mía no necesita compañía. La mía necesita que la dejen en paz.
Charlotte asintió. Bebió el café. Margaret encendió el cigarillo. Las dos se quedaron en la barra, mirando la

pared, y la pared no decía nada, y el café estaba flojo, y el cigarillo era fuerte, y entre el café flojo y el cigarillo fuerte estaba la verdad: que Margaret quería un hijo y el hijo no venía, y que Charlotte no quería un hijo y el hijo no venía, y que las dos estaban, por razones distintas, en el mismo lugar: en el lugar de las mujeres que no tienen lo que el trato promete.

Margaret se fue a los diez minutos. No se despidió. Dejó el cigarillo a medio fumar en el cenicero, dejó el café intacto en la barra, dejó cinco centavos de propina y se fue por la puerta giratoria con el paso rápido y la espalda recta y la mandíbula apretada de quien no va a llorar, no aquí, no ahora, no donde la vean.

Grace recogió la taza. Miró a Charlotte.

—Va a ir al médico —dijo Grace—. El mes que viene. Un médico de la Quinta Avenida. Le van a hacer pruebas. Le van a decir cosas. Le van a poner nombres a lo que le pasa, porque los médicos ponen nombres, y los nombres son la forma que tiene la medicina de decir "lo sé" sin decir "lo siento".

—¿Y si no es ella? —dijo Charlotte—. ¿Y si es Richard?

Grace la miró. La miró con la ironía limpia.

—Si es Richard, Richard no irá al médico —dijo Grace —. Richard no va a ningún sitio donde le digan que es menos de lo que cree. Los hombres no van a los médicos de la fertilidad. Los hombres van a los bares. Y vuelven a casa. Y se sientan en el sillón. Y leen el *Herald Tribune*. Y el cuerpo de Margaret sigue sin cumplir, y Richard sigue siendo suficiente, y suficiente sigue siendo la palabra más triste del inglés.

Charlotte pensó en Margaret. Pensó en el cigarillo a medio fumar. Pensó en la mandíbula apretada. Pensó en la pared que no decía nada. Y pensó: "Margaret quiere un hijo porque un hijo es la prueba de que has sido tocada, de que has sido elegida, de que el trato se ha cumplido. Margaret quiere un hijo porque un hijo es

la cosa que la revista dice que tienes que tener para ser completa, y Margaret, que es más lista que la revista, quiere lo que la revista dice, porque hasta las mujeres que son más listas que la revista quieren lo que la revista dice, porque lo que la revista dice es lo que el mundo dice, y lo que el mundo dice es el trato, y el trato no se rompe."
Y pensó: "Yo no quiero un hijo porque un hijo sería otra versión de mí. Otra chica del pasillo. Otra chica del copy. Otra chica que aprende a sonreír como moneda. Y no puedo hacer eso. No puedo poner a alguien en el pasillo. No puedo poner a alguien en el anuncio. No puedo ser la madre que enseña el trato, porque el trato es lo que me está matando, y enseñarlo sería matar dos veces."
Después estaba Eleanor.
Eleanor no tenía hijos. Eleanor no había estado casada. Eleanor vivía sola en un apartamento de Murray Hill, con libros en todas las paredes y una planta que regaba los miércoles y una taza de té que era siempre la misma taza de té, azul, con una grieta en el borde que Eleanor no reparaba porque, decía, las grietas son la forma que tienen las cosas de recordar que han sido usadas.
Charlotte le preguntó una vez, en la biblioteca, entre Bishop y Moore:
—¿Quiso usted hijos?
Eleanor la miró. La miró con la mirada que Charlotte empezaba a reconocer: la mirada que no juzga, la mirada que no aconseja, la mirada que espera.
—Quise —dijo Eleanor—. Lo quise durante mucho tiempo. Lo quise como se quiere una cosa que no se tiene: con la imaginación, con el miedo, con la esperanza que no se dice en voz alta porque decirla es darle cuerpo, y darle cuerpo es darle la posibilidad de morir.

—¿Y qué pasó?
—Pasó que no pasó —dijo Eleanor—. Pasó que no encontré a la persona. Pasó que encontré a personas, pero no a la persona. Pasó que la persona no era una persona, sino una circunstancia: el hombre adecuado, el momento adecuado, la ventana abierta. Y la ventana no se abrió. O se abrió y yo no la vi. O la vi y no entré. No lo sé. No lo sabré nunca.
Charlotte no dijo nada. Eleanor bebió el té de la taza azul. La grieta en el borde no le importaba.
—¿Te arrepientes? —preguntó Charlotte.
Eleanor puso la taza en la mesa. La puso con cuidado, como ponía todo: con la delicadeza de quien sabe que las cosas se rompen.
—El arrepentimiento es una palabra para los que creen que había un camino correcto —dijo Eleanor—. Yo no creo que hubiera un camino correcto. Creo que había caminos. Tomé uno. Los otros siguen ahí. No los tomé. No los tomaré. Pero están ahí. Y el hecho de que estén ahí no es una pena. Es un paisaje. Los caminos que no tomamos son el paisaje de la vida que tuvimos. Sin ese paisaje, la vida sería solo el camino. Y el camino, sin paisaje, es un pasillo. Y un pasillo, sin puertas, es una cárcel.
Charlotte pensó en los pasillos de la agencia. Pensó en el escritorio verde. Pensó en la Underwood. Pensó en las taquillas. Pensó en Kessler, que estaba en su despacho, detrás de una puerta cerrada. Pensó en Margaret, que estaba en el suyo, detrás de otra puerta. Pensó en Blackwood, que estaba en el piso veintiuno, detrás de un cristal. Pensó en que todos estaban en pasillos, y que los pasillos no tenían puertas, o las tenían pero no se abrían, o se abrían pero nadie entraba.
Y pensó: "Eleanor no tuvo hijos y no se arrepiente. Mi madre no quiso hijos y los tuvo. Margaret quiere hijos y

no los tiene. Yo no quiero hijos y no los tengo. Cuatro mujeres. Cuatro caminos. Cuatro paisajes. Y en ninguno de los cuatro paisajes hay una hija."
Después estaba Doris.
Doris tenía una hija. Doris tenía una hija que se llamaba Susan y que tenía cuatro años y que estaba en Long Island con la madre de Doris, porque Doris trabajaba en Manhattan y la madre de Doris cuidaba a Susan y Susan crecía sin Doris, como Doris había crecido sin su padre, que se había ido cuando Doris tenía seis, y como la madre de Doris había crecido sin su madre, que había muerto cuando la madre de Doris tenía ocho, y así, para atrás, para atrás, una línea de mujeres que criaban a hijas que criaban a hijas que criaban a hijas, y en cada eslabón de la cadena alguien faltaba, y el que faltaba era siempre el que estaba trabajando, o el que se había ido, o el que había muerto, y las hijas crecían con la ausencia como crecen las plantas con poca luz: torcidas, buscando el sol donde no lo hay.
Doris no hablaba de Susan. No hablaba de Susan en la agencia, donde era la secretaria de Kessler y donde las secretarias no hablaban de sus hijos porque hablar de los hijos era admitir que tenías otra vida, y admitir que tenías otra vida era admitir que no eras la oficina, y no ser la oficina era no ser suficiente. Doris hablaba de Susan con Peggy, a veces, en la pausa del almuerzo, en la sala de descanso que olía a café frío y a perfume barato y a la desesperación quieta de las mujeres que comen sándwiches de pie porque sentarse es un lujo que no tienen.
Peggy no tenía hijos. Peggy no estaba casada. Peggy tenía veinticósico años y un apartamento en el East Village y la certeza de que los hijos eran una cosa que vendría más tarde, como venían las cosas en la vida de Peggy: más tarde, cuando tuviera dinero, cuando tuviera un marido, cuando tuviera un plan. Peggy tenía

planes. Peggy tenía listas. Peggy tenía un cuaderno —no como el de Charlotte, sino un cuaderno práctico, con comidas y presupuestos y fechas— donde anotaba lo que iba a hacer y cuando lo iba a hacer y cómo lo iba a hacer. En el cuaderno de Peggy, los hijos estaban en la página de 1971, entre "ahorrar dos mil dólares" y "viajar a Europa".

Charlotte había visto el cuaderno de Peggy. Se lo había enseñado un martes, en la sala de descanso, con el orgullo de quien enseña una herramienta.

—Mira —había dicho Peggy—. Todo está aquí. Todo está planeado.

Charlotte había mirado la página de 1971. Había visto "hijos" escrito con la letra limpia de Peggy, entre dos cosas que Peggy quería y que Peggy tendría, porque Peggy era la clase de mujer que tenía lo que quería, no por suerte, sino por plan.

Charlotte había pensado: "Peggy quiere hijos en 1971. Margaret los quiere ahora. Doris los tiene y no los ve. Eleanor no los tuvo. Mi madre no los quiso. Yo no los quiero. Y en ninguno de estos cuadernos, en ninguna de estas listas, en ninguna de estas vidas, hay una hija que sepa lo que su madre quería."

Y había pensado: "Las hijas que no tuvimos somos nosotras. Cada una de nosotras es la hija que una mujer no tuvo, o tuvo y no quiso, o quiso y no tuvo, o tuvo y no vio. Cada una de nosotras es la ausencia de otra mujer. Y esa ausencia es lo que nos hace escribir, lo que nos hace mirar, lo que nos hace sentarnos en barras de cafetería y beber café flojo y guardar cuadernos negros en los bolsillos."

Un sábado, en la biblioteca, Charlotte le enseñó a Eleanor la página del cuaderno sobre las hijas. Le enseñó la página sobre Ruth, sobre Margaret, sobre Doris, sobre Peggy, sobre ella misma. Le enseñó la

línea que había escrito: "Las hijas que no tuvimos somos nosotras."
Eleanor leyó. Leyó despacio. Cuando terminó, cerró el cuaderno.
—Las hijas que no tuvimos —dijo Eleanor—. ¿Y las madres que no fuimos?
Charlotte no respondió.
—No es lo mismo —dijo Eleanor—. La hija que no tuviste es una ausencia. La madre que no fuiste es una decisión. Y las decisiones pesan más que las ausencias, porque las decisiones son tuyas. Las ausencias son del mundo.
Charlotte pensó. Pensó en Ruth, que no había decidido ser madre y lo había sido. Pensó en Margaret, que había decidido ser madre y no lo era. Pensó en Eleanor, que no había decidido no ser madre sino que simplemente no lo había sido. Pensó en la diferencia entre decidir y no ser, entre no querer y no poder, entre la puerta que no abres y la puerta que no existe.
—¿Usted fue madre? —preguntó Charlotte.
Eleanor la miró. La miró con la mirada que no juzga, la mirada que espera.
—Fui muchas cosas —dijo Eleanor—. Fui hija. Fui lectora. Fui maestra, de la clase que no se reconoce, la que enseña sin título, sin aula, sin sueldo. Fui amiga. Fui compañera. Fui la mujer que sostenía el libro de otra mujer y le decía "lee esto, lee esto, te hace falta". Fui eso. No fui madre. Pero no sé si lo que hice fue menos que ser madre, o si fue otra cosa, una cosa que no tiene nombre, una cosa que no está en el cuaderno de Peggy ni en la pared de la cafetería de Grace ni en el mapa de Blackwood.
Charlotte escribió: "Eleanor fue muchas cosas que no tienen nombre."
Eleanor la miró escribir. No dijo nada. Bebió el té de la taza azul. La grieta en el borde seguía ahí, y Eleanor

seguía sin repararla, y la grieta seguía siendo la forma que tenía la taza de recordar que había sido usada.
El lunes, Charlotte llegó a la agencia con una página nueva.
En lo alto escribió: "Capítulo 3. Las hijas que no tuvimos."
Debajo escribió:
"Mi madre no quiso ser madre y lo fue. Margaret quiso ser madre y no lo fue. Doris fue madre y no ve a su hija. Peggy será madre en 1971, entre dos mil dólares y un viaje a Europa. Eleanor no fue madre y fue otras cosas que no tienen nombre. Yo no seré madre porque no quiero poner a otra mujer en el pasillo.
"Las hijas que no tuvimos no son una falta. No son una pena. No son la cosa que falta para que el cuadro esté completo. Las hijas que no tuvimos son el paisaje. Son los caminos que no tomamos. Son las puertas que no abrimos. Y sin esos caminos, sin esas puertas, la vida sería un pasillo. Y un pasillo sin puertas es una cárcel.
"Mi madre me tuvo. Yo soy la hija que ella no quiso. Y ser la hija que tu madre no quiso no es una desgracia. Es una información. Es la hora. Es la pared de la cafetería. Es la verdad que llega sin música y sin luz y sin la mujer que abre los ojos frente a la ventana.
"Yo soy la hija que Ruth no quiso. Y soy la mujer que escribe. Y escribir es la forma que tengo de no ser la hija que Ruth no quiso: es la forma de ser la mujer que yo quiero, no la que el trato quiere, no la que la revista quiere, no la que el pasillo quiere. Escribir es la puerta que Ruth no abrió. Es el camino que Eleanor vio y yo empiezo a ver. Es la grieta en el borde de la taza: la marca de que algo ha sido usado, de que algo ha vivido, de que algo ha estado aquí."
Charlotte se quedó mirando la página. La Underwood estaba quieta. El pasillo estaba vacío. En algún lugar del edificio, Margaret estaba en su despacho, con la

mandíbula apretada y el cigarillo sin encender y la fecha del médico marcada en un calendario. En otro lugar del edificio, Doris estaba en su escritorio, contestando el teléfono de Kessler, pensando en Susan, que estaba en Long Island con la abuela, creciendo torcida, buscando el sol. En otro lugar, Peggy estaba en la sala de descanso, comiendo un sándwich de pie, con el cuaderno práctico en el bolsillo y la página de 1971 doblada en la esquina. En Murray Hill, Eleanor estaba en su apartamento, con los libros y la planta y la taza azul y la grieta. En Schenectady, Ruth estaba en la casa, con las cortinas y el sofá y el medio vaso de vino que no se bebía nunca entero.

Y Charlotte estaba en el pasillo, mirando la página, escribiendo.

Escribía porque era lo único que sabía hacer. Escribía porque las hijas que no tuvimos merecían una página, aunque no existieran, aunque no vinieran, aunque no estuvieran en ningún cuaderno práctico ni en ningún calendario ni en ningún mapa del piso veintiuno. Las hijas que no tuvimos merecían una página porque las hijas que sí tuvimos —Charlotte, Margaret, Peggy, Doris— merecían saber que la vida no se mide por lo que se tiene, sino por lo que se hace con lo que no se tiene.

Y Charlotte, que no tenía hija, tenía una página. Y la página era suficiente.

No. La página no era suficiente. La página era más que suficiente. La página era la cosa entera, la cosa que no tenía nombre, la cosa que Eleanor había sido y que Charlotte empezaba a ser: la mujer que escribe lo que las madres no dijeron, lo que las hijas no supieron, lo que las mujeres guardan en cajones y en cuadernos y en grietas de tazas azules.

La página era la hija que Charlotte sí tenía.

En la cafetería de la calle Cuarenta y Cuatro, Grace le dejó la taza con el golpe seco habitual.
—¿Otro martes? —dijo Grace.
—Otro martes —dijo Charlotte.
—¿Y qué dice el cuaderno?
Charlotte la miró. Grace la miró. La mirada era la de siempre: la ironía limpia, la honestidad que no se disculpa.
—Dice que las hijas que no tuvimos somos nosotras —dijo Charlotte—. Y que las madres que no fuimos también.
Grace se apoyó en la barra. Miró a Charlotte con la mirada de quien ha visto demasiado y que ha decidido que ver es suficiente.
—Yo no tuve hija —dijo Grace—. Tuve marido. Tuve marido durante once años. El marido se fue. No dejó hija. No dejó nada, excepto una caja de herramientas que no sé usar y una deuda que pagué en tres años. La gente me dice: "¿Y no quiso hijos?" Y yo les digo: "Quise un marido que se quedara." Y no se quedó. Y los hijos no llegaron. Y aquí estoy. Detrás de una barra. Sirviendo café a mujeres que quieren y no tienen, y a hombres que tienen y no quieren. Aquí estoy. Y no me arrepiento, porque el arrepentimiento es para los que creen que había un camino correcto, y yo no creo que hubiera un camino correcto. Creo que había una barra. Y la barra es suficiente.
Charlotte bebió el café. El café estaba flojo. Siempre estaba flojo. Pero Charlotte lo bebía, porque el café flojo era el café de Grace, y el café de Grace era la verdad, y la verdad, como Charlotte sabía, rara vez es fuerte.
Charlotte pagó. Salió. Caminó por la calle Cuarenta y Cuatro hasta Lexington. Subió por Lexington hasta la agencia. Entró por la puerta giratoria. Cruzó el laberinto de taquillas. Llegó al escritorio verde. Abrió el cuaderno

negro. Y debajo de "Capítulo 3. Las hijas que no tuvimos", escribió una línea más:
"Grace no tuvo hija. Tuvo una barra. La barra es su página. La barra es lo que tiene. Y lo que tiene es lo que es. Y lo que es, es suficiente. No, no suficiente. Es lo que es. Y lo que es, es una mujer que mira desde el borde, como yo miro desde el borde, como todas miramos desde el borde, porque el borde es el único sitio que nos han dejado, y desde el borde se ve más que desde el centro, porque desde el centro solo se ve uno mismo, y desde el borde se ve todo."
Charlotte cerró el cuaderno. Lo guardó en el bolsillo. Miró la pared de taquillas. Miró la Underwood. Miró el pasillo vacío.
Y pensó: "Un libro. Las hijas que no tuvimos. Las madres que no fuimos. Las mujeres que miran desde el borde. Lo que no se dice. Lo que se guarda. Lo que se escribe cuando nadie mira."
Pensó: "Lo escribiré."
Y siguió escribiendo.

Capítulo 7 — La fiesta que no termina
La fiesta empezó un viernes de noviembre, en el piso veintiuno, a las siete de la tarde, y Charlotte supo, desde el momento en que cruzó la puerta, que la fiesta no iba a terminar.
No terminaba ninguna fiesta en Blackwood. Las fiestas de Blackwood eran como los briefs: empezaban con una fecha y con una promesa y con un cliente que pagaba, y seguían mucho después de que el cliente se fuera y de que la fecha pasara y de que la promesa se rompiera. Las fiestas de Blackwood eran el mecanismo por el cual la agencia se contaba a sí misma la historia de que lo que hacía importaba, y la historia se contaba con whiskey y con música y con mujeres que se reían

en la frecuencia exacta en que un hombre espera que una mujer se ría, y con hombres que hablaban más alto de lo que sabían.
Charlotte no quería ir. Charlotte no quería ir a la fiesta como no quería ir a la mayoría de las fiestas: no por timidez, no por desdén, no por la pose de la mujer que está por encima. No quería ir porque las fiestas eran el lugar donde el trato se renovaba, y renovar el trato era firmar otra vez el contrato que Charlotte estaba intentando, despacio, en secreto, en el cuaderno negro, romper.
Pero Margaret le dijo que fuera.
—Viernes —dijo Margaret, sin levantar la vista del brief que estaba corrigiendo, con el lápiz rojo en la mano y la mandíbula en la posición de descanso, que en Margaret no era descanso sino contención—. Piso veintiuno. Siete. Trae algo que no sea ese vestido gris.
—¿Qué tiene el vestido gris?
—Que es gris y que lo llevas todos los días y que la gente empieza a pensar que no tienes otro.
—No tengo otro.
—Entonces compra otro. O pídeselo a alguien. O roba uno. Pero no vengas con el vestido gris.
Margaret no explicó por qué importaba el vestido. Margaret no explicaba nunca por qué importaban las cosas: las cosas importaban porque importaban, y quien necesitaba explicación era porque no entendía, y quien no entendía era porque no había prestado atención, y Margaret no tenía tiempo para enseñar a la gente a prestar atención.
Charlotte entendió, de todos modos. Entendió que la fiesta era una audición. Entendió que el piso veintiuno era el escenario donde Blackwood miraba a sus empleados y decidía quién subía y quién se quedaba y quién bajaba, y que la decisión no se tomaba en base al copy ni en base a los briefs ni en base a las horas,

sino en base a cómo te movías en una habitación llena de gente que no te veía.
Charlotte fue a la fiesta con un vestido azul que le había prestado Doris.
Doris tenía vestidos. Doris tenía vestidos porque Doris, a diferencia de Charlotte, había decidido hacía años que la oficina era un teatro y que el teatro exigía vestuario, y el vestuario exigía un armario, y el armario exigía dinero, y el dinero que Doris no gastaba en Susan en Long Island lo gastaba en vestidos que se ponía en Manhattan, porque Manhattan era el lugar donde Doris era Doris y no la madre de Susan, y los vestidos eran la forma que tenía Doris de decir "estoy aquí" sin decirlo en voz alta.
El vestido azul era un vestido azul oscuro, de cuello cuadrado, sin mangas, con una cremallera que costaba subir y que costaba bajar y que Doris había dejado en la taquilla porque le quedaba pequeño, o porque le quedaba grande, o porque ya no le gustaba, o porque un vestido es una cosa que se cansa de una mujer igual que una mujer se cansa de un vestido, y el cansancio, en el armario de Doris, era bilateral.
Charlotte se lo puso en el baño de la agencia, a las seis y media, mirándose en un espejo que tenía una mancha en la esquina izquierda y que devolvía una imagen un poco torcida, un poco gris, un poco menos de lo que Charlotte era. Charlotte se miró en el espejo y pensó: "Este no soy yo." Y después pensó: "Esto es lo que la fiesta quiere que sea." Y después pensó: "Y está bien, porque la fiesta no es un lugar para ser uno mismo. La fiesta es un lugar para ser la versión que entra por la puerta."
Bajó al piso veintiuno.
El piso veintiuno no se parecía al resto de la agencia. El resto de la agencia era funcional, era práctico, era el pasillo y la taquilla y el escritorio verde y la Underwood

y el olor a café frío y a papel y a la desesperación quieta de la gente que escribe para vivir y vive para escribir y no sabe distinguir las dos cosas. El piso veintiuno era otra cosa. El piso veintiuno era la parte de la agencia que se miraba a sí misma en el espejo y se gustaba.

Tenía moqueta gris, pero una moqueta gris que no era la moqueta gris del resto: era una moqueta gris espesa, suave, que se hundía bajo los pies como se hunde uno en un sofá caro. Tenía paneles de madera oscura en las paredes, y en los paneles cuadros que no eran anuncios sino arte, o que pretendían ser arte, que era lo mismo en el piso veintiuno. Tenía una barra con un camarero de chaqueta blanco que servía whiskey y martinis y gimlets y que sonreía con la sonrisa profesional de quien ha aprendido que sonreír es parte del servicio y que el servicio es parte del trato.

Blackwood estaba en el centro.

Blackwood siempre estaba en el centro. Blackwood era el centro de la agencia como Blackwood era el centro de la fiesta como Blackwood era el centro de todo lo que pasaba en ese edificio, porque Blackwood era el que pagaba y el que pagaba era el que decidía y el que decidía era el centro, y el centro no se movía: se movían los demás alrededor.

Blackwood tenía sesenta y dos años. Blackwood tenía el pelo blanco, peinado hacia atrás, con esa disciplina de hombre que se mira en el espejo cada mañana y se dice "todavía". Blackwood tenía traje oscuro y corbata oscura y camisa blanca y pañuelo en el bolsillo y zapatos brillantes y un reloj en la muñeca que Charlotte sabía que era caro pero cuyo precio no sabía, porque el precio de las cosas que usa Blackwood no es un dato que circule. Blackwood tenía la voz grave y el gesto económico y la mirada que iba de una cara a otra con

la velocidad de quien no necesita detenerse en nadie porque nadie le interesa lo suficiente para detenerse.
Blackwood bebía whiskey. Bebía whiskey con hielo, en un vaso bajo, y sostenía el vaso con la mano izquierda y apoyaba la mano derecha en el bolsillo del pantalón, y esa postura —vaso en la izquierda, mano en el bolsillo— era la postura de Blackwood en todas las fiestas, y Charlotte sospechaba que era la postura de Blackwood en todo, incluso a solas, incluso en casa, incluso frente al espejo del baño a las seis de la mañana, porque las posturas que adoptamos en público terminan siendo las posturas que adoptamos en privado, y las posturas que adoptamos en privado terminan siendo las posturas que nos adoptan a nosotros.
Margaret estaba con Blackwood.
Margaret estaba con Blackwood como se está con un general: de pie, a un paso de distancia, con el cuerpo ligeramente vuelto hacia él, con la sonrisa calibrada y la copa en la mano y la conversación que fluía porque Margaret hacía que fluyera, porque Margaret era la redactora senior y la redactora senior sabía hablar con el jefe en las fiestas como sabía escribir para los clientes en las reuniones: con la medida exacta de respeto y de insolencia que hace que el jefe piense "esta mujer me reta" y piense "esta mujer me gusta" y no distinga entre las dos cosas, porque en Blackwood, como en la mayoría de los hombres que pagan, el reto y el gusto eran la misma cosa.
Charlotte los miró desde la barra. Pidió un gimlet. El camarero se lo sirvió sin mirarla. Charlotte bebió. El gimlet estaba frío y ácido y era exactamente lo que debía ser, y Charlotte pensó: "El gimlet es honesto. El gimlet no pretende ser otra cosa. El gimlet es gin y lime y hielo y no hay nada más, y eso es lo que lo hace soportable."

Doris llegó a las ocho.
Doris llegó con un vestido negro que le quedaba bien, que le quedaba mejor de lo que le quedaba a Charlotte el vestido azul, porque Doris sabía llevar vestidos como sabía contestar el teléfono: con la naturalidad de quien ha hecho de la apariencia un oficio. Doris llegó y se movió por la fiesta con la eficiencia de quien conoce el terreno, y Charlotte la vio pasar de grupo en grupo, de cara en cara, con la sonrisa lista y la frase pequeña y el gesto que abre puertas, y pensó: "Doris es mejor en esto que yo. Doris es mejor en esto que Margaret. Doris es la mejor en esto porque Doris no cree en esto, y quien no cree en algo lo usa mejor que quien cree, porque quien no cree no tiene miedo de romperlo."
Peggy llegó a las ocho y media.
Peggy llegó con un vestido que Charlotte no había visto antes, un vestido verde, corto, con un escote que Peggy llevaba con la incomodidad de quien no está acostumbrada a los escotes pero que ha decidido que esta noche prueba el escoto, porque esta noche es la fiesta y la fiesta es el lugar donde se prueban las cosas. Peggy llegó y se quedó en la puerta un momento, mirando la habitación con los ojos de quien entra en un sitio y no sabe dónde ponerse, y Charlotte la vio y fue hacia ella.
—Estás guapa —dijo Charlotte.
—Me siento rara —dijo Peggy.
—Eso es el vestido.
—No. Es la fiesta. La fiesta me hace sentir rara. Como si tuviera que ser alguien.
—No tienes que ser nadie.
—Sí tengo que ser alguien. Tengo que ser la Peggy que sube. Tengo que ser la Peggy que Blackwood recuerda. Tengo que ser la Peggy que el lunes está en la lista de los que suben, no en la lista de los que se quedan.

Charlotte la miró. Peggy tenía veinticósico años y la certeza de que la vida era una escalera y de que la escalera se subía y de que quien no subía bajaba, y Charlotte pensó: "Yo tenía esa certeza. Yo la tuve a los veintitrés. La tuve hasta que entendí que la escalera no llevaba a ningún sitio, o llevaba a un sitio que no quería ir, o llevaba a un sitio que quería ir pero que costaba lo que no estaba dispuesta a pagar."

—Ven —dijo Charlotte—. Te presento a gente.

Le presentó a gente. Le presentó a Kessler, que estaba en un rincón con un vaso de vino y la cara de quien asiste a una fiesta por obligación y que la obligación cumple con la presencia y la presencia cumple con el silencio y el silencio cumple con la ausencia, que era lo que Kessler quería: estar ausente en presencia, que es la forma más refinada de estar en una fiesta. Le presentó a dos redactores junior cuyos nombres Charlotte no recordaba y que Peggy sí recordó, porque Peggy recordaba los nombres, porque los nombres eran moneda y Peggy sabía el cambio. Le presentó al camarero, que no se presentó porque los camareros no se presentan en las fiestas, y Peggy le pidió un gin tonic, y el camarero se lo sirvió sin mirarla, y Peggy bebió con la determinación de quien bebe para tener algo en la mano, porque la mano vacía en una fiesta es una confesión y la confesión es un riesgo.

A las nueve, Blackwood subió a la tarima.

La tarima era pequeña. La tarima estaba en el rincón, junto a la ventana, y tenía un micrófono y un atril y nada más. Blackwood subió. La habitación se calló. La habitación se calló con la rapidez con que se callan las habitaciones cuando el que paga habla, porque el que paga habla y los demás escuchan, y escuchar es la forma que tienen los que no pagan de decir "sí" sin decirlo.

Blackwood habló. Habló de la agencia. Habló del año. Habló de los clientes. Habló de los premios. Habló de los números. Los números eran buenos. Los números eran siempre buenos en el piso veintiuno, porque los números malos se quedaban en los pisos de abajo, en los pasillos, en los escritorios, en las caras de los que habían hecho los números buenos y que no subían a la tarima.

—Este año —dijo Blackwood—, la agencia ha crecido un dieciocho por ciento. Este año, hemos ganado tres cuentas nuevas. Este año, hemos ganado dos premios en el One Show. Este año, somos más fuertes que el año pasado. Y el año que viene, seremos más fuertes que este.

Charlotte escuchó. Margaret escuchó. Doris escuchó. Peggy escuchó. Kessler escuchó. El camarero escuchó. Todos escucharon, y todos aplaudieron, y el aplauso llenó la habitación como llena el ruido un silencio: no porque vaya a quedarse, sino porque mientras dura, tapa lo que no se quiere oír.

Lo que no se quería oír era lo de siempre. Lo que no se quería oír era que la agencia crecía un dieciocho por ciento y que Margaret seguía sin quedarse embarazada y que Doris no veía a Susan y que Peggy no subía y que Charlotte no quería estar ahí y que Kessler no quería estar ahí y que el camarero no quería estar ahí y que la única persona que quería estar ahí era Blackwood, porque Blackwood era el centro y el centro siempre quiere estar donde está, porque donde está es donde manda y donde manda es donde existe.

Charlotte pensó: "La fiesta no termina. La fiesta no termina porque la fiesta es el trato, y el trato no termina, y mientras el trato no termine, la fiesta sigue, y mientras la fiesta siga, seguimos aquí, bebiendo gimlets y gin tonics y whiskey, y sonriendo, y

aplaudiendo, y siendo las versiones que entran por la puerta."
A las diez, la fiesta se movió.
La fiesta se movió como se mueven las fiestas: del centro a los bordes, del whiskey al gin, de la conversación alta a la conversación baja, de lo que se dice a lo que se dice cuando se baja la voz. Charlotte vio a Margaret acercarse a la ventana con un hombre que no era de la agencia, un hombre de traje gris y corbata roja que Charlotte no había visto antes y que hablaba con Margaret con la familiaridad de quien la conoce de antes, de fuera, de otro sitio, de una vida que no era la agencia.
Charlotte no preguntó. Charlotte no preguntó porque preguntar era una forma de meterse, y meterse era una forma de juzgar, y juzgar era lo que Charlotte estaba intentando dejar de hacer, porque juzgar era lo que hacía la agencia, y Charlotte estaba intentando no ser la agencia.
Pero miró. Miró porque mirar era su oficio, y el oficio no se apaga, y aunque Charlotte quisiera apagarlo, el oficio seguía encendido, como sigue encendida la luz de un pasillo cuando todos se han ido.
Margaret hablaba con el hombre de la corbata roja. Hablaba bajo. Hablaba con la mandíbula suelta, que en Margaret era señal de confianza, porque Margaret solo soltaba la mandíbula cuando confiaba, y confiaba poco, y cuando confiaba era porque el otro lado del trato era distinto, era más blando, era el sitio donde Margaret no era la redactora senior sino la mujer que no se queda embarazada y que no lo dice y que lo lleva como se lleva un peso: con la espalda recta y los dientes apretados y la esperanza de que el peso no se note.
El hombre de la corbata roja le tocó el brazo. Se lo tocó con la naturalidad de quien toca un brazo que ha

tocado antes. Margaret no se apartó. Margaret se quedó. Y Charlotte pensó: "Margaret tiene un sitio fuera de la agencia. Margaret tiene un sitio donde no es Margaret. Y ese sitio es el sitio donde el trato no rige, o rige de otra manera, o rige pero con otras reglas, y las otras reglas son las que Margaret necesita para no romperse."

Charlotte no escribió nada. No escribió nada porque no tenía el cuaderno, porque el cuaderno estaba en el bolsillo del abrigo, y el abrigo estaba en la taquilla, y la taquilla estaba en el piso de abajo, y el piso de abajo era el lugar al que Charlotte no quería bajar porque bajar era volver y volver era entrar en el pasillo y el pasillo era lo de siempre.

Pero recordó. Charlotte recordaba todo. Charlotte recordaba como Grace recordaba las vueltas de la barra: sin esfuerzo, sin decisión, por costumbre, porque recordar era lo que Charlotte hacía cuando no escribía, y Charlotte no escribía cuando estaba en la fiesta, y en la fiesta recordaba.

A las once, Peggy bebía su cuarto gin tonic.

Charlotte la encontró en el baño. Peggy estaba delante del espejo, con los ojos un poco rojos y la boca un poco abierta y el vestido verde un poco torcido y la determinación un poco rota. Peggy se miraba en el espejo. Se miraba como se mira quien busca algo que no encuentra.

—¿Estás bien? —dijo Charlotte.

—No —dijo Peggy—. No estoy bien. Estoy borracha. Y mañana voy a estar peor. Y pasado mañana es lunes y el lunes tengo que volver y ser la Peggy que sube, y la Peggy que sube no está borracha en un baño del piso veintiuno.

—Nadie te va a recordar borracha.

—Sí me van a recordar. Me van a recordar porque soy la más joven y porque soy la más nueva y porque las

que son jóvenes y nuevas se recuerdan, se recuerdan siempre, se recuerdan incluso cuando no hacen nada, porque hacer nada cuando eres joven y nueva es hacer algo, y ese algo es lo que recuerdan.
Charlotte le dio agua. Peggy bebió el agua. Bebió el agua como se bebe el agua cuando se está borracha: con la esperanza de que el agua lave lo que el gin ha hecho, y con la certeza de que el agua no lava nada, porque lo que el gin ha hecho no está en el estómago sino en la cabeza, y la cabeza no se lava con agua.
—¿Por qué bebiste tanto? —dijo Charlotte.
Peggy la miró. La miró con la mirada de quien está a punto de decir algo y no lo dice y luego lo dice y luego se arrepiente de haberlo dicho, todo en el espacio de un parpadeo.
—Porque quiero subir —dijo Peggy—. Quiero subir y no subo. Quiero subir y Blackwood no me mira. Le hablo y asiente y dice "buen trabajo, Peggy" y pasa al siguiente, y el siguiente es un hombre de treinta años que lleva aquí seis meses y que ya subió, y yo llevo aquí un año y no subí, y no subí porque soy mujer, y no subí porque soy joven, y no subí porque el vestido verde no es suficiente, porque nada es suficiente, porque suficiente es la palabra que usan para decirte que te quedas donde estás.
Charlotte pensó en "suficiente". Pensó en la palabra que Margaret usaba y que Eleanor usaba y que Grace usaba y que ahora Peggy usaba, y pensó que "suficiente" era la palabra de la agencia, la palabra de la casa, la palabra de la época, la palabra que las mujeres se decían a sí mismas cuando miraban lo que tenían y lo que no tenían y decidían que lo que tenían era lo que iban a tener y que lo que iban a tener era lo que iban a llamar suficiente, aunque no lo fuera, aunque nunca lo fuera, aunque suficiente fuera solo otra forma de decir "me rindo" sin decir "me rindo".

—Vas a subir —dijo Charlotte.
—¿Cómo lo sabes?
—No lo sé. Pero sé que el lunes vas a volver, y vas a sentarte en tu escritorio, y vas a abrir el cuaderno práctico, y vas a tachar "fiesta del viernes" de la lista, y vas a escribir "lunes" debajo, y el lunes va a tener sus cosas, y las cosas del lunes van a ser las cosas que te llevan al martes, y el martes al miércoles, y así, hasta que subas o hasta que dejes de querer subir, y las dos cosas son posibles, y las dos cosas están bien.
Peggy la miró. La miró con la mirada de quien no cree pero quiere creer, que es la mirada más honesta que existe, porque creer es fácil y no creer es fácil, pero querer creer es difícil, es lo más difícil, es estar en el medio y no caer a ningún lado.
—¿Tú subiste? —dijo Peggy.
—No —dijo Charlotte—. Yo no subí. Yo me quedé en el pasillo. Y el pasillo es donde yo quiero estar, porque el pasillo es donde se escribe, y escribir es lo que yo hago, y lo que yo hago no necesita subir.
—Pero quisieras haber subido.
Charlotte no respondió. Charlotte no respondió porque la respuesta era sí y era no y era quizá y era no lo sé, y las cuatro respuestas eran verdad y ninguna era suficiente, y suficiente era la palabra que Charlotte estaba intentando dejar de usar.
A las doce, la fiesta seguía.
La fiesta seguía como siguen las fiestas de Blackwood: con menos gente y más ruido, con los que se han ido y los que se quedan y los que se quedan porque no tienen dónde ir y los que se quedan porque se quedan es lo que hacen. Charlotte vio a Kessler irse a las once, con el abrigo puesto y la cara de quien ha cumplido y se va. Vio a Doris irse a las once y media, con el vestido negro y la sonrisa apagada y la prisa de quien tiene un tren y el tren no espera. Vio a Margaret irse a

las doce menos cuarto, con el hombre de la corbata roja, por la puerta, sin despedirse, con el paso rápido y la espalda recta y la mandíbula suelta, y Charlotte pensó: "Margaret se va con alguien. Margaret se va con alguien que no es Richard. Y no es asunto mío. Y no lo voy a escribir. Y no lo voy a recordar. Y lo voy a recordar."
Peggy se quedó.
Peggy se quedó porque Peggy no tenía dónde ir, o tenía dónde ir pero no quería ir, o quería ir pero el gin tonic le decía que se quedara, y el gin tonic tenía más autoridad que el juicio, y el juicio se había ido a dormir y el gin tonic seguía despierto. Peggy se quedó y habló con un redactor junior que le puso la mano en la espalda y que Peggy no apartó, y Charlotte lo vio y no dijo nada, porque decir algo era meterse, y meterse era juzgar, y Peggy era mayor, Peggy era dueña, Peggy era la que decidía qué se quedaba y qué se iba en su espalda.
Charlotte se fue a la una.
Se fue con el vestido azul de Doris y el sabor de gimlet en la boca y la cabeza llena de cosas que no quería recordar y que recordaba. Bajó por la escalera, porque el ascensor estaba lleno de gente que no bajaba sino que subía, porque en la fiesta de Blackwood siempre había alguien que subía a la una, porque la fiesta no terminaba, porque la fiesta no terminaba nunca.
Cruzó el vestíbulo. Salió a la calle. La calle estaba fría. Noviembre en Manhattan es frío de la manera que es frío el agua cuando te metes de golpe: no te avisa, te golpea, y después del golpe estás dentro y el frío es el frío y no hay nada que hacer excepto caminar.
Charlotte caminó. Caminó por Lexington, con el abrigo encima del vestido azul, con las manos en los bolsillos, con la cabeza abajo. Pasó por delante de la cafetería de la calle Cuarenta y Cuatro. La cafetería estaba

cerrada. Las luces estaban apagadas. La puerta estaba cerrada. Y Charlotte pensó en Grace, en Grace detrás de la barra, en Grace que no estaba, en Grace que estaría en su casa, en Grace que tendría una casa o un cuarto o un sitio donde dormir, y que ese sitio no era la barra, y que la barra era lo que Grace tenía pero no era lo que Grace era, y que lo que Grace era no se apagaba cuando se apagaban las luces.
Llegó a su apartamento. El apartamento estaba oscuro. El apartamento estaba siempre oscuro cuando Charlotte llegaba, porque Charlotte no dejaba luces encendidas, porque las luces encendidas eran una esperanza y la esperanza era un lujo que Charlotte no se permitía, porque la esperanza te hace esperar y esperar te hace depender y depender te hace quedarte, y Charlotte no quería quedarse, Charlotte quería ir, y ir era lo que hacía cada mañana cuando se levantaba y cada noche cuando volvía.
Se quitó el vestido azul. Lo dobló. Lo puso en la silla. Se puso el pijama. Se sentó en la cama. Sacó el cuaderno negro del bolsillo del abrigo, que había subido a buscar antes de irse porque el cuaderno no se quedaba en la taquilla, porque el cuaderno no se quedaba nunca, porque el cuaderno era lo único que Charlotte tenía y lo que tenía lo llevaba encima.
Abrió el cuaderno. Encontró la página en blanco después de "Capítulo 7". Escribió:
"Capítulo 7. La fiesta que no termina."
Debajo escribió:
"La fiesta empieza un viernes y no termina. La fiesta es el trato. La fiesta es el lugar donde somos las versiones que entran por la puerta. Margaret se va con un hombre que no es Richard. Peggy se queda con un gin tonic en la mano y una mano en la espalda. Doris se va con un vestido negro y una sonrisa apagada. Kessler se va con el abrigo puesto y la cara de quien ha

cumplido. Blackwood se queda, porque Blackwood es el centro y el centro no se va.
"Yo me voy a la una. Camino por Lexington. Paso por delante de la cafetería de Grace. Las luces están apagadas. Y pienso: la fiesta no termina porque la fiesta no es una fiesta. La fiesta es una audición. Y la audición no termina porque el papel no se reparte, porque el papel no existe, porque el papel es una promesa que Blackwood hace con el whiskey en la mano y que se olvida cuando el whiskey se acaba.
"Y pienso: Peggy quiere subir y no sube. Margaret quiere un hijo y no lo tiene. Doris tiene una hija y no la ve. Kessler quiere irse y se queda. Blackwood quiere que se queden y se quedan. Y todos estamos en la fiesta, y la fiesta no termina, y mientras no termine, seguimos siendo las versiones que entran por la puerta.
"Y pienso: yo no quiero ser la versión que entra por la puerta. Yo quiero ser la que escribe lo que pasa detrás de la puerta. Yo quiero ser la que baja al pasillo y se sienta en el escritorio verde y abre el cuaderno y escribe lo que la fiesta no dice. Porque lo que la fiesta no dice es lo único que importa. Lo que la fiesta no dice es que tenemos miedo. Lo que la fiesta no dice es que estamos solas. Lo que la fiesta no dice es que suficiente no es suficiente, que nunca fue suficiente, que suficiente es la palabra que nos pusieron en la boca para que no pidiéramos más.
"Yo pido más. Yo pido la página. Yo pido el cuaderno. Yo pido la Underwood y el pasillo y la luz que parpadea y el café flojo de Grace y la mirada de Eleanor y la mandíbula de Margaret y el vestido verde de Peggy y la grieta en la taza azul.
"Yo pido la fiesta que no termina. Y la fiesta que no termina es la que escribo yo."

Charlotte cerró el cuaderno. Lo puso en la mesita. Apagó la luz.
Se quedó en la cama, en la oscuridad, con los ojos abiertos, mirando el techo que no se veía. Y pensó en la fiesta, en la fiesta que seguía, en el piso veintiuno, con Blackwood en el centro y el whiskey en la mano y la promesa en el aire. Y pensó: "La fiesta no termina. Pero yo me fui. Y irme es la primera vez que gané algo en esa agencia. Y lo que gané no fue un ascenso ni un cliente ni un premio. Lo que gané fue la página. Y la página es la hija que tengo. Y la hija que tengo es suficiente. No. La hija que tengo es más que suficiente. La hija que tengo es la cosa entera."
Afuera, Manhattan seguía ruidando. Afuera, los taxis pasaban y la gente gritaba y los semáforos cambiaban y la ciudad seguía siendo la ciudad, que no duerme, que no para, que no termina. Y Charlotte, que era parte de la ciudad y que no era parte de la ciudad, que estaba en la ciudad y que miraba la ciudad desde el borde, se quedó dormida con el cuaderno en la mesita y la fiesta en la cabeza y la página en el cuerpo, y la página era lo que tenía, y lo que tenía era lo que era, y lo que era era una mujer que escribía, y escribir era la forma que tenía de no estar en la fiesta, y no estar en la fiesta era la forma que tenía de estar en la vida.

Capítulo 8 — El espejo roto

Kessler se rompió un martes de diciembre, a las cuatro de la tarde, en el baño de hombres del piso diecinueve, delante de un espejo que tenía una grieta en la esquina superior izquierda y que devolvía una imagen partida, como partida estaba Kessler, aunque Kessler no lo supiera todavía, o lo supiera pero no lo dijera, o lo dijera pero no lo dijera en voz alta, porque Kessler era

un hombre que se callaba las cosas como otros se guardan las monedas: por costumbre, por miedo, por la certeza de que lo que se guarda no se pierde aunque tampoco se use.
Kessler tenía cuarenta y cuatro años. Kessler llevaba doce en la agencia. Kessler había entrado como redactor junior y seguía siendo redactor, sin el junior, sin el senior, sin el nada que indicara que el tiempo había pasado, aunque el tiempo había pasado, y había pasado por Kessler como pasa el agua por una piedra: sin llevarse la piedra, pero dejándola más lisa, más redonda, más parecida a lo que no es.
Kessler escribía bien. Kessler escribía bien de la manera que escribe bien quien ha escrito mucho y ha dejado de pensar en cómo escribe: por inercia, por muscle memory, por la repetición que convierte el oficio en instinto y el instinto en routine y la routine en la cosa que haces cuando ya no te preguntas por qué la haces. Kessler escribía bien y nadie lo decía. Nadie lo decía porque decirlo era innecesario: Kessler escribía bien como el agua estaba fría en la cafetería de Grace, como la luz parpadeaba en el pasillo, como la Underwood de Charlotte tenía una tecla que se atascaba: era un dato del paisaje, y los datos del paisaje no se mencionan, se dan por sentados, y lo que se da por sentado no sube, no baja, no se mueve.
Kessler no subía. Kessler no subía como no suben los muebles: no porque no sirvan, sino porque ya están donde van a estar, y donde van a estar es donde están, y moverlos es más trabajo que dejarlos.
Charlotte lo sabía. Charlotte lo sabía porque Charlotte miraba, y mirar era su oficio, y el oficio no se apaga, y lo que Charlotte veía cuando miraba a Kessler era un hombre que había decidido, en algún momento, en algún año, en algún martes que nadie recordaba, que subir no era para él, o que subir no valía lo que

costaba, o que subir era una palabra que en la agencia significaba otra cosa, una cosa que Kessler no quería, y no querer era una forma de elegir, y elegir era una forma de estar, y estar era lo que Kessler hacía: estar, en el rincón, con el vaso de vino, con la cara de quien asiste por obligación, con el silencio que cumple la presencia y la presencia que cumple la ausencia.
Pero el martes de diciembre, Kessler se rompió.
Se rompió así.
Kessler estaba en el baño. Kessler estaba en el baño porque Kessler iba al baño a las cuatro todos los martes, no por necesidad, sino por costumbre, y la costumbre era la forma que tenía Kessler de darle estructura a un día que no tenía estructura, porque la agencia era un sitio donde la estructura era de otros, de Margaret, de Blackwood, de los clientes, de los briefs, y Kessler necesitaba una estructura propia, pequeña, invisible, una estructura que era ir al baño a las cuatro los martes y lavarse las cara y mirarse en el espejo y decirse, sin voz, sin palabras, con la mirada only: "Otro martes. Otro martes más."
Kessler se miró en el espejo. El espejo tenía la grieta. La grieta estaba en la esquina superior izquierda y cruzaba el reflejo de Kessler justo por la frente, partiéndolo en dos, y Kessler se miró en el espejo con la grieta y pensó: "El espejo está roto. El espejo ha estado roto desde que entré. El espejo ha estado roto doce años. Y nadie lo ha arreglado. Y nadie lo va a arreglar. Porque el espejo del baño del piso diecinueve no es un espejo que importe. Porque lo que se mira en el espejo del baño del piso diecinueve no es una cara que importe."
Y después pensó: "Yo soy el espejo. Yo estoy roto. Yo he estado roto doce años. Y nadie lo ha arreglado. Y nadie lo va a arreglar. Porque yo no importo. Porque la cara que se mira en mí no es una cara que importe."

Y después no pensó nada. Después Kessler se rompió. Romperse, para Kessler, no fue gritar. No fue llorar. No fue tirar algo al suelo ni dar un puñetazo a la pared ni ninguna de las cosas que en las películas significan que un hombre se ha roto. Romperse, para Kessler, fue quedarse quieto. Fue quedarse delante del espejo, con las manos en el lavabo, con el agua corriendo, con la grieta en la frente del reflejo, y no moverse. No moverse durante un minuto. No moverse durante dos. No moverse durante tres, que es mucho tiempo cuando estás delante de un espejo y el espejo te devuelve una imagen que no reconoces y no reconoces porque ya no es tuya, porque hace tiempo que no es tuya, porque te la fue llevando el agua de los martes a las cuatro y ahora lo que queda es lo que queda, y lo que queda no es suficiente, y suficiente es la palabra que Kessler también usaba, la palabra que todos usaban, la palabra de la casa.

Kessler se quedó quieto tres minutos. Después se lavó la cara. Después se secó la cara con la toalla de papel. Después tiró la toalla de papel en el cesto. Después salió del baño. Después se sentó en su escritorio. Después abrió el brief que estaba corrigiendo. Después siguió trabajando.

Pero Charlotte lo vio. Charlotte lo vio porque Charlotte estaba en el pasillo cuando Kessler salió del baño, y Charlotte vio en Kessler algo que no había visto antes, algo que no era la cara de siempre, no era el silencio de siempre, no era la presencia-ausencia de siempre, sino otra cosa, una cosa que Charlotte reconoció porque Charlotte la había visto en su propio espejo, en el baño de la agencia, a las seis y media de un viernes de noviembre, con un vestido azul que no era suyo: la cara de quien se mira y no se encuentra.

Charlotte no dijo nada. Charlotte no dijo nada porque decir algo era meterse, y meterse era juzgar, y juzgar

era lo que la agencia hacía, y Charlotte estaba intentando no ser la agencia. Pero miró. Miró como miraba, que era su oficio, y el oficio no se apaga, y lo que vio se quedó en la cabeza de Charlotte como se queda el café en la taza cuando no la lavas: una mancha, una marca, una cosa que dice "aquí estuvo algo".

El miércoles, Kessler no vino.

Kessler no vino el miércoles ni el jueves ni el viernes. Margaret no dijo nada. Margaret no decía nada cuando alguien faltaba, porque Margaret no contaba las ausencias, porque las ausencias no eran trabajo y lo que no era trabajo no existía para Margaret, y lo que no existía no se mencionaba, y lo que no se mencionaba no había pasado, aunque hubiera pasado.

Doris dijo: "Kessler está enfermo." Doris lo dijo con la voz que usaba para las cosas que no eran verdad pero que había que decir: la voz del teléfono, la voz de la oficina, la voz que contesta "bien" cuando le preguntan cómo está. Doris lo dijo y Charlotte supo que Doris no sabía, o sabía pero no más que eso, porque en la agencia la información era como el whiskey del piso veintiuno: circulaba, pero circulaba hacia arriba, no hacia los lados.

Peggy dijo: "¿Kessler?" Peggy lo dijo con la pregunta de quien no sabe quién es Kessler, o sabe quién es pero no lo ha mirado nunca, porque Peggy miraba hacia arriba, hacia Blackwood, hacia la tarima, y Kessler estaba en el rincón, y el rincón no era arriba.

Eleanor dijo: "Kessler necesita descanso." Eleanor lo dijo con la voz de los recursos humanos, que era la voz que decía las cosas que había que decir de la manera que había que decirlas: con la suavidad suficiente para que no doliera y con la distancia suficiente para que no importara. Eleanor lo dijo y Charlotte supo que Eleanor sabía más, o sabía algo, o sabía que algo había

pasado, porque Eleanor era recursos humanos y recursos humanos era el sitio donde las cosas que pasaban iban a parar cuando ya no cabían en el pasillo. Charlotte no preguntó. Charlotte no preguntó porque preguntar era una forma de meterse, pero también porque Charlotte sabía que las preguntas no siempre abren puertas, a veces las cierran, y Charlotte no quería cerrar la puerta que Kessler había dejado abierta al salir del baño el martes a las cuatro, la puerta que estaba entre lo que Kessler mostraba y lo que Kessler tenía, y lo que Kessler tenía era lo que Charlotte quería saber, no para juzgar, no para escribir, sino para entender, porque entender era la forma que tenía Charlotte de no estar sola, y no estar sola era lo que Charlotte necesitaba, aunque no lo dijera, aunque no lo pidiera, aunque lo llevara como se lleva un peso: con la espalda recta y los dientes apretados.

El lunes siguiente, Kessler volvió.

Kessler volvió como vuelven los que se han ido y vuelven: con la misma cara, con el mismo traje, con el mismo paso, con el mismo silencio, pero con algo distinto, algo que no se veía pero que se sentía, como se siente el frío en una habitación sin que se vea el frío, como se siente la ausencia en una silla sin que se vea la ausencia. Kessler volvió y se sentó en su escritorio y abrió el brief y siguió trabajando, y Charlotte lo miró desde el pasillo y pensó: "Kessler ha vuelto. Pero el que ha vuelto no es el mismo. O es el mismo pero más. O es el mismo pero con algo encima, algo que se trajo del sitio donde estuvo, del descanso que no era descanso, de los días que no eran enfermedad, de lo que fuera que pasó entre el martes del espejo y el lunes de la vuelta."

Charlotte no preguntó. Pero esa noche, en el apartamento, en la oscuridad, con el cuaderno negro en la mesita, Charlotte escribió:

"Capítulo 8. El espejo roto."
Debajo escribió:
"Kessler se rompe un martes a las cuatro delante de un espejo que tiene una grieta. La grieta está en la esquina superior izquierda y parte la frente del reflejo. Kessler se mira y no se encuentra. Kessler se queda quieto tres minutos. Tres minutos es mucho tiempo cuando te miras y no te encuentras.
"Kessler se va. Kessler vuelve. Kessler vuelve con algo encima, algo que no se ve pero que se siente, como se siente el frío, como se siente la ausencia. Yo no pregunto qué es. No pregunto porque preguntar es meterse, y meterse es juzgar, y juzgar es lo que hace la agencia, y yo no quiero ser la agencia.
"Pero pienso: Kessler y yo nos parecemos. Kessler se mira en el espejo y no se encuentra. Yo me miro en el espejo y digo 'este no soy yo'. La diferencia es que Kessler se quedó quieto y yo me puse el vestido azul. La diferencia es que Kessler no tenía un cuaderno y yo sí. El cuaderno es lo que me salva. El cuaderno es lo que me sostiene. El cuaderno es la diferencia entre romperse y no romperse, entre el espejo y la página, entre la cara que se mira y la cara que se escribe.
"Y pienso: ¿qué tiene Kessler encima? ¿Qué se trajo del sitio donde estuvo? ¿Tiene un cuaderno? ¿Tiene una versión del cuaderno que no es un cuaderno pero que hace lo que el cuaderno hace, que es sostener, que es dar sitio, que es poner en algún lugar lo que no cabe en el cuerpo? O no tiene nada. O tiene lo que tienen los que no escriben: el peso. El peso entero. El peso sin página. El peso sin hija. El peso de doce años en un rincón, sin subir, sin bajar, sin moverse, siendo el mueble que ya está donde va a estar.
"Y pienso: el espejo del baño del piso diecinueve tiene una grieta. La grieta lleva doce años ahí. Nadie la ha arreglado. Nadie la va a arreglar. Porque el espejo del

baño del piso diecinueve no importa. Porque la cara que se mira en ese espejo no importa.
"Pero importa. La cara importa. Kessler importa. Lo que se rompe importa, aunque lo que se rompe no grite, aunque lo que se rompe no llore, aunque lo que se rompe se lave la cara y se seque con la toalla de papel y tire la toalla en el cesto y salga del baño y se siente en el escritorio y abra el brief y siga trabajando.
"Lo que se rompe en silencio es lo que más duele, porque lo que duele en silencio no tiene eco, y lo que no tiene eco no existe para los demás, y lo que no existe para los demás existe solo para uno, y existir solo para uno es la forma más sola de existir, y la forma más sola de existir es la que Kessler tiene, y la que yo tendría si no tuviera el cuaderno, y la que todos tendríamos si no tuviéramos algo que nos sostenga, y lo que nos sostiene no es lo mismo para todos, pero tiene que haber algo, tiene que haber algo, tiene que haber algo.
"Yo tengo el cuaderno. Margaret tiene la mandíbula. Doris tiene los vestidos. Peggy tiene la escalera. Grace tiene la barra. Eleanor tiene las carpetas. Blackwood tiene el centro. Kessler tenía el espejo, pero el espejo estaba roto, y lo que está roto no sostiene, y lo que no sostiene deja caer, y Kessler cayó, y cayó en silencio, y en silencio se levantó, y en silencio volvió, y en silencio sigue, y el silencio de Kessler es el ruido más fuerte de la agencia, aunque nadie lo oiga, aunque nadie lo oiga porque nadie escucha, porque escuchar es detenerse, y detenerse es perder tiempo, y el tiempo es dinero, y el dinero es lo que la agencia persigue, y lo que la agencia persigue no es lo que la agencia encuentra, y lo que la agencia encuentra no es lo que la agencia necesita, y lo que la agencia necesita es lo que nadie le da: la cara detrás del espejo, la grieta detrás de la frente, el hombre detrás del mueble.

"Yo le doy la página. Le doy la página a Kessler aunque Kessler no lo sepa. Le doy la página porque la página es lo que tengo, y lo que tengo lo doy, y lo que doy es lo que escribo, y lo que escribo es lo que veo, y lo que veo es Kessler, delante del espejo, a las cuatro del martes, con el agua corriente y la grieta en la frente y la cara de quien se mira y no se encuentra.
"Kessler: te vi. Te vi y te escribí. Y lo que se escribe no se olvida, y lo que no se olvida no se pierde, y lo que no se pierde es lo que queda, y lo que queda es lo que importa, y lo que importa eres tú, y tú, y tu espejo, y tu grieta, y tu silencio, y tu vuelta el lunes con algo encima, y tu brief, y tu rincón, y tu doce años, y tu vida, que es tu vida, y que es suficiente. No. Que es más que suficiente. Que es la cosa entera."
Charlotte cerró el cuaderno. Lo puso en la mesita. Apagó la luz.
Se quedó en la cama, en la oscuridad, con los ojos abiertos, mirando el techo que no se veía. Y pensó en Kessler, en Kessler que no sabía que estaba en el cuaderno, en Kessler que no sabía que alguien lo había visto, en Kessler que no sabía que ver era una forma de sostener, y que sostener era una forma de querer, y que querer no necesitaba decirse, y que no decirse no era lo mismo que no ser, y que no ser no era lo mismo que no importar.
Y pensó: "Todos tenemos un espejo roto. El mío estaba en el baño de la agencia, con una mancha en la esquina izquierda. El de Kessler estaba en el baño del piso diecinueve, con una grieta en la esquina superior. El de Margaret está en su cuerpo, que no se queda embarazada. El de Doris está en Long Island, donde Susan está y Doris no. El de Peggy está en la escalera, que sube pero no la sube a ella. El de Grace está en la cafetería, que se apaga cuando ella se va. El de Eleanor está en las carpetas, que se cierran cuando se

acaban. El de Blackwood está en el centro, que es el sitio donde no puede salir porque salir es dejar de ser el centro y dejar de ser el centro es dejar de ser.
"Todos tenemos un espejo roto. Y la grieta está en distinto sitio. Y el reflejo se parte de distinta manera. Y lo que hacemos con la grieta es distinto: yo escribo, Kessler se calla, Margaret aprieta la mandíbula, Doris se compra un vestido, Peggy se bebe un gin tonic, Grace frota la barra, Eleanor cierra la carpeta, Blackwood se sirve whiskey. Y todas son formas de no mirar la grieta. Y todas son formas de mirar la grieta. Y la diferencia entre no mirar y mirar es la diferencia entre romperse y no romperse, y esa diferencia es el cuaderno, o el vestido, o la mandíbula, o la barra, o la carpeta, o el whiskey, o lo que sea que tengas en la mano cuando te miras en el espejo roto y decides, aunque no lo decidas en voz alta, aunque no lo decidas con palabras, aunque no lo decidas sino con el cuerpo, decides quedarte."
Charlotte se quedó. Charlotte se quedó en la cama, en la oscuridad, con el cuaderno en la mesita y la grieta en el espejo y la página en el cuerpo, y se quedó como se quedan los que se quedan no porque no tengan dónde ir sino porque donde están es donde quieren estar, y donde quieren estar es donde escriben, y donde escriben es donde existen, y donde existen es suficiente.
No. Más que suficiente. La cosa entera.
Afuera, Manhattan seguía ruidando. Afuera, los taxis pasaban y la gente gritaba y los semáforos cambiaban y un espejo en un baño del piso diecinueve seguía roto, con la grieta en la esquina superior izquierda, y nadie lo arreglaba, y nadie lo iba a arreglar, y la grieta seguía ahí, y lo que la grieta partía se seguía partiendo, y lo que se partía se seguía mirando, y lo que se miraba se seguía escribiendo, en un cuaderno negro, en una

mesita, en un apartamento oscuro, en una ciudad que no duerme, en una noche que no termina, como la fiesta, como el trato, como todo lo que no termina porque lo que no termina es lo que importa, y lo que importa es lo que se queda, y lo que se queda es lo que se escribe, y lo que se escribe es lo que soy, y lo que soy es una mujer con un cuaderno y una grieta y una página y una hija que es la página y una vida que es la página y suficiente que no es suficiente sino la cosa entera.

Capítulo 9 — Las que vendrán

Grace escribió la carta un sábado de enero, a las once de la mañana, en el mostrador de la cafetería que ya no era suyo pero que seguía siendo suyo de la manera que son suyas las cosas que se dejan: por costumbre, por ausencia, por la forma que deja el cuerpo cuando el cuerpo se va.

La carta no era para nadie. La carta no era para Grace. La carta era para las que vendrán, que era una manera de decir para nadie y para todos, que era una manera de decir para el tiempo, que era una manera de decir para la pared, porque Grace no tenía a quién escribirle y Grace no necesitaba a quién escribirle porque Grace había descubierto, a los cincuenta y ocho años, después de treinta y cuatro detrás de la barra, que escribir no era comunicarse sino ordenar, y ordenar no era explicar sino poner en fila lo que estaba tirado, y poner en fila lo que estaba tirado era la forma que tenía Grace de no volverse loca, aunque loca era una palabra que Grace no usaba porque Grace no usaba

palabras que no entendía y loca era una palabra que todo el mundo usaba y nadie entendía.
Grace escribía en una libreta de papel rayado, de tapas azules, comprada en la farmacia de la esquina, en la Lexington, la misma farmacia donde compraba el aspirina y el jabón y las cosas que se compran cuando se vive sola y la vida se mide en cosas que se compran. La libreta costaba un dólar veinte. Grace la había comprado un martes, el mismo martes que Kessler se rompió en el baño del piso diecinueve, aunque Grace no sabía nada de Kessler y Kessler no sabía nada de Grace y los martes son martes y pasan sin que los martes sepan lo que los martes hacen.
Grace no sabía que Charlotte tenía un cuaderno. Charlotte no sabía que Grace tenía una libreta. Nadie sabía que alguien tenía algo, porque tener algo era una cosa privada y lo privado en la agencia era lo que no se decía y lo que no se decía no existía y lo que no existía no se compartía, y no compartir era la regla y la regla no se rompía aunque los espejos sí.
Grace escribió:
"Para las que vendrán.
"Para la que ponga la cafetera el lunes a las seis y vea el café frío del viernes en la jarra y no se pregunte por qué el café del viernes sigue ahí el lunes, porque el café del viernes sigue ahí porque nadie lo tiró, porque tirar el café del viernes es cerrar el viernes, y cerrar el viernes es aceptar que el viernes se acabó, y nadie en esta cafetería acepta que nada se acabó porque aceptar que algo se acabó es aceptar que algo empezó, y lo que empezó fue esto, y esto es lo que hay, y lo que hay es una jarra con café del viernes y una barra con una mancha que no sale y un espejo detrás de las botellas que devuelve una cara que no es la mía pero que es la mía de la manera que son mías las cosas que se miran todos los días: por repetición, por fatiga, por la

costumbre que vuelve extraño lo familiar y familiar lo extraño.
"Para la que frota la barra. Para la que frota la barra con el trapo y el trapo está húmedo y la barra está fría y la mano se mueve en círculos y los círculos no limpian nada porque la mancha no se va, porque la mancha es la barra y la barra es la mancha, y lo que no se va es lo que queda, y lo que queda es lo que eres, y lo que eres es una mujer con un trapo y una mancha y una mano que se mueve en círculos, y los círculos son la forma que tiene el tiempo cuando no avanza: redondo, cerrado, eterno, el mismo.
"Para la que oiga los pedidos. Para la que oiga 'un café, por favor' y 'un té, por favor' y 'un whiskey, por favor' y sepa, por el tono, por la pausa, por la manera en que el 'por favor' se dice o no se dice, quién necesita el café y quién necesita el té y quién necesita el whiskey, porque el que pide café necesita despertar y el que pide té necesita calmarse y el que pide whiskey necesita olvidar, y olvidar es la forma más común de necesitar, y necesitar es la forma más común de estar vivo, y estar vivo es lo que la cafetería ve todos los días: gente viva que pide cosas para seguir viva.
"Para la que cierre. Para la que cierre las luces y baje las persianas y oiga el silencio que hace una cafetería cuando se queda sola, que es un silencio distinto al silencio de una casa, porque el silencio de una casa es un silencio con cuerpo y el silencio de una cafetería es un silencio con hueco, y el hueco es la forma de la gente que estuvo ahí, y la forma de la gente que estuvo ahí es lo que queda cuando la gente se va, y lo que queda cuando la gente se va es lo que la que cierra lleva a casa, y lo que la que cierra lleva a casa es el peso de un sitio que no es suyo pero que la ocupa, y la ocupa de la manera que se ocupa una casa: con

presencia, con hábito, con el olor del café que se queda en la ropa y en el pelo y en la piel y no se va aunque se lave, porque lo que se lava no es lo que se quita, y lo que no se quita es lo que somos.
"Para las que vendrán. No sé quiénes serán. No sé cuándo vendrán. No sé si vendrán a esta cafetería o a otra o a ninguna, porque quizás las que vendrán no vendrán a una cafetería sino a un sitio que hace lo que hace la cafetería, que es dar sitio, que es dar taza, que es dar la hora del café que es la hora del hueco que es la hora de no estar en ningún sitio y estar en un sitio y que el sitio baste.
"Para las que vendrán: yo estuve aquí. Yo estuve aquí treinta y cuatro años. Yo estuve aquí cuando la barra era de madera y no de fórmica y cuando la cafetera era de aluminio y no de acero y cuando los vasos eran de vidrio y no de plástico y cuando la gente pedía café y no latte y no flat white y no ninguna de las palabras que vinieron después, pero el café era el mismo, y el que lo pedía era el mismo, y la que lo servía era la misma, y lo mismo es lo que queda cuando todo cambia y lo que cambia es lo que se va y lo que se va no es lo que importa y lo que importa es lo mismo, y lo mismo es el café y el trapo y la mancha y la cara y el espejo y el silencio de cerrar y el peso de llevar y el estar.
"Yo estuve aquí. Y no me fui. Y no me fui no porque no pudiera irme sino porque aquí era donde yo estaba, y donde yo estaba era donde yo era, y donde yo era era suficiente.
"No. Más que suficiente. La cosa entera.
"Grace."
Grace dobló la carta. La puso debajo de la cafetera, en el estante de abajo, donde nadie miraba, donde nadie iba a mirar, donde las cosas que se ponen se quedan porque nadie las mueve, porque mover lo que está abajo es más trabajo que dejarlo, y dejarlo es lo que se

hace con lo que está abajo, y lo que está abajo es lo que dura, y lo que dura es lo que encuentra la que venga después.
Grace no sabía que ponía la carta donde Kessler ponía su silencio, en el rincón, en lo bajo, en el sitio donde nadie mira. Grace no sabía que las que se callan y las que escriben y las que frota barras ponen las cosas en el mismo sitio: en el lugar que no se ve, que es el lugar que sostiene, que es el lugar donde lo que importa se guarda, no porque se esconda sino porque lo que se guarda no se pierde, y lo que no se pierde es lo que queda, y lo que queda es lo que encuentran los que vengan después, y los que vengan después son las que vendrán, y las que vendrán son las que leerán la carta, y las que leerán la carta no sabrán quién fue Grace, pero sabrán que alguien estuvo, y saber que alguien estuvo es saber que se puede estar, y saber que se puede estar es saber que se puede quedar, y quedarse es la cosa más difícil y la cosa más simple y la cosa más humana que hay.
Charlotte no sabía de la carta. Charlotte no sabía de la libreta. Charlotte sabía lo que sabía, que era lo que veía, y lo que veía era Grace detrás de la barra, con el trapo, con la cafetera, con el movimiento circular de la mano que frota y no limpia y no limpia pero ordena y no ordena pero sostiene y no sostiene pero sigue, y seguir era lo que Grace hacía, y seguir era lo que Charlotte miraba, y mirar era lo que Charlotte escribía, y escribir era lo que Charlotte tenía, y lo que Charlotte tenía era el cuaderno y el cuaderno era la página y la página era el sitio donde Grace estaba aunque Grace no lo supiera.
Charlotte escribió esa noche, en el apartamento, en la oscuridad:
"Capítulo 9. Las que vendrán.

"Grace escribe una carta. No sé para quién. No sé qué dice. No sé si escribe, si Grace escribe, si las que frotan barras escriben o solo frotan barras. Pero imagino que sí. Imagino que todos escriben, de alguna manera, en alguna superficie, con algún instrumento: el que frota barras escribe en la barra, el que aprieta la mandíbula escribe en los dientes, el que se compra vestidos escribe en la tela, el que sube escaleras escribe en los peldaños, el que sirve whiskey escribe en los vasos, el que cierra carpetas escribe en las solapas. Todos escriben. Todos ponen en algún sitio lo que no cabe en el cuerpo. Todos tienen un cuaderno que no es un cuaderno pero que hace lo que el cuaderno hace, que es sostener, que es dar sitio, que es poner en fila lo que está tirado.

"Y yo me pregunto: ¿qué escribirá Grace? ¿Qué pone Grace en la superficie que Grace tiene? ¿Escribe del café? ¿Escribe de la mancha? ¿Escribe de las caras que pasan y piden y se van y no vuelven y vuelven y no recuerdan y recuerdan y no dicen? ¿Escribe de la hora de cerrar, del silencio con hueco, del peso de llevar un sitio que no es suyo pero que la ocupa?

"O no escribe nada. O escribe lo que escribo yo: la cosa entera. La cosa entera que es estar y no saber por qué se está pero estar, y no saber dónde se va pero ir, y no saber qué se busca pero buscar, y buscar en la taza y en la barra y en el trapo y en la grieta y en la página y en el vestido y en la mandíbula y en la escalera y en la carpeta y en el whiskey y en el silencio, y buscar es lo que hacemos, y lo que hacemos es lo que somos, y lo que somos es lo que escribimos, y lo que escribimos es lo que queda, y lo que queda es para las que vendrán.

"Y las que vendrán no somos nosotros. Las que vendrán son otras. Las que vendrán pondrán la cafetera y abrirán las persianas y se sentarán en el

escritorio y se pondrán el vestido y apretarán la mandíbula y subirán la escalera y servirán el whiskey y cerrarán la carpeta y se mirarán en el espejo y verán la grieta, porque la grieta sigue ahí, porque la grieta siempre está ahí, porque la grieta no es del espejo sino del mirar, y el mirar es lo que no se arregla, y lo que no se arregla es lo que heredamos, y lo que heredamos es lo que las que vendrán heredarán de nosotras: la grieta, el mirar, la costumbre de mirarse y no encontrarse y seguir mirándose, y seguir mirándose es seguir estando, y seguir estando es seguir viviendo, y seguir viviendo es la cosa entera, y la cosa entera es lo que basta.

"Grace: no sé si escribes. No sé si tienes libreta o cuaderno o superficie. No sé si guardas algo abajo, en el estante, donde nadie mira, donde lo que se guarda se queda. Pero si guardas algo, si escondes algo, si pones algo en el sitio que no se ve, yo te digo: lo que se guarda no se pierde. Y lo que no se pierde lo encuentran las que vendrán. Y las que vendrán no sabrán tu nombre, pero sabrán que alguien estuvo, y saber que alguien estuvo es saber que se puede estar. "Y eso basta. Eso es más que suficiente. Eso es la cosa entera."

El lunes, Charlotte bajó a la cafetería. Charlotte bajó a la cafetería a las diez, que era la hora del café, que era la hora del hueco, que era la hora de no estar en la agencia y estar en la cafetería y que la cafetería bastara.

Grace estaba detrás de la barra. Grace tenía el trapo. Grace tenía la mano en círculos. Grace tenía la cara de siempre, que era la cara de quien está y no se pregunta por qué está porque estar es la respuesta y la respuesta no se pregunta.

Charlotte pidió un café. Charlotte pidió un café con la voz de siempre, que era la voz de quien pide un café y

no pide nada más, porque pedir más era meterse, y meterse era juzgar, y juzgar era lo que Charlotte no quería hacer.
Grace sirvió el café. Grace sirvió el café con la mano de siempre, que era la mano de quien sirve y no se pregunta por qué sirve porque servir es la respuesta y la respuesta no se pregunta.
Pero entre la taza y la barra, entre el gesto de poner y el gesto de soltar, entre el café que se sirve y el café que se bebe, Grace miró a Charlotte y Charlotte miró a Grace, y lo que pasó en la mirada no fue nada y fue todo, porque las miradas son así: no dicen nada y dicen todo, y lo que dicen no se oye y lo que no se oye se sabe, y lo que se sabe no se explica y lo que no se explica basta.
Charlotte supo, en la mirada, que Grace tenía algo. Charlotte supo, en la mirada, que Grace guardaba algo. Charlotte supo, en la mirada, que Grace era como ella, como Kessler, como Margaret, como Doris, como Peggy, como Eleanor, como Blackwood, como todas las que están y no dicen y no dicen porque decir es romper y romper es perder y perder es lo que ninguna quiere, pero guardan, y guardar es lo que todas hacen, y lo que todas guardan es lo que ninguna pierde, y lo que ninguna pierde es lo que todas tendrán cuando lo demás se vaya.
Grace supo, en la mirada, que Charlotte miraba. Grace supo, en la mirada, que Charlotte era de las que miran, que era de las que ven, que era de las que escriben lo que ven, y Grace no dijo nada porque Grace no decía nada, pero Grace supo que lo que Grace guardaba abajo, en el estante, en el sitio donde nadie miraba, estaba visto, o estaría visto, o sería visto, y lo que es visto por las que miran es lo que se escribe, y lo que se escribe es lo que se queda, y lo que se queda es para las que vendrán.

Charlotte bebió el café. Charlotte dejó el vaso en la barra. Charlotte dejó una propina que no era una propina sino un gesto, y el gesto no era dinero sino reconocimiento, y el reconocimiento no se cuenta sino que se da, y lo que se da no se pesa sino que se siente, y lo que se siente es lo que queda entre la taza y la barra, entre la que sirve y la que bebe, entre la que escribe y la que frota, entre las dos que se miran y no se dicen nada y no se dicen nada porque no hace falta, porque lo que hace falta no es la palabra sino la mirada, y la mirada ya está, y lo que ya está es suficiente.

Charlotte subió al piso veintiuno. Charlotte se sentó en su escritorio. Charlotte abrió el cuaderno y escribió, debajo de lo que había escrito la noche anterior:

"Grace me miró. Yo miré a Grace. Lo que pasó en la mirada no fue nada y fue todo. No sé qué guarda Grace. No sé dónde lo guarda. No sé si es una carta o una libreta o un trapo o una mancha o nada. Pero sé que guarda. Y sé que guardar es lo que nos une. Y lo que nos une no se dice. Y lo que no se dice es lo que importa. Y lo que importa es lo que se queda. Y lo que se queda es para las que vendrán.

"Y las que vendrán son las que lean esto. Y las que lean esto son las que sepan que aquí hubo mujeres que estuvieron y guardaron y no dijeron y se miraron y se sostuvieron con la mirada porque no tenían otra cosa con que sostenerse, o tenían otras cosas pero las otras cosas no bastaban y la mirada sí, y la mirada sí porque la mirada es lo que queda cuando todo lo demás se va, y lo que queda cuando todo lo demás se va es lo que somos, y lo que somos es suficiente.

"No. Más que suficiente. La cosa entera."

Charlotte cerró el cuaderno. Lo puso en el cajón. Abrió el brief. Empezó a trabajar.

Afuera, Manhattan seguía ruidando. Afuera, los semáforos cambiaban y los taxis pasaban y la gente caminaba con la prisa de quien no sabe adónde va pero va, y abajo, en la cafetería, Grace seguía frotando la barra con el trapo y la mano en círculos y la mancha que no se iba, y abajo del mostrador, en el estante de abajo, donde nadie miraba, una carta doblada esperaba a las que vendrán, y lo que espera a las que vendrán es lo que se queda, y lo que se queda es lo que importa, y lo que importa es lo que no se dice, y lo que no se dice es la mirada, y la mirada es la cosa entera, y la cosa entera es lo que basta, y lo que basta es lo que somos, y lo que somos es lo que escribimos, y lo que escribimos es para las que vendrán, y las que vendrán son nosotras, y nosotras somos las que están, y las que están son las que bastan, y las que bastan son la cosa entera.

Capítulo 10 — La ciudad que inventamos

Peggy subió la escalera el martes a las nueve y cuarto de la mañana, que era la hora de subir, que era la hora de empezar, que era la hora en que la escalera era de todos y de nadie porque la escalera era la escalera y la escalera no era de quien la subía sino de quien la subía todos los días, y todos los días era lo que Peggy hacía, y lo que Peggy hacía era lo que Peggy era, y lo que Peggy era era una mujer que subía una escalera en Manhattan en una agencia en un edificio en una ciudad que no era suya pero que la ocupaba, y la ocupaba de la manera que se ocupan las ciudades: con hábito, con pasos, con el peso del cuerpo que sube y no se pregunta por qué sube porque subir es la respuesta y la respuesta no se pregunta.

La escalera tenía cuarenta y dos peldaños. Peggy los había contado el primer día, hace once años, cuando Peggy llegó a la agencia con un vestido azul y una carpeta bajo el brazo y la mandíbula apretada de quien llega y no sabe si se queda y no se pregunta si se queda porque quedarse no se pregunta sino que se hace, y lo que se hace no se pregunta, y lo que no se pregunta es lo que dura, y lo que dura es lo que cuenta, y lo que cuenta son cuarenta y dos peldaños, y cuarenta y dos peldaños son once años, y once años son la mitad de la vida que Peggy lleva en Manhattan, y la mitad de la vida no es la mitad sino el centro, y el centro es donde se está, y donde se está es donde se sube, y donde se sube es la escalera, y la escalera es lo que Peggy tiene y lo que Peggy tiene es lo que Peggy es.

Peggy no subía en ascensor. Peggy subía en escalera porque la escalera era lenta y la lentitud era lo que Peggy necesitaba y lo que Peggy necesitaba no era llegar sino subir, y subir no es llegar, y llegar es lo que el ascensor hace y subir es lo que la escalera permite, y lo que la escalera permite es el paso, y el paso es lo que Peggy tenía antes de Manhattan, en Scranton, en la casa de la madre, en la escalera de madera que cruje y que no cruje en Manhattan porque en Manhattan la escalera es de cemento y el cemento no cruje pero sostiene, y lo que sostiene es lo que Peggy sube, y lo que Peggy sube es lo que Peggy recuerda, y lo que Peggy recuerda no es Scranton sino el gesto, porque el gesto es lo que queda cuando el sitio se va y el sitio se va pero el gesto se queda, y lo que se queda es lo que se sube, y lo que se sube es lo que se hereda, y lo que se hereda es lo que las que vendrán subirán.

Margaret bajaba mientras Peggy subía. Margaret bajaba la escalera a las nueve y cuarto porque Margaret llegaba a las ocho y subía a las ocho y cinco

y bajaba a las nueve y cuarto porque Margaret olvidaba cosas en el escritorio y volvía a buscarlas y lo que buscaba no estaba y lo que no estaba era lo que Margaret necesitaba encontrar y lo que Margaret necesitaba encontrar no era una cosa sino la razón, y la razón no se encuentra en el escritorio pero Margaret la buscaba en el escritorio porque el escritorio era donde Margaret estaba y donde Margaret estaba era donde Margaret buscaba, y buscar es lo que hacemos, y lo que hacemos es lo que somos, y lo que somos es lo que sube y baja por la escalera de cemento que no cruje pero sostiene.

Se cruzaron en el peldaño diecinueve. Se cruzaron como se cruzan las que se conocen de vista y no de nombre y no de palabra y no de nada sino de paso, porque el paso es lo que une en Manhattan, donde la gente no se saluda pero se cruza, y cruzarse es la forma que tiene Manhattan de decir aquí estamos, y aquí estamos es la forma que tiene Manhattan de ser ciudad, y ser ciudad es ser un sitio donde los cuerpos pasan y se cruzan y no se dicen nada y no se dicen nada porque no hace falta, porque lo que hace falta no es la palabra sino el paso, y el paso ya está, y lo que ya está es suficiente.

Margaret miró a Peggy. Peggy miró a Margaret. Lo que pasó en la mirada no fue nada y fue todo, porque las miradas son así: no dicen nada y dicen todo, y lo que dicen no se oye y lo que no se oye se sabe, y lo que se sabe es lo que se hereda, y lo que se hereda es lo que las que vendrán heredarán: el cruce, el peldaño, la escalera que no cruje pero sostiene, el gesto de subir y bajar y volver a subir, porque subir y bajar y volver a subir es lo que hace Manhattan, y lo que hace Manhattan es lo que hace la agencia, y lo que hace la agencia es lo que hacen las mujeres que están en la agencia, y lo que hacen las mujeres que están en la

agencia es estar, y estar es lo que basta, y lo que basta es lo que queda, y lo que queda es lo que se hereda, y lo que se hereda es para las que vendrán.
Doris escribió ese día. Doris escribió en el cuaderno que Doris tenía y que Doris no enseñaba y que Doris guardaba en el cajón de abajo del escritorio, en el sitio donde se guardan las cosas que no se enseñan, porque enseñar es perder y perder es lo que Doris no quería y lo que Doris no quería era lo que Doris evitaba y lo que Doris evitaba era lo que Doris hacía, y lo que Doris hacía era guardar, y guardar es lo que Doris escribía, y lo que Doris escribía era:
"Manhattan no existe. Manhattan es una invención. Manhattan es lo que ponemos en Manhattan para que Manhattan sea Manhattan, porque Manhattan sin nosotras es cemento y cristal y ruido y taxis y semáforos y nada, y nada no es ciudad, y lo que no es ciudad necesita que alguien la haga ciudad, y hacer ciudad es estar, y estar es lo que hacemos, y lo que hacemos es ponernos en Manhattan y con ponernos Manhattan empieza a ser, y con empezar a ser Manhattan es lo que es: un sitio donde estamos, y donde estamos es donde somos, y donde somos es la ciudad que inventamos.
"Yo inventé Manhattan el día que llegué. Llegué un viernes de marzo con una maleta y un abrigo y la mandíbula apretada de quien llega y no sabe si se queda. Llegué a Penn Station. Salí a la calle. Vi los edificios. Vi los taxis. Vi la gente que caminaba con la prisa de quien no sabe adónde va pero va. Y en ese momento, en ese momento de salir y ver y no saber, Manhattan empezó a ser mía, no porque Manhattan fuera mía sino porque yo era de Manhattan, y ser de Manhattan es estar en Manhattan, y estar en Manhattan es lo que inventa Manhattan, porque Manhattan no es Manhattan sin las que están en

Manhattan, y las que están en Manhattan somos nosotras, y nosotras somos Manhattan, y Manhattan es lo que inventamos con el estar.
"La agencia es Manhattan. La cafetería es Manhattan. La escalera es Manhattan. El espejo con la grieta es Manhattan. El vestido de Margaret es Manhattan. La mandíbula de Kessler es Manhattan. El trapo de Grace es Manhattan. El cuaderno de Charlotte es Manhattan. Lo que guardo en el cajón de abajo es Manhattan. Porque Manhattan no es un sitio sino lo que ponemos en el sitio, y lo que ponemos en el sitio es lo que somos, y lo que somos es lo que inventa, y lo que inventa es lo que queda, y lo que queda es para las que vendrán, y las que vendrán inventarán otra Manhattan, una Manhattan que no es esta Manhattan sino que es Manhattan, porque Manhattan es siempre Manhattan aunque Manhattan cambie, y lo que cambia es lo que se va y lo que se va no es lo que importa y lo que importa es lo que queda, y lo que queda es el gesto de estar, y el gesto de estar es la ciudad que inventamos."
Doris cerró el cuaderno. Lo puso en el cajón. Abrió el brief. Empezó a trabajar.
Blackwood no escribió. Blackwood no escribía porque Blackwood no necesitaba escribir porque Blackwood tenía la agencia y la agencia era lo que Blackwood escribía, no con palabras sino con paredes, no con cuadernos sino con pisos, no con letras sino con la gente que estaba en los pisos y que era lo que Blackwood ponía en Manhattan para que Manhattan fuera Manhattan y Manhattan fuera la agencia y la agencia fuera Blackwood y Blackwood fuera la ciudad que Blackwood inventaba al estar.
Blackwood inventó Manhattan el día que compró el edificio. Compró el edificio un martes de octubre, hace veinticinco años, con un préstamo y una firma y la

mandíbula apretada de quien firma y no sabe si lo que firma va a durar y no se pregunta si va a durar porque durar no se pregunta sino que se hace, y lo que se hace no se pregunta, y lo que no se pregunta es lo que dura, y lo que dura es lo que Blackwood tiene, y lo que Blackwood tiene es el edificio, y el edificio es Manhattan, y Manhattan es lo que Blackwood inventó al comprar el edificio, porque el edificio sin Blackwood era cemento y cristal y nada, y nada no es Manhattan, y lo que no es Manhattan necesita que alguien la haga Manhattan, y Blackwood la hizo Manhattan al comprarla, y al comprarla la inventó, y al inventarla la dio, y al darla la perdió, porque lo que se da no es lo que se tiene y lo que no se tiene es lo que se queda, y lo que se queda es lo que heredan las que vendrán, y las que vendrán heredarán una Manhattan que Blackwood inventó y que las que vendrán reinventarán, porque reinventar es lo que hacen las que vendrán, y lo que hacen las que vendrán es lo que hacen todas: estar, y estar es inventar, y inventar es la ciudad que inventamos.

Eleanor escribió esa noche. Eleanor escribió en el cuaderno que Eleanor tenía y que Eleanor guardaba en el bolso, en el sitio donde se guardan las cosas que se llevan, porque Eleanor no se quedaba en la agencia y Eleanor no se quedaba en la agencia porque Eleanor se iba y Eleanor se iba porque ir era lo que Eleanor hacía, y lo que Eleanor hacía era lo que Eleanor era, y lo que Eleanor era era una mujer que se iba, y lo que se va no es lo que se queda pero lo que se va es lo que pasa, y lo que pasa es lo que se escribe, y lo que se escribe es lo que se queda, y lo que se queda es para las que vendrán.

Eleanor escribió:

"Yo me voy. Me voy mañana. Me voy con la maleta y el abrigo y la mandíbula apretada de quien se va y no

sabe si vuelve y no se pregunta si vuelve porque volver no se pregunta sino que se hace o no se hace, y lo que se hace o no se hace no se pregunta, y lo que no se pregunta es lo que dura, y lo que dura es lo que dejo, y lo que dejo es el escritorio y el cajón y la grieta en el espejo y la mirada de las que se quedan y la ciudad que inventé al estar y que se queda cuando me voy, porque lo que se queda no es lo que se va y lo que se va no es lo que se queda y lo que se queda es lo que importa y lo que importa es para las que vendrán.
"Yo inventé Manhattan al estar. Las que se quedan seguirán inventando Manhattan al estar. Las que vendrán inventarán Manhattan al estar. Y lo que inventan al estar es lo que se queda, y lo que se queda es lo que importa, y lo que importa es la ciudad que inventamos, y la ciudad que inventamos es lo que basta, y lo que basta es lo que somos, y lo que somos es lo que dejamos, y lo que dejamos es para las que vendrán, y las que vendrán son las que están, y las que están son las que bastan, y las que bastan son la cosa entera.
"Me voy. Pero lo que dejo no me voy. Lo que dejo se queda. Lo que dejo es la ciudad que inventé y que se queda cuando me voy, porque la ciudad que inventamos no se va cuando nos vamos, porque la ciudad que inventamos es lo que ponemos en la ciudad y lo que ponemos en la ciudad se queda, y lo que se queda es lo que encuentran las que vendrán, y las que vendrán encontrarán lo que dejamos y lo que dejamos es la cosa entera, y la cosa entera es lo que basta."
Eleanor cerró el cuaderno. Lo puso en el bolso. Cerró el brief. Se fue.
Kessler no escribió. Kessler no escribía porque Kessler no tenía cuaderno y Kessler no tenía libreta y Kessler no tenía superficie, porque la superficie de Kessler era

la mandíbula y la mandíbula no se escribe sino que se aprieta, y apretar es lo que Kessler hacía, y lo que Kessler hacía era lo que Kessler escribía, no con palabras sino con dientes, no con letras sino con presión, y la presión es lo que se queda en la mandíbula y la mandíbula es lo que se queda en Kessler y Kessler es lo que se queda en la agencia y la agencia es lo que se queda en Manhattan y Manhattan es lo que se queda cuando todo lo demás se va, y lo que se queda es lo que importa, y lo que importa es lo que no se dice, y lo que no se dice es la mandíbula, y la mandíbula es la ciudad que Kessler inventó al apretar, y al apretar la inventó, y al inventarla la dejó, y al dejarla la dio, y al darla la perdió, y al perderla la guardó, porque lo que se pierde es lo que se guarda y lo que se guarda es lo que se queda y lo que se queda es para las que vendrán.

Kessler se rompió un martes en el baño del piso diecinueve. Kessler se rompió de la manera que se rompen las que no escriben y no guardan y no tienen cuaderno ni libreta ni superficie: en el cuerpo, en la mandíbula, en el sitio donde se guarda lo que no se escribe, porque el cuerpo es el cuaderno de las que no escriben y la mandíbula es la página de las que no escriben y la rotura es la letra de las que no escriben, y la letra de las que no escriben es lo que se queda, y lo que se queda es lo que leen las que vendrán, y las que vendrán leerán la rotura y la mandíbula y el cuerpo y sabrán que alguien estuvo, y saber que alguien estuvo es saber que se puede estar, y saber que se puede estar es saber que se puede quedar, y quedarse es la cosa más difícil y la cosa más simple y la cosa más humana que hay.

Charlotte escribió esa noche. Charlotte escribió en el cuaderno que Charlotte tenía y que Charlotte guardaba en el cajón del escritorio, en el sitio donde se guardan

las cosas que se escriben, porque escribir es lo que Charlotte hacía y lo que Charlotte hacía era lo que Charlotte era, y lo que Charlotte era era una mujer que escribía, y lo que escribía era lo que Charlotte dejaba, y lo que Charlotte dejaba era lo que Charlotte guardaba, y lo que Charlotte guardaba era para las que vendrán.
Charlotte escribió:
"Capítulo 10. La ciudad que inventamos.
"Manhattan no existe. Manhattan es lo que inventamos al estar. Manhattan es la agencia y la cafetería y la escalera y el espejo y la grieta y el vestido y la mandíbula y el trapo y el cuaderno y la carta y la rotura y la mirada y el silencio y el paso y el estar, y el estar es lo que inventa Manhattan, y lo que inventa Manhattan es lo que dejamos, y lo que dejamos es lo que se queda, y lo que se queda es para las que vendrán.
"Las que vendrán no somos nosotras. Las que vendrán son otras. Las que vendrán pondrán la cafetera y abrirán las persianas y subirán la escalera y se pondrán el vestido y apretarán la mandíbula y servirán el whiskey y cerrarán la carpeta y se mirarán en el espejo y verán la grieta, porque la grieta sigue ahí, porque la grieta siempre está ahí, porque la grieta no es del espejo sino del mirar, y el mirar es lo que no se arregla, y lo que no se arregla es lo que heredamos, y lo que heredamos es lo que las que vendrán heredarán de nosotras: la grieta, el mirar, la costumbre de mirarse y no encontrarse y seguir mirándose, y seguir mirándose es seguir estando, y seguir estando es seguir viviendo, y seguir viviendo es la cosa entera, y la cosa entera es lo que basta.
"Pero también heredarán la ciudad. La ciudad que inventamos. La Manhattan que pusimos en Manhattan al estar. La Manhattan que es agencia y cafetería y escalera y espejo y grieta y vestido y mandíbula y trapo y cuaderno y carta y rotura y mirada y silencio y paso y

estar. La Manhattan que se queda cuando nos vamos, porque lo que se pone en la ciudad se queda, y lo que se queda es lo que encuentran las que vendrán, y las que vendrán encontrarán la Manhattan que inventamos y la reinventarán, porque reinventar es lo que hacen las que vendrán, y lo que hacen las que vendrán es lo que hacemos todas: estar, y estar es inventar, y inventar es la ciudad que inventamos.

"Y la ciudad que inventamos es lo que basta. Y lo que basta es lo que somos. Y lo que somos es lo que dejamos. Y lo que dejamos es para las que vendrán. Y las que vendrán son las que están. Y las que están son las que bastan. Y las que bastan son la cosa entera.

"Yo estuve aquí. Yo estuve aquí en Manhattan. Yo estuve aquí cuando la agencia era la agencia y cuando la cafetería era la cafetería y cuando la escalera era la escalera y cuando el espejo era el espejo y cuando la grieta era la grieta y cuando yo era yo y cuando las que estaban eran las que estaban, y lo que estaba era lo que había, y lo que había era lo que bastaba, y lo que bastaba era la cosa entera, y la cosa entera era lo que inventamos al estar, y lo que inventamos al estar es la ciudad, y la ciudad es Manhattan, y Manhattan es lo que se queda, y lo que se queda es para las que vendrán.

"Yo estuve aquí. Y no me fui. Y no me fui no porque no pudiera irme sino porque aquí era donde yo estaba, y donde yo estaba era donde yo era, y donde yo era era suficiente.

"No. Más que suficiente. La cosa entera.

"Charlotte."

Charlotte cerró el cuaderno. Lo puso en el cajón. Abrió el brief. Empezó a trabajar.

Afuera, Manhattan seguía ruidando. Afuera, los semáforos cambiaban y los taxis pasaban y la gente caminaba con la prisa de quien no sabe adónde va

pero va, y adentro, en el piso veintiuno, Charlotte seguía escribiendo lo que no era el brief sino lo que sostenía el brief, y en el piso diecinueve, Kessler seguía apretando la mandíbula y cerrando carpetas y guardando en el cuerpo lo que no tenía superficie, y en el escritorio del piso veinte, Margaret seguía buscando en el cajón lo que no estaba pero lo que no estaba era lo que Margaret necesitaba encontrar, y en el escritorio del piso veintiocho, Doris seguía escribiendo en el cuaderno que Doris guardaba en el cajón de abajo, y en el piso treinta y uno, Blackwood seguía inventando Manhattan con paredes y pisos y la mandíbula apretada de quien firma y no sabe si lo que firma va a durar, y abajo, en la cafetería, Grace seguía frotando la barra con el trapo y la mano en círculos y la mancha que no se iba, y abajo del mostrador, en el estante de abajo, donde nadie miraba, la carta doblada esperaba a las que vendrán.

Y la escalera seguía. Y la escalera era de cemento y no cruje pero sostiene, y lo que sostiene es lo que Peggy sube, y lo que Peggy sube son cuarenta y dos peldaños, y cuarenta y dos peldaños son once años, y once años son la mitad de la vida que Peggy lleva en Manhattan, y la mitad de la vida no es la mitad sino el centro, y el centro es donde se está, y donde se está es donde se sube, y donde se sube es la escalera, y la escalera es Manhattan, y Manhattan es la ciudad que inventamos al estar.

Y la ciudad que inventamos al estar es lo que se queda. Y lo que se queda es lo que importa. Y lo que importa es lo que no se dice. Y lo que no se dice es la mirada. Y la mirada es la cosa entera. Y la cosa entera es lo que basta. Y lo que basta es lo que somos. Y lo que somos es lo que escribimos. Y lo que escribimos es para las que vendrán. Y las que vendrán son nosotras. Y nosotras somos las que están. Y las que

están son las que bastan. Y las que bastan son la cosa entera.

Epílogo

Esto es lo que sé. Esto es lo que sé después de escribir lo que escribí, después de poner en fila lo que estaba tirado, después de ordenar lo que el tiempo desparrama y el olvido recoge y la costumbre esconde. Esto es lo que sé: que hubo mujeres. Que hubo mujeres en una agencia en un edificio en Manhattan, en una escalera de cemento que no cruje pero sostiene, en una cafetería con una barra con una mancha que no se va, en un espejo con una grieta que no se arregla, en unos escritorios con unos cajones donde se guardan las cosas que no se enseñan. Que hubo mujeres que estuvieron y no dijeron y guardaron y se miraron y se sostuvieron con la mirada porque no tenían otra cosa con que sostenerse, o tenían otras cosas pero las otras cosas no bastaban y la mirada sí. Esto es lo que sé: que Grace escribió una carta y la puso debajo de la cafetera, en el estante de abajo, donde nadie miraba. Que Charlotte escribió un cuaderno y lo puso en el cajón del escritorio, en el sitio donde se guardan las cosas que se escriben. Que Doris escribió en el cajón de abajo. Que Eleanor escribió en el bolso y se fue. Que Kessler no escribió pero apretó la mandíbula y la mandíbula es el cuaderno de las que no escriben. Que Margaret buscó en el cajón lo que no estaba pero lo que no estaba era lo que Margaret necesitaba encontrar. Que Peggy subió cuarenta y dos peldaños todos los días y lo que subía era lo que se quedaba. Que Blackwood inventó Manhattan al comprar el edificio y al comprarla la

inventó y al inventarla la dio y al darla la perdió y al perderla la guardó.
Esto es lo que sé: que lo que se guarda no se pierde. Que lo que no se pierde lo encuentran las que vendrán. Que las que vendrán no sabrán los nombres pero sabrán que alguien estuvo, y saber que alguien estuvo es saber que se puede estar, y saber que se puede estar es saber que se puede quedar, y quedarse es la cosa más difícil y la cosa más simple y la cosa más humana que hay.
Esto es lo que sé: que Manhattan no existe. Que Manhattan es lo que inventamos al estar. Que Manhattan es la agencia y la cafetería y la escalera y el espejo y la grieta y el vestido y la mandíbula y el trapo y el cuaderno y la carta y la rotura y la mirada y el silencio y el paso y el estar. Que lo que ponemos en la ciudad se queda. Que lo que se queda es lo que encuentran las que vendrán. Que las que vendrán reinventarán la ciudad que inventamos, porque reinventar es lo que hacen las que vendrán, y lo que hacen las que vendrán es lo que hacemos todas: estar, y estar es inventar, y inventar es la ciudad que inventamos.
Esto es lo que sé: que yo estuve aquí. Que yo estuve aquí y no me fui. Que no me fui no porque no pudiera irme sino porque aquí era donde yo estaba, y donde yo estaba era donde yo era, y donde yo era era suficiente. No. Más que suficiente. La cosa entera.
Esto es lo que sé: que lo que se queda es lo que importa. Que lo que importa es lo que no se dice. Que lo que no se dice es la mirada. Que la mirada es la cosa entera. Que la cosa entera es lo que basta. Que lo que basta es lo que somos. Que lo que somos es lo que escribimos. Que lo que escribimos es para las que vendrán. Que las que vendrán son nosotras. Que

nosotras somos las que están. Que las que están son las que bastan. Que las que bastan son la cosa entera.
Y la cosa entera es lo que se queda.
Y lo que se queda es para las que vendrán.
Y las que vendrán son las que leen esto.
Y las que leen esto son las que saben que alguien estuvo.
Y saber que alguien estuvo es saber que se puede estar.
Y saber que se puede estar es saber que se puede quedar.
Y quedarse es la cosa entera.
Y la cosa entera es lo que basta.
Fin.